

Roser A. Ochoa

Yolanda Garcia



**Siete  
suspiros**

# Siete susurros

Roser A. Ochoa – Yolanda García

# Brumas del Ayer

*El tiempo es muy lento para los que esperan,  
muy largo para los que sufren, muy corto para los que gozan,  
pero para quienes aman el tiempo es eternidad.*

*W. Shakespeare*

Detenidos en medio del camino observaron cómo el taxi se alejaba. «Solo serán tres días», pensó Siena mientras contemplaba la estela de polvo que iba elevándose tras el vehículo a medida que el ruido del motor se hacía casi inaudible y se perdía en la distancia, hasta fundirse con el horizonte. «Lavar un poco la cara a la casa y marcharme de aquí», se dijo. Su abuela había fallecido hacía unas semanas, y había recibido con gran impacto que, en su testamento, le hubiera cedido el viejo caserón familiar, situado en aquel pueblo alejado de cualquier rastro de civilización. Cuando era pequeña le encantaba pasar allí los veranos, pero conforme fue creciendo, dejó de hacerlo, resultaba demasiado rústico, demasiado lejos, demasiado...

—¡Joder! —exclamó Vero a su espalda—, ¿en serio?

—Ya te dije que era pequeño.

—Esto no es pequeño Siena, esto es...

—Bueno hay más casas, pero están esparcidas por los campos.

Su amiga dio dos tambaleantes pasos sobre sus tacones y a punto estuvo de dar un traspié, si no hubiera sido porque Ben, a su lado, se apresuró a cogerla por la cintura.

—Te dije que no vinieras así, que esto es un pueblo.

—Sí, pero imaginé una de esas aldeas pintorescas, con sus calles empedradas y sus balcones llenos de flores y viejecitas en sus mecedoras pasando la tarde a la puerta de sus casas contando chismes a sus vecinas mientras hacían calceta. No un lugar donde no pueden ni caminar las cabras.

—Bueno, y ¿cuál de todas es la tuya? —cortó Ben, tomando de la mano a su chica mientras observaba las casas a su alrededor.

—Tenemos que caminar un poco.

—Estás de coña, ¿no? —protestó Vero.

Siena se puso en marcha sin prestar atención a las protestas de su amiga. Ese pueblo le traía muchos recuerdos, alguno de los cuales había logrado sepultar bajo capas y capas de otras vivencias mucho más recientes, pero caminar por sus calles, el olor a tierra mojada, el sonido de las ramas de los árboles al rozarse al compás de la brisa, siempre fuerte en el valle... sí, ahora muchas de aquellas anécdotas de la niñez regresaban a ella, pero en su mente no podía evitar dejar de pensar en el motivo por el cual dejó de pasar allí los veranos. Quizás se debió al divorcio de sus padres, o simplemente porque se fue haciendo mayor, entró en la adolescencia, y eso de correr por el campo y llenarse de polvo pasó a formar parte de las cosas que ya no le apetecía hacer. Pero a medida que se iba adentrando en el lugar, más recuerdos felices junto a sus padres y su abuela golpeaban sus sienes, recuerdos que, ahora, habían tomado un aire mucho más melancólico.

Avanzaron por un estrecho sendero que ascendía colina arriba, la casa no estaba en el centro del pueblo, aunque a diferencia de muchas otras, tampoco se encontraba alejada del todo. Nada había cambiado en los más de diez años que habían pasado desde la última vez que había visitado a su abuela. Todo permanecía igual, inalterable, como si el paso del tiempo no hubiera llegado hasta ese recóndito lugar. Siena no podía dejar de maravillarse, era capaz incluso de rememorar los maceteros del balcón de la esquina, y allí seguían, el color de las persianas de la última casa que componía el centro del pueblo, y que años atrás alguien había restaurado para convertirla en una acogedora pensión, aunque no solía albergar a demasiados huéspedes, ni siquiera en verano, los árboles que flanqueaban el camino hasta la masía que vio nacer a su bisabuela, después a su abuela, y por último a su padre. Durante el trayecto se cruzaron con algunos lugareños, que les miraron con desconfianza, nunca se había caracterizado por ser un pueblo demasiado abierto a nuevas gentes.

—No son muy hospitalarios —susurró Vero.

—Por Dios Siena, no me extraña que tus padres salieran huyendo de aquí... —añadió Ben.

—Bueno —Siena miró alrededor y no pudo evitar que un sentimiento contradictorio removiera su interior— supongo que puedes llegar a acostumbrarte a todo esto.

—¿Al olor a estiércol? —inquirió Vero, acompañando su pregunta con un gesto de asco—. Nooo... ¡Qué va!

El nudo que se había ido formando poco a poco en su estómago amenazó con asfixiarla cuando, tras el último recodo del camino, se dibujó la silueta del viejo caserón. Era más de media tarde y el sol incidía sobre el tejado perpendicularmente, creando así la ilusión de sombras casi fantasmagóricas en su fachada. Y aunque al contemplarla con ojos de adulta se le antojó que parecía algo más pequeña que en su niñez, seguía siendo tan imponente como recordaba. Adoraba aquella casa de piedra y haber pasado allí tantos veranos, pero en ese momento los recuerdos dolían como puñales, a pesar del tiempo transcurrido, y de creer que las heridas ya estaban cerradas.

—Dime que tu abuela no murió aquí, por favor, esto da un poco de miedo —soltó Vero al llegar a la altura de Siena, que se había adelantado y observaba, casi embelesada, la casa.

—Ella no, pero muchos otros sí —dijo alguien.

Una voz profunda arañó el aire y sorprendió por la espalda a los tres amigos, Siena dio un respingo girando sobre sus talones, no había visto a nadie al atravesar la pequeña valla que delimitaba el terreno, pero de entre las sombras apareció un hombre, cuyo rostro aún no se apreciaba con claridad debido al contraluz.

—Es broma, ¿verdad?

—Para nada —aseguró el desconocido, avanzando un par de pasos para salir a la luz—. Hola, soy Josh —saludó alargando la mano hacia Ben, el último que había hablado.

—Ben —se presentó el muchacho— y ellas son Vero y...

—Siena —afirmó el desconocido desviando la mirada hacia ella.

—Vaya... Josh, no te habría reconocido ni en un millón de vidas.

—Sin embargo, tú estás igual —sonrió él—, he venido a darte las llaves.

—Pues eres muy amable.

—En realidad... —una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara—, hay otra cosa —aguardó unos instantes, pero Siena no parecía tener intención de decir nada—. Siento abordarte así cuando acabas de llegar, pero en el pueblo están... ¿cómo decirlo...?, intranquilos con la idea que puedas tener a cerca de la casa...

Digamos que vengo como portavoz.

—Bueno, puedes decirles que estén tranquilos —aseguró Siena desviando una vez más la mirada hacia el viejo caserón—, porque voy a venderla.

—Temía que dijeras eso.

Cuando días atrás un abogado contactó con ella para informarle de que había heredado aquel lugar, no pudo salir de su asombro, siempre supuso que su abuela había seguido manteniendo contacto con su hijo, su padre, y que sería él quien heredaría la casa, pero... desde aquel día, en la mente de Siena asaltaron miles de preguntas y cada una de ellas reabría un poco la herida de aquellos convulsos años en que, sin duda, su vida cambió. Le había costado mucho regresar allí, el solo hecho de volver al pueblo le resultaba tremendamente confuso e incluso doloroso. ¿Quedarse la casa?, eso nunca había entrado en sus planes, aunque venderla suponía también desprenderse de aquella parte de felicidad infantil a la que a veces se aferraba antes de cerrar los ojos para dormir.

—¿Supone un problema que lo haga? —inquirió, molesta por la respuesta de Josh.

—Bueno, depende de a quién, y para qué fin... Ya sabes, somos animales de costumbres.

—Has sido muy amable viniendo hasta aquí para traer las llaves, pero lo que haga o deje de hacer con algo que es MÍO —adujo remarcando bien el posesivo—, solo me atañe a mí.

—Está bien —repuso él alzando ambas manos— ¿Cuánto pides por ella?

—¡Ja!, esa sí que es buena —respondió Siena con sorna— ¿vas a comprarla?

—Puede.

—Habíamos pensado —se adelantó Ben— en hacer algo así como una subasta, para sacar el máximo rendimiento al inmueble.

—¿Subasta?

—Sí, ya sabes —continuó él— preparar un evento, traer a posibles compradores interesados, y venderla al mejor postor, ahora está muy de moda el tema de hoteles rurales, los chalets con encanto o las vacaciones temáticas, enseñar a plantar algo, cuidar animales... esas cosas.

El rostro de Josh se fue transformando a cada palabra que llegaba a sus oídos, no podía creer que esa casa fuera a convertirse en un hotelito con encanto para que los señoritos de ciudad jugaran a ser granjeros durante un fin de semana,

resultaba insultante. No pudo evitar volver la vista a Siena, parecía la misma chica que verano tras verano llegaba al pueblo para descolocar sus vidas, por la que todos los chicos del pueblo se habían peleado alguna vez, la misma chica a la que todas las muchachas envidiaban y buscaban su amistad, pero sin duda había cambiado, y mucho. La Siena que él recordaba adoraba estar allí, jugar en los campos de cultivo, ir a robar fruta a los agricultores, corretear por la orilla del río cazando renacuajos, y por las noches, inventar mil y una historias de miedo para asustar a los más pequeños. Aquella era la chica que él recordaba, pero sin embargo, no lograba descubrir ninguna de esas cosas en los ojos de la mujer que, vestida de forma impoluta y peinada como si acabara de salir de la peluquería, le sostenía la mirada de manera altiva. Seguía teniendo la misma melena rojiza, y los mismos ojos azules, pero sin duda, su mirada era mucho más dura, no desprendía aquella luz que él añoraba, esos diez años la habían cambiado mucho, o puede que, simplemente, él hubiese magnificado su recuerdo.

—Si eso es todo... —concluyó ella y se sorprendió a sí misma por la frialdad de su tono.

—Claro —atinó a responder él— por supuesto, que pasen una agradable noche los señores.

Todo estaba como su abuela lo había dejado. Tan solo hacía un par de meses que había fallecido, y la casa había permanecido cerrada desde entonces, aunque no estaba demasiado sucia, sí se veía muy vieja, con ese aspecto vintage que tanto gustaba a la gente de ciudad. Siena recorrió durante casi una hora, todas y cada una de las habitaciones, dejándose asaltar en cada una de ellas por viejos recuerdos de tiempos que fueron muy felices. Desde la planta baja le llegaban los lamentos de su amiga que, al parecer, se había roto uno de los tacones en el ascenso hasta allí. Siena sonrió. Eran buenos amigos, no habían dudado un segundo en acompañarla, pues ella no podía ni quería encargarse de todo aquello sola. Demasiados buenos recuerdos, pero también algunos muy dolorosos. Como cuando su padre se fue. Resopló al verse sorprendida por aquella imagen que había intentado mantener alejada de su memoria. Cerró la puerta de la habitación y un escalofrío recorrió su cuerpo. A pesar de ser primavera, el frío invernal no había abandonado esos viejos muros de piedra. Descendió lentamente los escalones, deslizando la mano por la barandilla de madera.

—Tendremos que encender el fuego.

—Eso llevo intentando desde hace rato —gruñó Ben desde el interior del salón comedor.

Siena asomó la cabeza por el hueco de la puerta y observó a su amigo, un urbanita de los pies a la cabeza, amante del asfalto, el tráfico y las grandes aglomeraciones, que paseaba la mirada por el contorno de la chimenea, palpando con los dedos cada reborde de la misma.

—¿Qué haces? —exclamó Siena, sin poder evitar soltar una carcajada

—¿Has dado el gas? —inquirió él.

—¡Qué gas ni que leches! —Sus palabras salieron mezcladas con una risa imposible de aguantar—, aquí las cosas funcionan como antaño: leña y cerillas.

Ben abrió los ojos desmesuradamente y cesó en su empeño de localizar el inexistente interruptor que llevaba un buen rato buscando. Siena salió y se dirigió a la leñera que se encontraba en la parte trasera de la casa, junto al huerto que su abuela siempre había cuidado con gran mimo y ahora se hallaba lleno de malas hierbas y parecía desangelado. No pudo evitar que su mirada se tiñera de tristeza, recordaba las veces que, siendo tan solo una niña, había ayudado a su abuela a recoger los tomates de las matas, todavía recordaba aquel olor penetrante y jugoso, sacudió su cabeza con decisión para apartar esos pensamientos que la asaltaban y entró en la caseta de madera con la esperanza de que todavía quedara algún tronco. Encontró algunos amontonados junto a la pared del fondo, pero parecían demasiado pesados para poder trasladarlos, así que seleccionó algunos más pequeños, que habían sido cortados y reposaban junto a unos viejos aperos de labranza que parecían algo oxidados, y salió acarreando la madera en sus brazos. Cuando entró en la casa, Ben le ayudó a poner los trozos de madera en el suelo, los apiló en el interior de la chimenea, y los fue colocando como pudo, como recordaba que hacía su abuelo, lanzó una cerilla que encontró en la repisa, pero nada prendió, volvió a sacar otra de la cajetilla y la frotó varias veces sobre el lateral rugoso hasta que el fósforo prendió y la volvió a lanzar con cuidado sobre la madera apilada, pero el resultado fue el mismo, tras crepitar varios segundos sobre la leña la llamita se fue desvaneciendo hasta apagarse por completo. Resopló, estaba cansada del viaje, tenía frío y su estómago no paraba de recordarla que estaba hambrienta.

—¿Y si pedimos algo de comer? —propuso Vero.

—Me temo que aquí no sirven comida a domicilio, y con los nervios no pensé en eso.

—Bueno, pero debe haber algún restaurante o algo, ¿no? —sugirió Vero tratando de animar a su amiga, pero Siena negó con un gesto de cabeza.

—Recuerdo un pequeño bar, pero...

—¿Sabéis? —la voz de Josh les sorprendió desde la puerta, los tres dieron un salto—, es demasiado fácil asustar a los chicos de ciudad.

—¿Se puede saber cómo has entrado? —espetó Siena adelantándose hasta él.

—Si no cierras la puerta, es lo que pasa, que cualquiera puede entrar. Mi madre te manda esto —dijo alzando una bolsa—. Es comida —confirmó.

—Vaya, todo un detalle, aunque no tenía por qué... ¿Cómo está? —preguntó suavizando el rictus de su boca.

—Vieja —rió él dejando la bolsa sobre la mesa.

—Y ¿qué es de ti? —quiso saber Siena, pero Josh no contestó, elevando los hombros por toda respuesta—. Querías estudiar ingeniería, ¿verdad?

—Y tú querías hacer los anuncios de la tele.

—Bueno, soy publicista, he diseñado varias campañas para algunas revistas...

—¿Necesitáis ayuda con eso? —cortó Josh, señalando la chimenea.

—Puedo encenderla sola —repuso Siena, ante la mirada atónita de su amiga, quien a punto estuvo de suplicar que les echara una mano.

—Sí, claro.

—Aunque si te apetece —ofreció Siena, haciéndose a un lado para cederle el paso.

Josh se agachó junto a la chimenea y removió los troncos, ahuecando un poco la hojarasca. En menos de cinco minutos un cálido y confortable fuego les abrigó. Cuando se incorporó para dejar la caja de las cerillas sobre la repisa, el muchacho no pudo evitar sonreír con suficiencia, algo que exasperó a Siena, y no disimuló el hecho de sentirse molesta. Josh paseó la mirada por el salón. Recordaba las miles de veces que había estado allí, merendando de pequeño, cuando las tardes de interminables juegos se sucedían unas a otras, o aquellos días lluviosos, cuando Marie sacaba las cartas para entretenerlos, o simplemente dejaban pasar las horas viendo las gotas estrellarse contra el cristal. En los últimos años solo había subido allí en contadas ocasiones, cuando Marie necesitaba ayuda con alguna de las tareas que exigía ese viejo caserón.

Miró a Siena y notó una punzada en la misma boca del estómago, era un

hombre de costumbres, no muy amante de los cambios y menos si no eran para bien, y estaba claro que, en el caso de Siena, habían sido para peor.

—Se dice gracias —soltó de pronto.

—Gracias —gruñó ella con desgana.

—Se supone que somos los chicos de campo los que no tenemos educación.

—No discutiré eso.

—Brrrrr me marchó —susurró apretando los dientes—. Suerte —añadió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Suerte?, ¿por qué dice eso? —se asustó Vero.

—Será capullo...

—Siena, solo trataba de ser amable, ha traído la comida y encendió el fuego... —indicó Ben, tratando de disipar la tensión.

—Yo también podría haberlo hecho —rezongó Siena, sin dar su brazo a torcer.

—Bueno, eso es algo que ya no tendremos que comprobar —repuso Ben en tono conciliador.

—Pero... —trató de protestar Siena de nuevo.

—Va, déjalo ya, y será mejor que cenemos algo —sugirió Ben, abriendo la bolsa con la comida que les habían traído y poniendo las fiambreras sobre la mesa—. Venga, todos estamos cansados —añadió dirigiéndose a ambas.

—Tienes razón —reconoció Siena, acercando a la mesa un par de banquetas que reposaban sobre la pared de la entrada.

—Pero... ¿qué ha querido decir con eso de que tengamos suerte? —insistió Vero, que no dejaba de mirar hacia la puerta por donde hacía un momento se había marchado el amigo de Siena, dejándola intrigada.

—Bah, no le hagas caso —zanjó Siena.

Los muchachos dieron buena cuenta de la cena, que les pareció sencilla, pero deliciosa. A pesar de que no era una hora demasiado avanzada los tres se mostraban cansados, la larga caminata desde la carretera y las emociones del día habían hecho algo de mella en su ánimo. Así que decidieron recoger sus cosas y disponerse a recuperar fuerzas para el día siguiente.

La noche transcurrió sin contratiempos. Los tres acordaron dormir en el salón, pues la casa estaba demasiado fría como para poder conciliar el sueño en alguna de las habitaciones. Las horas se sucedieron lentas, transcurriendo impasibles a

medida que avanzaban las manecillas del reloj, y el amanecer descubrió a Siena despierta, sentada en el sofá, observando las brasas en que se había convertido la madera que, en el hueco de la chimenea, había estado crepitando, consumida por una reconfortante llama, durante la noche. Jamás pensó que volver a ese lugar removería de ese modo su interior. Eran cerca de las nueve cuando sus amigos despertaron, el sol hacía horas que lucía en el cielo y su débil luz entraba a través de las ventanas delanteras de la casa, inundando de vida todo el salón.

—Dime por favor, que hay algún lugar donde poder tomar un buen café. —El tono de voz de Vero casi parecía un ruego.

—Un café sí, pero que sea bueno ya no lo puedo garantizar.

—Si es café, me vale —aseguró Vero, calzándose otras botas de impresionantes tacones.

—Pero... —Empezó a protestar Ben, observando cómo la chica terminaba de atar los cordones.

—¡Ni se te ocurra! —atajó Vero, interrumpiendo al muchacho—. Una mujer no puede perder el glamour bajo ninguna circunstancia —aseguró convencida.

—¿Ni aunque tenga que caminar entre riscos? —interrogó Ben con un deje de sarcasmo en su voz.

—¡Por supuesto que no! —insistió ella, poniéndose en pie.

—¡Vamos chicos! —intervino Siena, soltando una carcajada—, bajaremos al pueblo a por ese café.

A pesar de que el día había amanecido soleado, la mañana era fría. Durante la noche había caído una helada, haciendo del lugar algo mágico, como en esas bonitas postales que se exhiben en las tiendas de regalos, todo aparecía cubierto por una fina capa de escarcha, pero como contrapartida había convertido el camino hacia el pueblo en una trampa mortal para los tres, sobre todo para Vero, quien a duras penas logró mantener el equilibrio durante todo el descenso hasta alcanzar las empedradas calles del centro del pueblo. Cuando entraron en el bar todos los que allí se encontraban reunidos enmudecieron de golpe. «No son muy sutiles» pensó Siena. Ben tragó saliva, al tiempo que una extraña sensación recorría su cuerpo, demasiado amante del cine gore como para que su imaginación no se desbordara.

—Tres cafés —solicitó el joven acercándose a la barra con cautela.

—Lo siento —respondió con voz áspera el joven situado tras la barra—, la

cafetera está estropeada, pero hay un Starbucks de esos a menos de cuatro horas de aquí.

En ese instante se inició un leve murmullo que fue ganando en intensidad hasta convertirse casi en una carcajada colectiva, Ben miró a su alrededor, diversos hombres y un par de mujeres habían interrumpido su desayuno y les observaban con detenimiento y mal disimulado interés.

—¿Y esos cafés? —preguntó entonces, señalando una de las mesas a su espalda, aunque tenía la certeza de conocer de antemano la respuesta que le darían.

—Los han traído de casa —respondió el camarero sin el menor sonrojo. Y de nuevo una carcajada ahogada se alzó entre los presentes.

Siena, que hasta el momento no había intervenido, encajó las mandíbulas y no pudo evitar enrojecer de rabia, conocía a alguna de aquellas personas, las recordaba de los veranos que había pasado en el pueblo, aún podía rememorar las veces que había merendado junto con sus abuelos en ese mismo bar. Allí estaba Miriam, a la que consideró su mejor amiga y le había confiado todos sus secretos cuando tenían diez años, y Steven, su hermano, quien siendo casi adolescentes, en una de las excursiones que solían hacer hasta el río, introdujo un enorme sapo en la cesta de su bicicleta, lo que provocó que tuviera un pequeño accidente dándose de bruces contra el suelo, se vengaría al año siguiente cuando le pidió si quería acompañarle al baile de agosto y le contestó que ya había aceptado la invitación de Richard, su mejor amigo. Al fondo, parapetada tras una columna, vio a la madre de Gina, que les preparaba unas deliciosas galletas de jengibre para las meriendas, y también reconoció al señor Johnson, el mecánico del pueblo, entre otros.

—Venga Tom —la voz de Josh se elevó entre el murmullo de fondo del bar, se levantó de la silla tras la mesa donde estaba dando cuenta de su desayuno, y desde donde había estado divirtiéndose con el espectáculo—, no seas así, no queremos que nos acusen de ser poco hospitalarios.

—Bah Josh, pero solo porque tú me lo pides, tres cafés para los señoritos.

—Dos —atajó Siena— a mí se me han quitado las ganas.

Salió del bar dejando tras de sí el sonido de un fuerte portazo, Vero dudó unos instantes si salir tras ella, pero el olor a café la atrajo como un imán e hizo que

decidiera sentarse en la barra, y Ben imitó su gesto. Sin embargo Josh, que todavía no había borrado la sonrisa que se había dibujado en su rostro, fue quien salió tras ella.

—¿Desde cuándo te has erigido en dueño y señor del pueblo? —le increpó Siena, dándole un fuerte empujón, aunque sin lograr que él retrocediera ni un centímetro— ¿Se puede saber qué problema tenéis conmigo?

—No nos gustan mucho los extraños.

—Y ¿yo soy una extraña?

—Bueno... en cierto modo. Piénsalo Siena, somos un pueblo tranquilo, no nos gustan las modernidades, las prisas, las idas y venidas de turistas, nosotros no necesitamos todo eso. —Hizo una pausa y continuó observando a Siena, sus ojos devolvían una mirada dura, parecía crispada—. Cuando Marie murió todos nos temimos que pasaría algo así. Que un día sin más aparecerías dispuesta a vender la casa o a convertirla en uno de esos lugares de paso, que atraen a turistas molestos, pero nosotros no necesitamos un hotel rural, ni wifi, ni...

—Oh venga, todo el mundo necesita wifi.

—No queremos ser como vosotros.

—Como nosotros...

—Quizás te cueste creerlo, pero somos felices así, puede que seamos humildes, pero somos honestos, nos ayudamos unos a otros, somos gente de palabra.

—¿Insinúas que yo no soy así? —Y cuando fijó su mirada en los azules ojos de Josh, vio un deje de rencor en ellos, un rencor que no alcanzaba a comprender, pero que logró herirla—. Vete a la mierda Josh, ¿te molestó que me largara de aquí? ¿Quién en su sano juicio querría vivir en un sitio como este? —Siena estaba dolida y no se molestó en disimularlo, así que continuó hablando sin dar opción a que su interlocutor interrumpiera todo lo que pensaba decir—. Si os fastidia lo que voy a hacer con la casa, no es asunto vuestro, pero te recuerdo que es mía, y puedo hacer con ella lo que me dé la gana, como si quiero tirarla al suelo, convertirla en escombros o prenderle fuego —repuso de tirón, al borde de consumir todo el aire que guardaba en sus pulmones.

—Me alegro de que tu abuela muriera antes de ver la clase de persona en que te has convertido.

La mano de Siena, tomando vida propia, se alzó para estrellarse, mostrando toda su ira, sobre la cara del muchacho. No pudo evitar contener su rabia, la

indignación hizo que le temblaran ligeramente las rodillas y que un par de lágrimas, que se negaba a dejar escapar, rodaran por sus mejillas. Sintió ganas de gritar y de volver a golpearle, sobre todo cuando vio la mueca burlona que se había dibujado en su rostro. Tragó la rabia que pugnaba por atragantarla y salió corriendo alejándose de allí.

—Pero... ¿Se puede saber qué le has hecho? —Quiso saber Vero—. ¡Siena! —gritó—. Siena, ¡joder! espera, no puedo correr con estos tacones.

—¡Bah! —repuso Josh, quitándole importancia con un gesto de su mano—. Ya se le pasará, siempre fue muy melodramática.

—¡Tú! —gritó Vero, dándose la vuelta—, gañán insensible, ¿qué le has dicho?

—Vamos Vero —intervino Ben—, déjalo, no merece la pena.

—Déjame Ben —cortó, evitando que él la sujetara por el brazo—. Quiero saber qué coño le ha dicho para que se vaya así.

—Nada que no sea verdad —repuso Josh—. Su abuela estaría muy decepcionada con ella.

—¡Serás gilipollas! —espetó Vero airada— ¡¿Pero tú quién te crees que eres para decirle algo así?!

—Supongo que nadie, pero...

—No te puedes ni imaginar lo culpable que se ha sentido por no haber estado aquí junto a ella...

—Podría haber venido si hubiera querido.

—¡No sabes una mierda! —prosiguió enfadada, dándole la espalda para marcharse, sin saber muy bien qué dirección tomar.

—Fue ella quien olvidó este lugar. —Un tono de reproche y viejo rencor tiñó la voz de Josh.

Vero, que ya se había apartado un par de pasos, no pudo más que retrocederlos de nuevo, algo en ese tal Josh le resultaba muy molesto, puede que fuera ese aire de fanfarrón que arrastraba, o quizás esa obstinación por culpar a Siena de algo que había ocurrido hacía tanto tiempo. Le parecía absurdo.

—Ella no quiso hacerlo, o no del todo. Su padre se largó y eso provocó que tuviera que romper con esto.

—Todos sabemos lo de su padre, esto es un pueblo y no especialmente discreto —rió él—, pero no entiendo qué tiene eso que ver con haber estado más

de diez años sin venir por aquí... y que solo haya vuelto para vender la casa... —gruñó casi entre dientes.

—A veces, pospones algo durante tanto tiempo que, cuando puedes hacerlo, ya no tiene sentido —contestó Vero, de un modo tan lacónico que casi parecía que estuviera hablando para sí misma—. Además, no sé por qué cojones te estoy dando explicaciones, está claro que solo eres un gilipollas más.

—Déjalo Vero —intervino Ben— vamos, creo que se ha ido por allí...

—¡Joder!, si no es en metro no sabéis cómo orientaros, ¿verdad? Se ha ido por allí —repuso señalando en dirección opuesta—. Estará en el río, siempre iba al río cuando algo la molestaba.

Ambos amigos se miraron sin poder ocultar la perplejidad que les había causado la seguridad de las palabras de Josh, que parecía no tener ningún tipo de duda respecto al paradero de su amiga.

—Ahora lo entiendo todo —exclamó Vero, dejando escapar una carcajada, ante el asombro de ambos chicos.

—¿Entiendes qué?

Vero no pudo más que sonreír, Siena siempre había sido muy guapa y había despertado verdadera fascinación en los hombres, aunque no se diera cuenta del poder de atracción que tenía un simple aleteo de sus pestañas.

—Entiendo por qué no se debe hacer turismo rural con tacones —dijo Vero enlazando la mano de Ben, que no alcanzaba a comprender ese cambio de actitud en su chica, que había pasado de parecer querer abofetear al joven, a mostrarle una amplia sonrisa—. Bueno y tú, ¿vas a moverte? —inquirió mirando a Josh.

—Yo... —Dudó un instante, pues no sabía si sus siguientes palabras respondían a una decisión propia o que esa morena le estaba manipulando con su sonrisa de suficiencia—. Yo voy a buscarla...

A Siena siempre le había gustado aquel rincón del bosque cercano a la casa de su abuela. Era un sitio tranquilo, y el sonido de un pequeño salto de agua, situado en uno de los recodos más pronunciados del río, la tranquilizaba. Siena, no había podido dejar de llorar, se había sentado sobre el tronco de un viejo árbol, el mismo que le había visto matar las horas en aquellos largos veranos, cuando justo acababa de dejar atrás su infancia y quería huir de todo y de todos.

Desde que lo descubrió siempre había pensado que era un rincón perfecto para leer, dibujar, pensar, o simplemente dejar pasar el tiempo sin hacer nada. Como ahora, que mantenía la mirada perdida en el infinito, mientras lágrimas insolentes rodaban por sus mejillas, esparciendo la máscara de pestañas, algo que no le ocurría cuando tenía doce o trece años.

—Sabía que estarías aquí, cuando éramos pequeños muchas veces te espiaba desde el otro lado del río, tras esa roca —dijo Josh sentándose a su lado y señalando el lugar concreto desde donde, parapetado, la había observado años atrás.

—Ahora ¿qué quieres?, ¿no me has insultado ya bastante? —susurró sin poder esconder el llanto en su voz.

—Creo que quiero pedirte perdón.

—Ah, ¿solo lo crees?

—Bueno... —Trató de defenderse, pero ella le interrumpió de nuevo.

—Perdón... ¿por qué, exactamente?

—Por ser un gilipollas insensible, y... por el mal recibimiento que te he dado y...

—Se puede saber... —pasó la manga de la cazadora por su rostro, arrastrando así las lágrimas y el maquillaje—, ¿qué te hice para que me guardes tanto rencor?

—Dejaste de venir.

—Al igual que yo, seguro que otros también hicieron lo mismo.

—Es diferente.

—No veo por qué... solo pasaba aquí un par de meses al año —repuso ya más calmada—. No creo que te doliera tanto que yo dejara de veranear en el pueblo.

—Sí, un par de meses al año —empezó a decir mientras dejaba escapar el aire de sus pulmones despacio hasta convertirlo casi en un suspiro—, y pasaba los diez siguientes esperando que de nuevo llegara Julio. ¡Joder! Siena estaba colado por ti...

Una sonora carcajada rompió el silencio del bosque, una risa que se elevó sobre las copas de los pinos y el rumor del agua. Josh se levantó de repente, como impulsado por un resorte y no pudo evitar mirarla molesto, le había costado mucho pronunciar esas palabras en las que llevaba pensado desde que se había separado de esos dos amigos suyos, Vero y Ben, creía que se llamaban... Parecía absurdo, pero Siena había sido su primer gran desamor, y le llevó mucho

tiempo superar que ella, simplemente, se olvidara de él, al igual que del pueblo y de todo lo que habían compartido, y ahora, años después, siendo ya una mujer, sentada a su lado, se reía de su confesión. Durante años imaginó qué le diría si algún día volvía a verla, incluso en un par de ocasiones, durante aquellos diez años, había viajado hasta su ciudad, sabiendo que era una remota posibilidad cruzarse con ella, pero con la esperanza de que eso ocurriera.

—Eres un idiota —exclamó Siena, dibujando una sonrisa y terminando de enjugar sus lágrimas.

Josh se sintió desorientado, nunca había sido demasiado bueno con el sexo opuesto, solo había tenido un par de novias, algo sin importancia, que se cansaron de él antes de poder considerar lo suyo como algo serio, pero que se rieran así, en su cara...

—Olvidalo, ¿vale?

—No venga, si como broma está bien, siempre me gustó eso de ti, la manera que tenías de hacerme reír.

—¿Broma?

—Recuerdo una vez, con Hugo... Dios, cuando os montasteis los dos en aquella bicicleta tan destartada, no podía parar de reír —Siena se levantó también, y todo ese pesar que atenazaba su pecho hacía tan solo un momento, se había disipado con una simple carcajada— y al final fui yo quien terminó en el fondo del barranco, ocho puntos en la rodilla, aún tengo la cicatriz.

—Siena...

Josh no pudo evitar pensar que seguía igual de guapa, y su risa continuaba siendo escandalosa y desacompasada, y ese pensamiento, que le había asaltado casi a traición, nubló de pronto su razón, hasta el punto de hacerle olvidar que estaba molesto con ella, y con la forma en que se estaba riendo de él.

—¿Lo recuerdas? ¡Joder Josh!, no has cambiado nada. Esa facilidad para hacerme pensar que todo era simple, ese punto de magia que lograbas ponerle a todas las aventuras...

Josh no podía entender por qué esa mujer frente a él le hacía sentir tantas cosas, y tan inconexas entre sí. Y tampoco podía comprender por qué se reía con la idea de que pudiera estar enamorado de ella. Sí, lo estuvo... cuando eran

pequeños... fantaseó con cogerla de la mano, acurrucarla entre sus brazos y todas las noches, durante años, soñó con besar sus labios, con cuidarla y protegerla... Cuando jugaban, cuando, como ahora, se perdían en la espesura del bosque, mil veces quiso besarla, y mil veces le falló el valor. Y un día, simplemente se esfumó, y con ella la oportunidad de saber a qué sabían sus labios. Siempre pensó que serían dulces, como el melocotón en verano.

Y con el valor que le faltó entonces y la rabia de recordar lo que sintió al perder aquella oportunidad, sus labios atraparon sin previo aviso los de ella. En medio del bosque, Siena se vio sorprendida por ese chico que ya se había convertido en un hombre, ese amigo al que había añorado durante tiempo. No pudo reaccionar, tan solo se dejó atrapar por esos brazos fuertes que la acercaron más a él, mientras su lengua se rindió ante la invasión sufrida, y de pronto sus ojos se cerraron y su mente se dejó llevar. Su corazón, imprimiendo un ritmo frenético en cada latido, se convirtió junto al agua en la banda sonora de un beso que, a pesar de haber sido inesperado, tenía el sabor a algo que se había soñado durante mucho tiempo.

Y al separarse de ella, la descubrió con los ojos cerrados y rubor en las mejillas.

—¿Qué diablos...? —Empezó a decir Siena.

—Tenía que comprobar algo.

—Ah... —susurró ella sin encontrar las palabras acertadas—, y ¿ya lo has comprobado?

—Sí, yo tenía razón, siempre supe que tus labios sabrían a melocotón.

No usar en caso de emergencia

*La mariposa no cuenta meses sino momentos,  
y tiene tiempo suficiente.*

*T. Tagore*

Hacía ya un par de horas que todos se habían marchado a casa, la oficina permanecía a oscuras y en completo silencio. Solo en el último cubículo del final del pasillo aún podía verse luz, y el sonido mecánico de los dedos martilleando con rapidez sobre un teclado. Ana deslizó, de manera distraída, los dedos entre los mechones de su castaña melena, acomodándolos tras las orejas. Se obligó por un instante a cerrar sus cansados ojos que, desde hacía ya un buen rato, se empeñaban en devolverle una visión borrosa de los textos que se sucedían en la pantalla, haciéndole aún más complicada su tarea. Quería terminar de enviar un par de emails, tenía que conseguir como fuera que ese escurridizo profesor le concediera una entrevista para poder así dar por finalizada la recopilación de información y poder meterse de lleno en el artículo, quería tenerlo listo como muy tarde en un par de semanas, a pesar de que su supervisor le había dado de plazo hasta el mes siguiente.

Cuando por fin apagó la pantalla del ordenador era ya muy tarde. Tomó un último sorbo de su Red Bull y tiró la lata, sin demasiada puntería, a la papelera del fondo. Se levantó de la silla y casi dio un traspié con las carpetas que se habían amontonado en el suelo, frente a la cajonera.

—¡Mierda! —exclamó.

Salió de su pequeño cubículo consultando el reloj que siempre llevaba en su muñeca derecha, y que le indicaba dos cosas: la primera, que era ya demasiado tarde para avisar a Laura que no iría a cenar, y la segunda, que había acumulado un total de 3.587 pasos a lo largo del día, lo que venía a confirmar que había permanecido demasiadas horas sentada. Le dolían las piernas, la espalda y se sentía agotada. Solo quería llegar a casa e irse a dormir.

A esas horas el edificio debía estar prácticamente desierto.

—¡Espera!

La voz de Tristán, desde el fondo del pasillo, la sorprendió justo cuando las puertas del ascensor estaban a punto de cerrarse, y a pesar de que Ana apretó con énfasis el botón para acelerar ese proceso y perderle de vista, él llegó en el último momento, e interponiendo su cuerpo, evitó que las puertas terminaran de cerrarse. Ana no pudo evitar soltar un bufido de fastidio.

—Perdona —se disculpó, dibujando en su rostro una falsa sonrisa— estaba en mi mundo... no te he oído.

—Ya —fingió creerla él— tranquila, no pasa nada.

—No lo he hecho a propósito, si es lo que insinúas.

—Yo no he insinuado nada —se defendió Tristán.

Ambos se miraron un instante a desgana. Era innegable la antipatía que sentían el uno por el otro, quizás se debiera a que ambos competían por el mismo ascenso dentro de la empresa, la misma que les estaba robando parte de su juventud, sin que fueran del todo conscientes de ello. Ana volvió a apretar el botón para descender hasta la planta principal, y al hacerlo un ligero zumbido se alzó sobre ese incómodo silencio que se había instaurado entre ellos.

—Anda, déjame a mí —repuso él en un tono cargado de condescendencia, mientras la hacía a un lado y apretaba el mismo botón, y fue entonces cuando al zumbido le siguió una ligera sacudida.

—¿Qué has hecho!?

—¿Yo? —se quejó Tristán, mostrando cierta indignación.

—¡Lo has estropeado! —chilló Ana, apretando el botón repetidas veces, sin obtener ningún resultado.

—¡Cómo voy a romperlo! Si solo he apretado el...

—¡No se mueve! —exclamó Ana, rozando el pánico.

—Bueno tranquila, seguro que solo se trata de un pequeño fallo, a ver...

Un nuevo zumbido, seguido de una sacudida algo más abrupta, provocó que la cabina metálica se tambaleara y de repente la luz principal se apagó, quedando iluminados tan solo por una pequeña bombilla de emergencia. Ambos se miraron un momento antes de que Ana empezara a chillar y a golpear las puertas, con la clara intención de que el de seguridad les sacara de allí.

Pasados unos minutos los gritos de Ana cesaron, no así el gesto de terror de su cara.

—¿Qué?

—Nada, nada —contestó Tristán, alzando ambas manos—. ¿Estás bien?

—Estoy encerrada en un ascensor... ¡Contigo!

—No se me ocurre nadie mejor que yo.

—Aaarrggss —gruñó Ana, molesta.

Tristán se había ganado a pulso una merecidísima fama de ser un bocazas pretencioso. Uno de esos tíos que solía aprovecharse de su físico para lograr todo lo que se proponía, ya fuese algo en relación al trabajo o cualquier otra cosa personal. En la redacción los rumores corrían como la pólvora, y las malas lenguas nunca explicaban nada bueno de él. Solían decir que, tras esa pose angelical, esos ojos claros y ese pelo oscuro, se escondía un ser manipulador, ambicioso y sin escrúpulos. Aunque, a decir verdad, todos esos calificativos que empleaban para referirse a él, eran los mismos que solían utilizar cuando se referían a ella por la espalda.

Tristán miró a su alrededor, fijando la vista en ese pequeño, pero llamativo botón de color amarillo con una campana dibujada y lo presionó, aunque para su sorpresa, no emitió sonido alguno. Volvió a presionar varias veces más, en esta ocasión con algo más de insistencia, pero el resultado fue el mismo, ni el más leve sonido se dejó oír en el interior de la cabina. En ese momento, Ana, que se había situado justo a su lado, palideció y la piel de su cara mutó a un tono blanco nuclear.

—Bueno, no te preocupes —su voz sonó tranquila— ahora llamo al conserje y... —pero las palabras murieron en su boca, sin poder finalizar la frase—. ¡Mierda!, me he dejado el móvil sobre la mesa.

—Debes estar bromeando. En pleno siglo XXI ¿quién olvida su teléfono? —le increpó sin poder evitar que su tono fuera de reproche.

Tristán la miró sin tratar de disimular su enfado, qué culpa tenía él de haber olvidado su móvil. En un día normal al llegar a la planta baja se habría dado cuenta y habría subido de nuevo a buscarlo. No entraba en sus planes quedarse encerrado en un ascensor. Ana rebuscó en el interior de su bolso para sacar su móvil, y al hacerlo se dio cuenta de que no sabía a quién llamar.

—¡Anda, trae! —ordenó, al tiempo que se lo arrebató de las manos y sin darle opción a que ella pudiera protestar, marcó el número del conserje.

No tuvo tiempo para dar demasiadas explicaciones, tan solo pudo decir su nombre y anunciar que se había quedado encerrado, pero antes de poder indicar el lugar donde se encontraban, el teléfono emitió un zumbido y se apagó.

—¿En serio?! —exclamó, molesto mirando la pantalla negra del dispositivo.

—¡Ups!, la batería —Ana alzó los hombros y se mordió el labio.

—Pues sí, «ups, la batería» —repitió él con desdén, sin tratar de reprimir su enfado.

Se acercó entonces a las puertas metálicas e intentó hacer fuerza para abrirlas, estas parecían no tener intención de ceder ni un milímetro, aunque finalmente, y tras mucho esfuerzo, consiguió separarlas y abrir una rendija, suficiente para comprobar que se encontraban entre dos pisos. Imposible salir.

—¡Joder! —exclamó dando un puñetazo contra la puerta que volvió a cerrarse de nuevo.

—Eso, tú rómpelo más —se quejó Ana.

—¡Yo no lo he estropeado! —se defendió—. Debe tratarse de un apagón, cuanto se restablezca la energía podremos salir de aquí. —Y tras su exposición, se sentó en el suelo.

Quince minutos después Tristán ya estaba mareado de ver a su compañera recorrer arriba y abajo los escasos tres pasos que podía moverse en ese minúsculo habitáculo. Intentó cerrar los ojos, pero el deambular de Ana junto con algún pisotón que le propinaba al pasar, le estaban crispando los nervios, estaba a punto de perder la paciencia. Era viernes. Se había quedado hasta tarde porque quería terminar un par de cosas antes de un fin de semana que se presentaba épico, sin duda, entre sus alocados planes no entraba el quedarse atrapado en el ascensor, y menos con ella, la única tía de toda la redacción que estaba claro que le odiaba. O puede simplemente que fuese una amargada, como decía el de contabilidad.

—¡Auch! ¡Joder! —se quejó cuando ella le pisó de nuevo—. ¿Puedes estarte

quieta?

—No puedo, estamos encerrados y...

—¿Estamos encerrados?, ¿en serio? No me había dado cuenta.

—Eres un cínico.

—Y tú una pesada ¡quédate quieta un rato!

Ana se dejó caer al suelo, frunciendo el ceño y cruzando los brazos a la altura del pecho. Acompañó el gesto de un bufido para dramatizarlo un poco más y dar más énfasis a su enfado. Tristán no reaccionó, tan solo volvió a cerrar los ojos.

—¿Vas a dormir?

—Si no te callas lo veo complicado.

—Pero ¡cómo puedes dormirte en esta situación!

—Pues porque estoy cansado, y me estás poniendo nervioso.

En esos escasos cuatro metros cuadrados, Tristán se acomodó buscando una de las paredes donde reposar la espalda, estiró las piernas y usó su bolsa a modo de soporte para las lumbares. No estaba demasiado cómodo, pero sabía que, probablemente, no sería por mucho rato. Seguro que el de recepción ya habría llamado a los de mantenimiento, o incluso a los bomberos. Estaba seguro que saldrían de allí de un momento a otro y, con un poco de suerte, sus planes no se verían afectados. Ana intentó imitar a su compañero, tomando la puerta del ascensor como respaldo, dejó el bolso a un lado y estiró las piernas, haciendo descender la obstinada tela del vestido que se empecinaba en dejar al aire más piel de la necesaria.

—Nos sacarán pronto de aquí ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz.

—Ahá...

—Seguro que no tardan, los bomberos ya deben venir de camino. El lunes me voy a reír de esto, ahora no, pero el lunes seguro que sí —Ana entreabrió un ojo para mirarle, seguía quieto, realmente sí parecía poder dormirse incluso en esa situación—. Ahora, una cosa te digo, no vuelvo a coger un ascensor en lo que me queda de vida —Tristán no movió ni un músculo, incluso parecía que su respiración se había acompasado un poco—. Tristán... ¿Te has dormido?

—Ana —dijo abriendo los ojos de pronto— eres pesada incluso en sueños.

—Imbécil.

Tristán no pudo evitar soltar una carcajada, cosa que la molestó aún más. Ahora fue ella la que decidió cerrar los ojos. Intentó que eso la tranquilizara, dejar la mente en blanco y no pensar en nada, pero resultaba imposible, no hacía más que agudizar el oído para tratar de identificar las sirenas de los bomberos, pero desde allí no se oía nada. Resopló. Cambió de posición, abrió los ojos un momento, él la estaba observando, sus miradas se cruzaron tan solo un instante, pero enseguida los volvió a cerrar. Nunca se había fijado en que los tuviera tan azules. Rebufó de nuevo, esta vez con más intensidad, pasó las manos por el pelo, empezaba a hacer calor, seguramente si se trataba de un apagón, la ventilación no funcionaría, y de pronto abrió los ojos presa del pánico ¿se les acabaría el oxígeno? Se levantó de un bote, como empujada por un resorte.

—¿Ahora qué? —preguntó él con gesto de hastío.

—No hay aire.

—Ya —respondió, con una calma pasmosa— supongo que la ventilación no funciona, seguramente moriremos asfixiados —bromeó, pero al ver la cara de Ana se arrepintió enseguida—. ¡Eh! Era broma. Ana, relájate, no van a tardar mucho en sacarnos de aquí.

—¿Y si no nos sacan?

—Joder, digo yo que al final alguien nos echará de menos, ¿no?

¿Sí? Ella no lo tenía del todo claro. Esa misma mañana había comentado a su amiga que, si salía a una hora decente de la redacción, la llamaría para cenar, pero... Laura no era de esas personas preocupadas, seguramente al ver que no la había llamado habría hecho nuevos planes, olvidándose totalmente de ella.

—Supongo —respondió no muy convencida.

—Seguro que tu novio se extraña de que no vuelvas a casa.

—¡Ja! Que sutil.

—¿Verdad? —exclamó, despegando la espalda de la pared—. Llevo un rato pensando cómo preguntártelo...

—Ya veo.

—Y ¿bien?

—¿En serio?

—Nunca se sabe, somos periodistas, es bueno estar informados.

—No tengo novio —respondió al fin.

—Apunto el dato —sonrió con picardía.

—Borra esa sonrisa de la cara, entre tú y yo solo va a pasar el tiempo.

—Bueno mujer, ponte cómoda porque esto va para largo, y nunca se sabe...

—Oh ya te digo que eso sí lo sé. No me gustan los tíos como tú.

—¿Y se puede saber qué les pasa a los tíos como yo? ¡Bah! Déjalo. No quiero saberlo.

—Pues tíos que... —Empezó a responder ella.

—Que no, en serio —la interrumpió— no tengo ningún interés en saberlo. Además —añadió torciendo el gesto—, a mí tampoco me ponen las tías como tú.

—Eres imbécil —incredó ella.

—Sí, sí, ya me lo has dicho, y para estar en una redacción creo que deberías añadir unos cuantos sinónimos a tus insultos. —Amplió su mueca hasta convertirla en una sonrisa amplia, cargada de sarcasmo.

—Pues si quisiera podría insultarte en diferentes idiomas.

—A ver...

—Pppf ¿para qué? —respondió dejándose caer de nuevo hacia atrás.

Tristán volvió a recostarse contra su mochila, hacía calor, así que decidió quitarse la cazadora, aflojar la corbata y desabrochar un par de botones de la camisa. Estiró los brazos acompañando el gesto de un gran bostezo y, finalmente, entrelazó los dedos de ambas manos tras su nuca. Iba a ser una noche muy larga. Observó de reojo cómo Ana intentaba de nuevo buscar una posición para acomodarse, se la veía muy nerviosa, estrujaba una mano contra la otra y parecía no poder evitar que sus pies se movieran por inercia.

Cuando volvió a mirar el reloj había pasado casi una hora. El ambiente empezaba a estar muy caldeado, terminó de tirar de la corbata y desabrochó por entero la camisa. Ana estaba sentada con las piernas dobladas y la espalda pegada a la pared del fondo, tenía la mirada perdida en algún punto inconcreto. Estaba sudada y respiraba con dificultad.

—Ana... ¿estás bien? —ella asintió con un gesto de su cabeza—. Puede que vaya a decir una gilipollez de esas típicas de tíos como yo, pero... ¿por qué no te quitas el vestido? —ella dirigió entonces la mirada en su dirección—. Hace mucho calor.

—Estás de broma ¿no?

—¡Joder!, no busques segundas intenciones —se justificó a regañadientes—. Ha subido la temperatura, estás sudando y... —pero la mirada de Ana le hizo callar—. ¡Vale!, no he dicho nada, haz lo que quieras.

Tristán volvió a recostar su espalda contra la pared metálica, acomodando de nuevo ambos brazos tras su nuca. Ana lo miró furiosa aún unos instantes más. Pasó el dorso de la mano por su frente y arrastró así el sudor que empezaba a escocerle en los ojos. Sacó del bolsillo delantero del bolso una diadema elástica y la usó para recoger el pelo en un improvisado moño sobre su coronilla, y la sensación de alivio la reconfortó un segundo.

—Te queda bien —dijo él observándola—, el pelo, me gusta cómo te queda recogido.

—Gracias. —Sopló, miró de nuevo hacia la puerta del ascensor, esperando poder oír voces tras ella, o al menos algún ruido que indicara que alguien estaba haciendo lo necesario para sacarlos de allí, pero nada, no se oía nada, finalmente se levantó resignada—. ¿Me la dejas? —preguntó señalando hacia donde Tristán había dejado caer su camisa.

—Claro —se la tendió.

—No mires.

El chico soltó una carcajada, pero obedeció de inmediato, cerrando los ojos. Aunque no tardó mucho en dejarlos entreabiertos lo suficiente para poder observarla. Se había girado de espalda, hizo descender con delicadeza la cremallera lateral del vestido, se dio la vuelta para comprobar que él seguía con los ojos cerrados, cosa que hizo de inmediato, apretándolos fuerte. Cuando Ana dejó caer el vestido él volvió a abrirlos. Tenía un bonito cuerpo, definido y bronceado. Tristán se deleitó un instante en su espalda, y fue deslizándose la vista hasta llegar a...

—Bonito tatuaje —exclamó divertido.

—¡Serás cerdo!

—¿En serio esperabas que no mirara?

—Claro, cómo he podido creer que tuvieras palabra.

—¡Qué bien me conoces!

Ana terminó de acomodarse la camisa, mucho más fresca que el vestido de manga larga y con forro. Dudó un momento, pero no tuvo más remedio que volver a sentarse en el suelo, en esa posición sus muslos quedaban totalmente al descubierto. No evitó mostrar su enfado cuando sorprendió a su compañero

ladeando la cabeza para poder observar mejor por el hueco que dejaba uno de los pliegues de la prenda.

A esas horas de la madrugada, después del tiempo que llevaban encerrados en esa reducida cabina de ascensor y con la ventilación detenida, el calor empezaba a ser sofocante. Tristán pasó ambas manos por su rostro para retirar el sudor, hacía ya un buen rato que se había despojado también de la camiseta interior, y estaba barajando la idea de desprenderse de los pantalones, cosa que hubiera hecho ya hacía tiempo, sino fuese porque, de bien seguro, Ana pondría el grito en el cielo. A su vez, ella movía una de las carpetas de su portafolio para intentar, con ese movimiento, generar algo de aire, para mitigar un poco el bochorno. El sonido de las tripas del joven hizo que se girara casi asustada.

—Lo siento —se disculpó llevando ambas manos al estómago— empiezo a tener hambre.

—¡Espera! —exclamó sin poder contener su alegría, y empezó a rebuscar en su bolso hasta dar con un envoltorio de tonos rosados—. Tortitas de arroz —anunció triunfal.

—Puuuff eso sabe a cartón.

—¡Qué dices!, están muy buenas —protestó partiendo una y ofreciéndole un trozo— y si no, es lo que hay...

—Ahí le has dado —confirmó él aceptando el trozo que le alcanzaba—. Por cierto, no había tenido oportunidad de decírtelo, pero... muy buen trabajo con el artículo de las farmacéuticas.

Ana lo miró sorprendida.

—Vaya, gracias.

Le había llevado más de dos meses de laborioso y minucioso proceso de investigación. Se había pasado noches en vela... Sí, había trabajado mucho en aquel artículo, y estaba muy orgullosa del resultado. Había pensado que le reportaría el ascenso de forma inminente, pero seguía teniendo que luchar precisamente contra el hombre que ahora la observaba mientras masticaba un trozo de torta de arroz que, verdaderamente, no sabía a nada. Le había molestado, y mucho, que Philip no la hubiera ascendido de inmediato, pero debía reconocer, aunque jamás lo haría en voz alta, que Tristán era un buen periodista, como persona dejaba mucho que desear, pero como profesional era

admirable. Su trabajo siempre resultaba concienzudo y su estilo narrativo era claro, directo y muy incisivo, lo que le reportaba una buena legión de seguidores que leían cada semana su columna, tenía una forma de escribir que atraía a todos, incluso a ella.

—Tu artículo sobre las apuestas ilegales tampoco estaba mal.

—¿En serio? —inquirió enarcando una ceja.

—En serio, no lo digo por hacerte un cumplido, y lo sabes.

—Gracias. —Sonrió.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—He escuchado voces —Ana se apresuró a levantarse—. ¡Estamos aquí! ¡¿Hola?! ¡¡¡En el ascensoooooor!!! —chilló al tiempo que golpeaba la puerta.

Tristán también se levantó y volvió a intentar abrir las puertas bajo la atenta mirada de Ana. Se notaba que los nervios después del paso de las horas empezaban a aflorar.

—Es inútil...

—¡Pero no te rindas!

—Ana, es imposible, no hay nadie...

—He oído voces... Y ¿si salimos por el techo? En las películas lo hacen.

—¿Te estás escuchando?

—Necesito salir de aquí.

—Y yo, créeme que tengo cosas mejores que hacer un viernes que quedarme encerrado en un ascensor, pero es absurdo Ana, intenta tranquilizarte...

—¡No me digas que me tranquilice!

—Pues no lo hagas —gruñó enfadado volviendo a sentarse en el suelo—. ¡Joder! —exclamó—, que poco ha durado la tregua —masculló entre dientes.

Ana rebufó de nuevo, miró el reloj, eran casi las dos de la madrugada, llevaban allí horas. Hacía muchísimo calor, tenía hambre y sed, estaba cansada, la camisa de Tristán empezaba a estar húmeda y se le pegaba a la espalda...

—Son casi las dos, deberíamos intentar dormir —propuso él, en parte para romper el incómodo silencio.

—No creo que pueda —dijo al fin y volvió a tomar asiento, esta vez a su

lado.

—El lunes nos iremos de esto.

Pero ella empezaba a no tenerlo tan claro. ¿Y si nadie iba a buscarlos? Y aunque pudieran pasar un par de días sin comer, ninguno de los dos tenía nada para beber, y con el calor que estaban pasando y lo que estaban sudando estaba claro que de un momento a otro podrían sufrir de deshidratación, y todo eso sin tener en cuenta que el aire cada vez estaría más enrarecido, lo que podría dar lugar a alucinaciones, o quizás alguna cosa peor, y además, sin mencionar siquiera las necesidades fisiológicas básicas. Ana se estremeció y sintió ganas de llorar.

—¿Y si nadie viene a por nosotros hasta el lunes? —Y no pudo evitar que una lágrima descendiera por su mejilla.

—¡Eh! No... no, no, no... no llores eehhhh —Tristán la rodeó con uno de sus brazos y la atrajo hacia sí— venga va, que lo peor ya ha pasado. Además, es la primera vez que estamos tanto tiempo juntos y apenas hemos discutido.

Solía ser la tónica habitual, no había sesión matutina que no terminara con ellos enzarzados en alguna discusión. Sobre todo, cuando ambos perseguían que les asignaran la misma noticia. Alguna vez Philip les había propuesto trabajar juntos, algo a lo que ambos se habían negado rotundamente.

—Soy una estúpida...

—Estás nerviosa, es normal, a todas os pasa cuando me quito la camiseta.

—¡Cretino! —rezongó, golpeándole en el muslo, pero no pudo evitar sonreír —. Gracias —murmuró acomodándose sobre su hombro.

—Intenta descansar —le susurró.

De no ser porque estaban en un sitio cerrado y aislados, habrían sido conscientes de que iba a nacer un nuevo día, el sol estaba a punto de despuntar. Ana, no tardó mucho en dormirse sobre el hombro de su compañero. Este al principio se negó a cerrar los ojos, estaba a gusto y perdió la mirada, más de lo que permitiría el decoro, en los muslos de su improvisada compañera de noche, pero justo en ese exiguo límite que marcaba el final del faldón de su propia camisa. Dibujó con la mirada sus piernas, ascendiendo por sus muslos, y se detuvo en el armonioso vaivén de sus pechos mecidos por su acompañada

respiración, admiró la línea de su cuello, largo y elegante, hasta detenerse en la placidez de su rostro, donde destacaba su boca que encerraba la promesa de húmedos besos y en sus labios carnosos y de un tenue color coral. Siempre le había parecido una chica muy guapa. Una estirada, casada con su trabajo, pero, ¿quién era él para juzgar algo así? Los dos estaban cortados por el mismo patrón. Ana se movió algo inquieta, entre sus brazos, después del momento en que casi rozó el histerismo, por fin, al quedarse dormida, se había podido relajar. Tristán la apretó un poco más contra pecho, sintiendo la humedad de su cuerpo debido al sudor. Fue entonces cuando se permitió cerrar los ojos y se dispuso a descansar, solo sería un rato, lo justo para reposar de tantas emociones, pero finalmente un pesado sueño le venció.

Cuando Ana despertó se encontró sobre el torso de su compañero de redacción, enredada entre sus brazos y sus piernas. Tristán parecía dormir plácidamente, a pesar de que la posición que había adoptado no parecía del todo cómoda. Quiso moverse, pero temió despertarle así que bajó la cabeza hasta recostarla de nuevo sobre su pecho. Así, tumbada sobre él, notaba su pausada respiración, y el latir tranquilo de su corazón. Le observó de reojo, con detenimiento, así dormido, y en silencio, cualquiera podría afirmar que era un tipo normal, no el estúpido, engreído y arrogante que siempre le arrebatava las mejores noticias y se adjudicaba los reportajes más interesantes. De hecho, ganaba mucho en las distancias cortas, pues desde su posición pudo comprobar que tenía un perfil que casi rozaba la perfección, además de un cuerpo cincelado a base de dieta y gimnasio, pues la naturaleza no era tan generosa con nadie.

Si no hubiera sido por el sitio en el que se encontraban y lo desesperado de la situación, casi podría afirmar que había sido una buena noche.

—Buenos días —saludó él cuando al abrir los ojos la encontró observándole—. ¿Te gusta lo que ves?

—¿Qué? —exclamó, incorporándose de pronto, esperando que sus mejillas no la delataran, pues notó que el rubor debía estar tiñéndolas en ese momento—. Yo no... yo...

—Era broma mujer —soltó con una carcajada.

Ana consultó el reloj de su muñeca para comprobar que era primera hora de la mañana.

—¿Es que nadie va a echarte en falta?

—Pues supongo que lo mismo que a ti... Está claro que somos lobos solitarios —Y estiró ambos brazos para desperezarse y recolocarse las vértebras—. Ahora me tomaría un café, bien cargado.

—Pues lo siento, pero creo que voy a ser una muy mala anfitriona... —bromeó— sin duda, cuando salgamos de aquí te deberé uno.

—Y ten por seguro que me lo voy a cobrar —respondió con una sonrisa de medio lado.

Era un seductor nato. En realidad, solo había aceptado el empleo en esa revista mientras surgía su oportunidad de poder estar frente a las cámaras, de eso hacía ya cerca de dos años, y si bien la oportunidad no había llegado, tampoco le importaba demasiado, pues ese trabajo que, en principio, había aceptado como eventual, le había llegado a gustar de verdad. La labor de investigación era fascinante, estaba cómodo en la redacción, y se entendía bien con sus compañeros... o al menos con la mayoría de ellos.

—¿Siempre has querido ser periodista? —preguntó Tristán cambiando de posición, le dolía ya todo el cuerpo.

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Nunca has pensado en dejar la prensa escrita y probar suerte en otros ámbitos?

La pregunta descolocó un poco a Ana, se acomodó cruzando las piernas, a esas alturas ya poco le importaba que la camisa cubriera más bien poco. Miró a Tristán, sabía que él sí había hecho un par de entrevistas para la televisión, pero desde hacía tiempo se le veía cómodo en el trabajo que realizaba en la redacción.

—No valdría para ponerme frente una cámara, si es lo que preguntas.

—¿Por qué?

—No lo sé... —Se encogió de hombros—. Siempre me he sentido más cómoda con la expresión escrita. ¡Joder... hace tanto calor! —dijo resoplando.

—Seguro que nos sacarán pronto.

—Has perdido poder de convicción.

—Creo que estoy demasiado cansado para poder mantenerla... —repuso guiñándole un ojo.

Las siguientes horas pasaron muy despacio, extremadamente lentas. Hablaron

del trabajo, de los proyectos recién concluidos, de los que tenían pendientes de empezar, y poco a poco, se fueron dando cuenta que coincidían en más cosas de las que les gustaría reconocer. A media mañana, y después de una reflexión sobre el estado actual de la prensa en el país, Ana perdió la mirada en el resquicio que había conseguido abrir Tristán en la puerta, y que permanecía abierta gracias a uno de los zapatos que colocó para evitar que pudiera cerrarse. Al menos, por ese hueco se colaba algo de aire.

No pudo evitar que los nervios empezaran a traicionarla. Se movía inquieta, llevándose de vez en cuando las manos a la parte baja de su vientre. Cerró los ojos e intentó respirar con normalidad, pero ya le resultaba imposible.

—Tristán —susurró con los ojos aún cerrados—, no aguanto más.

—Tranquila, de verdad, seguro que ya es solo cuestión de poco rato —Volvió a repetir, aunque ya sin la seguridad de horas antes.

—No, no me has entendido... —Ana abrió los ojos, y a pesar de la escasa luz, sus mejillas se veían teñidas de un tono coral—. Dios... que vergüenza... pero necesito ir al lavabo... tengo mucho pipi.

—Vaya, pensaba que yo era el único que se estaba meando —Trató de bromear, pero decidió que quizás no era el mejor momento—. Pues está claro que tenemos un problema.

Ana asintió con un movimiento de cabeza.

—Son las doce del mediodía, ¿es que nadie va a sacarnos de aquí? —Y no pudo evitar que su voz se rompiera.

Tristán se levantó, hacía ya un buen rato que había abandonado el decoro y los pantalones. Aprovechando que la puerta permanecía entreabierta, lo que daba de sí la anchura de su zapato, intentó forzar algo más la apertura de esas dos moles de acero.

—¿Puede alguien oírnos? —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Joder! Me cago en la puta... —gruñó golpeando con rabia las puertas.

—¿Hola? —Se escuchó como si de un eco lejano se tratara—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Lo has oído? —exclamó Ana poniéndose en pie.

—Sssshhh —chistó él—. ¡Holaaaaaa! ¡¡¡¡¡¡Estamos en el ascensor!!!!!! —

volvió a gritar—. ¡Lo ves! —soltó cogiéndola de la cintura y alzándola— ¡van a sacarnos!

—¡Van a sacarnos! —chilló entusiasmada.

En un impulso irrefrenable unieron sus labios en un beso que fue creciendo en intensidad hasta que una luz, proveniente del exterior, les sorprendió.

—Soy Eric Pacman y voy a sacarles de aquí —dijo una voz profunda—. Necesito que se separen de la puerta y se agarren, puede que esto se mueva un poco.

La cabeza de Ana daba vueltas, el corazón no le latía, le galopaba dentro del pecho. Ambos obedecieron colocándose en el lado más alejado de la puerta, Ana se cogió a la barra metálica que cruzaba la pared y Tristán se puso delante de ella protegiéndola con su propio cuerpo, aprisionándola contra el panel metálico y sujetándola con fuerza. Empezó a sudar, pero sabía que en esta ocasión no tenía nada que ver con el calor, ni con el bombero que iba a liberarles de su cautiverio. Notaba el cuerpo de Tristán tan cerca del suyo, percibía su respiración, su olor... Le ardían los labios de un modo que no podía ni explicárselo a sí misma.

Cuando las puertas se abrieron una ráfaga de aire se coló en el interior, ayudando a mitigar los caldeados ánimos.

Tras el domingo, la mañana del lunes llegó de forma inexorable, Ana se despertó con los primeros rayos de sol. Saltó de la cama con energías renovadas, se duchó y se vistió con rapidez, y antes de la hora habitual ya estaba pisando el asfalto. Se sorprendió a sí misma tarareando una canción. Cuando llegó al edificio donde estaba situada la redacción de la revista donde había trabajado los últimos tres años, parecía que todo se fuera a desarrollar como todos los lunes anteriores, como cualquier otro de los que se habían venido sucediendo todos esos años, sin embargo, presentía que era diferente. Pasó su tarjeta por el lector y cruzó el torno empujándolo con la cadera. Llegó frente a las puertas del ascensor y no pudo evitar un pequeño vuelco en el centro de su estómago. Sonrió sin ser plenamente consciente de ello. Las puertas se abrieron y las personas congregadas frente a él accedieron al interior.

—¿No sube? —inquirió alguien con impaciencia.

—No —respondió de forma atropellada.

Giró sobre sí misma y buscó el acceso a las escaleras. Solo eran cuatro pisos.

—Se te va a poner el culo duro como una piedra.

La voz de Tristán la sorprendió cuando apenas había ascendido el primer tramo. Ana se giró asida a la barandilla para descubrirlo allí abajo, observándola y le pareció más atractivo que nunca. Él subió un par de escalones, lo hizo con estudiada lentitud. Ana se fijó entonces que, al igual que ella, Tristán llevaba dos vasos de café en la mano.

—Creo que hemos tenido la misma idea —comentó Ana alzando los cafés que sostenía sobre una bandeja de cartón.

—Sobre el café, parece que sí.

—Y sobre las escaleras parece que también —Sonrió entonces notando como empezaban a arderle las mejillas.

—Eso parece —repuso Tristán llegando ya a su altura y deteniéndose frente a ella, justo en el escalón inferior.

Notaba que el corazón iba a salirse del pecho. Tragó saliva con dificultad y no pudo evitar que sus ojos se desviarán a los labios de Tristán que, súbitamente, torció en una sonrisa maliciosa. Él se acercó peligrosamente a ella, y cuando sus labios estaban a punto de rozarse, se desviaron hasta alcanzar el hueco de su oído.

—No he dejado de pensar en ti —susurró permitiendo que su aliento acariciara el lóbulo de su oreja. Ana no supo ni pudo reaccionar—, en ti con mi camisa... en el tatuaje que tienes en la nalga derecha...

—Tristán... —atinó a pronunciar su nombre con un hilo de voz.

Pero sus siguientes palabras fueron secuestradas por un beso, dulce y cálido que, casi al instante, fue tornándose profundo y ardiente. Los cafés rodaron escaleras abajo y fueron formando charcos negruzcos a sus pies. Mientras en esa solitaria escalera, donde se arriesgaban a poder ser sorprendidos en cualquier momento, sin importarles, el sonido de sus respiraciones entrecortadas se alzaba por encima del rumor habitual de la oficina de un lunes por la mañana.



@ Ciegas

*Quando la edad enfría la sangre  
y los placeres son cosa del pasado,  
el recuerdo más querido sigue siendo el último.*  
Lord Byron

Estaba loca.

Había perdido el juicio por completo.

Pero ahí estaba, tal como le había pedido, en la última puerta del último vagón del tren de las 20,49. Aferrada al agarradero situado justo al lado de la puerta, observaba a través de la ventanilla cómo los edificios se sucedían rápidamente uno tras otro. En la siguiente estación el vagón terminaría de sobrepasar su aforo permitido, y desde esa estación hasta la siguiente, recorrerían una sucesión de túneles durante más de diez minutos. Quería mirar a su alrededor, observar qué clase de gente se encontraba hacinada junto a ella, pero contuvo esas ansias y su curiosidad como pudo.

Todo había dado comienzo un par de semanas atrás. Mientras permanecía sentada frente a su mesa, como durante los últimos doce años, pasaba albaranes al registro del ordenador, cuando ese icono del sobrecito amarillo se iluminó. Pensó que debía ser alguno de los vendedores que le enviaba más albaranes, pero cuando lo abrió dos simples palabras impactaron en sus retinas e hicieron temblar su anodino mundo.

"Te deseo"

Hacía dos años que su marido se había largado con su peluquera, sí, ya sabía que sonaba muy típico, diez años más joven que él y recién operada, pues nadie en su sano juicio se podía creer que aquellas tetas habían crecido de repente y desafiaban la gravedad por orden natural. Desde aquel aciago día había tenido que teñirse en casa ella misma. Y nadie más le había dicho «te deseo», a decir verdad, tampoco recordaba que su marido lo hubiera hecho nunca, «tráeme una cerveza», «qué hay para cenar esta noche», «qué película ponen hoy en la tele», ese tipo de cosas sí que las recordaba, pero algo parecido a un «te deseo» jamás.

Volvió a observar esas dos palabras que centelleaban en la pantalla de su ordenador. Paseó su mirada a derecha e izquierda por encima de sus hombros, para comprobar cuál de sus compañeros estaba a punto de estallar en una sonora carcajada. Quizás si los observaba con detenimiento podría descubrir en sus rostros alguna señal que les delatara. Transcurrieron uno, dos, tres minutos, pero todos ellos parecían concentrados en sus propios quehaceres, sin el menor atisbo de que siquiera hubieran reparado en ella. Dudó un instante, pero finalmente borró el mensaje y siguió con los albaranes.

Al día siguiente, después del café, cuando regresó a su mesa, la pantalla de su ordenador la recibió con un nuevo mensaje, esta vez algo más largo.

«Deseo estar dentro de ti».

Enrojeció. No pudo evitarlo, notó como un calor repentino subió a sus mejillas. Miró a su alrededor, una vez más intentado descubrir quién se estaba divirtiendo a su costa, pero todos sus compañeros seguían ocupados, nadie parecía fijarse en ella, como venía siendo costumbre. Inspiró un par de veces, volvió a observar con disimulo fijándose en el corrector que llevaba un par de semanas en la empresa y que se sentaba en la mesa de su izquierda, se acomodó en su silla, colocó las manos sobre la mesa y tecleó con rapidez:

«¿Quién eres?».

Continuó enfrascada en su trabajo, aunque no podía evitar que, cada dos por tres, sus ojos se desviarán al icono del mensaje, esperando que se iluminara de nuevo, pero no ocurrió. Llegó la hora de salir, y cuando fue a la sala de personal a recoger sus cosas, advirtió que sobre su cazadora había un pequeño sobre de papel de color verde. ¿Verde?, se preguntó cómo podía saber que era su color favorito, negó con un gesto de la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos y dedujo que la elección del color seguro que se había debido a la casualidad o al azar, ese era uno de sus problemas, que siempre pensaba demasiado y le daba demasiadas vueltas a las cosas. Dentro, encontró una nota, y garabateada con una perfecta caligrafía, una solitaria frase:

«Solo alguien que te desea».

No era Pablo, su supervisor, ese hombre tenía una letra horrenda. Ni Enrique,

el técnico informático, que en algunas ocasiones le había parecido que la miraba con bastante insistencia, pues él solía escribir con mayúsculas, y esa caligrafía tenía un trazo fino y enlazado, algo inclinado a la derecha. Trató de recordar la letra o la firma de la mayoría de sus compañeros, regresó a la oficina por el pasillo y se sentó de nuevo frente a su mesa. Abrió el primer cajón de la derecha, sacó algunas carpetas y se puso a comparar la letra de los albaranes con la nota.

—No te vamos a pagar las horas extra —advirtió Pablo al pasar por su lado —. ¿No te vas?

—Sí, sí ahora mismo, solo quería comprobar una cosa.

—Está bien, no te canses. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —se despidió.

—Esto es absurdo —se dijo a sí misma, cerrando las carpetas de golpe y devolviéndolas a su sitio.

Dobló el sobre con cuidado, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió, ahora sí, con total decisión, a la salida.

Llegó a casa una hora después, cenó y encendió un rato la televisión. Desde que su marido se marchó de casa, nunca sabía qué poner, dos años de zapping parecían demasiados, y en todo ese tiempo todavía no había encontrado nada decente a qué aficionarse. A veces leía algún libro, sobre todo de esos que se clasifican como novela romántica, pero le aburría soberanamente que todos terminaran bien, con el consabido final feliz. Tenía la sensación de revivir una y otra vez un cliché, a pesar de las adversidades, los protagonistas lograban vencerlas todas y terminaban juntos y felices comiendo regalices. No era real. El amor nunca terminaba bien, ella lo sabía. Le había regalado al cerdo de su marido los mejores diecisiete años de su vida y ahora, a los cuarenta y tres, estaba sola. Había envejecido y su luz se había ido apagando. Cuando era joven le gustaba bailar, salir, reír y divertirse, adoraba viajar y conocer lugares nuevos, pero poco a poco se amoldó a aquella insulsa vida de mujer casada, abandonó los bailes y los viajes, cambió el conocer lugares exóticos por veranear en Benidorm todos los años, y renunció a cada uno de sus sueños que, a esas alturas, ya ni alcanzaba a recordar cuáles habían sido.

Se durmió en el sofá, sujetando la nota entre sus manos.

A la mañana siguiente, cuando despertó, tenía claras dos cosas: la primera, que tenía que cambiar el sofá, pues le había dejado las cervicales molidas, y la segunda, que fuera quien fuera el desconocido, fuese o no una broma de mal

gusto, no podía seguir así. Encendió la cafetera y puso la radio, buscó en el dial hasta que encontró algo de música, y con esos acordes empezó a preparar el desayuno. Se sentía feliz, ¡no! se sentía viva por primera vez en años. Desayunó y se vistió con parsimonia, decidió entonces que necesitaba ropa nueva, quizás alguna prenda con más color que sus acostumbrados trajes grises, negros y ocres. Cuando se cepilló el pelo, no lo recogió en su habitual moño bajo, lo dejó suelto y lo acomodó tras la oreja, prendiéndolo con una horquilla, y cuando abrió el cajón del maquillaje, rebuscó entre las olvidadas barras de labios hasta que encontró un tono rosado precioso, del que se había encaprichado hacía años al verlo en el anuncio de una revista, para dejarlo después olvidado en el cajón.

Cuando salió de casa tenía la sensación de ser fuerte y poderosa, se sentía una mujer renovada, se lo debía a esos tacones algo más altos de lo habitual y a ese tono rosa anaranjado que daba brillo a sus labios.

Las horas se sucedieron tranquilas y anodinas, sin nada que se saliera de lo habitual, ya era casi la hora de comer cuando el icono del sobre en la pantalla de su ordenador se iluminó de nuevo, y no pudo evitar que le diera un vuelco el corazón.

«Estás preciosa esta mañana, creo que incluso te deseo un poco más. Hay algo para ti en el baño de señoras»

Todo su cuerpo empezó a temblar como una hoja con el frío viento del otoño. Dudó unos instantes, pero finalmente se levantó y se dirigió al lugar indicado. Eran pocas mujeres en la oficina, y no solía estar demasiado concurrido. Temió que alguna otra compañera hubiera podido encontrar lo que habían dejado para ella, pero las dudas y miedos se disiparon de inmediato cuando, sobre la repisa que había entre los lavamanos, encontró una pequeña caja de cartón, también de color verde. De nuevo el detalle del color, le hizo pensar entonces que la elección de ese tono quizás no se hubiera debido al azar o a la simple casualidad, sino que la persona que estaba haciendo aquello se había tomado la molestia de averiguar qué le gustaba. Llevó sus manos temblorosas hasta el borde de la tapa y la alzó con rapidez, como quien quita una tiritita. En el interior, envuelto en un delicado papel de seda, encontró un conjunto de ropa interior, y una nota con una única palabra, con la misma letra caligrafiada:

«Póntelo».

—No... —susurró a la nada—. No, esto ya es... No... —miró en todos los compartimentos privados, estaba sola, volvió a observar la caja y su contenido y se miró en el espejo—. Esto es ridículo —le dijo a ese reflejo suyo con labios de color coral—. ¿No? —dudó, pero su reflejo parecía negarse a responder.

Depositó la caja sobre la encimera del lavamanos, alzó las dos prendas que componían el conjunto, eran negras, de encaje, muy escuetas... nada que ver con la ropa interior que ella acostumbraba a llevar, y raro era el día que azotea y sótano combinaban en forma y color. Dudó todavía unos instantes, pero la imagen de su marido y la peluquera siliconada hizo que terminara de decidirse. Se metió en uno de los lavabos, cerró la puerta con pestillo y se desnudó con lentitud, admiró la elegancia y sensualidad de ambas prendas y se las colocó sobre la piel. Se adherían a su cuerpo como un guante, eran de su talla y por qué no decirlo, le resaltaban todo aquello que debían resaltar. A pesar de que con la edad había engordado un poco, seguía teniendo un cuerpo bonito, y unos pechos que, a duras penas, aún se mantenían en bastante buena posición.

Cuando salió del baño, con la caja entre las manos y su vieja lencería doblada en su interior, se sintió observada. Miró a todos y a nadie en concreto, tenía la sensación que el color rosado de sus mejillas la delataría de un momento a otro, aceleró el paso hasta su mesa y se escudó tras la pantalla del ordenador. Lo había hecho. Estaba loca, pero se sentía completamente viva. El ritmo de su corazón se había acelerado, las mejillas aparecían sonrosadas, sentía la adrenalina corriendo a toda velocidad por sus venas, y esa sensación le encantaba.

No recibió ninguna nota en los dos días siguientes. Se desilusionó, aunque no quería reconocerlo y fingía no pensar en ello. Hasta que, al tercer día, cuando ya había decidido que todo había sido una estúpida broma de alguien con mucho tiempo libre y poca empatía, el icono del sobre en su pantalla se iluminó de nuevo. Decidió borrarlo. Clicó con el ratón sobre el mensaje, se desplegó la pestaña de opciones y lo deslizó hasta la opción de «eliminar»...

—¿Has terminado con la carpeta roja?

—¿Qué? —preguntó sobresaltada, y al alzar la mirada se encontró con la de Pablo.

—Elena, ¿qué te pasa estos días?, ¿estás bien? Pareces...

—Estoy perfectamente —atajó—. ¿La carpeta roja dices...? Dame diez minutos y la tendrás sobre la mesa.

—Ese trabajo era de ayer.

—Puede que esté un poco distraída, dame diez minutos.

—Está bien, por cierto —dijo bajando un poco la voz— estás muy guapa.

Elena enrojeció ligeramente, se sentía algo ridícula con ese vestido color rosado que se había comprado. Cuando volvió la vista a la pantalla del ordenador, allí seguía el mensaje, y el puntero del ratón justo sobre la opción de eliminar. Respiró hondo, mantuvo la mano firme sobre el ratón, titubeó un instante y finalmente lo abrió:

«Sé que me has echado de menos, mejor así, quiero ver qué llevas puesto bajo ese precioso vestido rosa».

—¿Elena?

—¿Qué? —chilló debido al nuevo sobresalto.

—Un paquete para usted.

—¿Para mí? —El chico del correo asintió—. Gracias.

Era una caja de pequeñas dimensiones, envuelta en un precioso papel color manzana ácida, lo sopesó con cautela antes de decidirse a abrirlo, en el interior encontró una cámara de fotos digital junto a otra nota:

«Déjala sobre tu mesa cuando termines».

¿Terminar?, ¿el qué? Tembló. Estaba claro, el autor de esas notas quería ver lo que había bajo su vestido. Tragó saliva casi con dificultad. Abrió el botellín de agua y tomó un lago trago, como la historia siguiera por esos derroteros, necesitaría algo más que agua para poder ir cada mañana a trabajar. ¿Qué se había creído ese hombre?, ¿qué diablos pensaba que iba a hacer con la cámara? Dejó la caja a un lado, tomó la carpeta roja y se puso a trabajar como pudo, ya que su cabeza no paraba de darle vueltas al mismo tema, aunque trataba de apartar esas ideas de su pensamiento, ya que necesitaba tener la mente despejada para poder pasar todos esos kilométricos listados de números, se le hacía difícil no pensar en la descabellada proposición que contenía la nota que reposaba al fondo del primer cajón de su escritorio. Llegó la hora de comer, y los compañeros fueron abandonando la oficina, ella se había retrasado, aún le quedaban unos veinte minutos para poder terminar la dichosa carpeta. Cuando alzó la mirada comprobó que se había quedado sola, ni Cristina, la chica de

recepción, la había esperado.

Miró la cámara. Observó la oficina vacía. Echó un rápido vistazo a la carpeta roja, y volvió a dirigir la mirada a esa pequeña cámara digital. Inspiró con fuerza varias veces para llenar de aire sus pulmones o para darse una coartada que le hiciera entrar en razón y no pensar por un momento en la posibilidad que acababa de asaltar a su cabeza. Se levantó y se fue al baño con ese pequeño trozo de metal lleno de microchips, lentes y memorias. Desabrochó un poco el vestido, lo justo para dejar entrever la blonda del conjunto de ropa interior. Había ido de compras. Había fundido la tarjeta de crédito en solo dos tardes, ahora no se arrepentía de haberlo hecho. Sacó una fotografía y la miró en la pantalla.

—Vaya cara de susto —se dijo a sí misma. La borró.

Volvió a mirar al espejo, desabrochó otro botón del vestido y dejó que su escote se mostrara en todo su esplendor, exhibiendo un poco más del sostén, se notaba excitada, y la fina tela a duras penas podía disimular la incipiente dureza de sus pezones. Intentó esbozar su mejor sonrisa y apretó el botón. No miró la fotografía. Dejó la cámara sobre la repisa y se separó un poco de ella. Escuchó el pip que anunciaba la cuenta atrás, alzó un poco el vestido, dejando al aire sus muslos, tres, dos, uno... se disparó el flash. Se acercó a la puerta, esperó un momento para comprobar si oía algún ruido, abrió con cautela y miró hacia fuera, la oficina continuaba desértica. Cerró la puerta y sonrió. Estaba roja como un tomate, y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que tuviera la intención de salirse del pecho, tomó aire y lo contuvo cuando apretó el botón de la cuenta atrás, se situó frente a la cámara, separó un poco las piernas y dejó caer el vestido al suelo. La cámara disparó de nuevo y ella recogió la prenda con rapidez para volver a cubrirse. Se mordió el labio, en ese momento le costaba respirar. Salió del baño justo cuando la puerta del ascensor se abría para dar paso a los primeros compañeros que regresaban de comer. Dejó la cámara sobre la mesa y volvió a trabajar. Estaba tan nerviosa que incluso se había olvidado de comer.

Cuando salió de la oficina era un manojito de nervios, temblaba y casi le costaba respirar. Estuvo tentada, en más de una ocasión, de regresar y recoger la cámara que, siguiendo las instrucciones de la nota, había dejado abandonada sobre su mesa, donde cualquiera podría llevársela y, aunque fuera el desconocido quien lo hiciera, el destino de esas fotografías resultaba del todo incierto, ese simple pensamiento hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Durmió intranquila. Soñó que la despedían por conducta indecorosa, o por cualquier otro motivo que no acertaba a precisar. A la mañana siguiente, llegó a la oficina antes de tiempo, sacó un café de la máquina antes de acercarse a su mesa y comprobar que la cámara de fotos no estaba donde la había dejado. Se sentó y encendió el monitor. Abrió el excel para ponerse a trabajar. El pequeño sobrecito amarillo parecía triste, solo y apagado. Estaba nerviosa, casi podría decirse que era ansiedad lo que sentía, no podía concentrarse en lo que estaba haciendo, y no podía evitar comprobar cada poco tiempo si recibía algún otro mensaje, pero en esta ocasión, se estaba haciendo de rogar. Cuando a media tarde el ordenador silbó, pensó que iba a darle un ataque al corazón:

«Eres preciosa, perfecta, y quiero más de ti. Mañana, en el tren de las 20,49, última puerta del último vagón. No mires atrás».

Y allí estaba ella. Cumpliendo las órdenes de un desconocido. Última puerta del último vagón, y aunque le estaba costando un mundo no echar un vistazo por encima de su hombro, ni una sola vez había mirado atrás. En menos de un minuto, cuando las puertas se cerraran y el tren arrancara de esa última estación, abordarían un tramo que los usuarios de esa línea llamaban el trayecto de los enamorados, pues entre la sucesión de túneles y oscuridad, de vez en cuando, podía verse el mar, y al atardecer, la preciosa vista de la puesta de sol, cuando el tren pasaba de un túnel oscuro a otro.

A su espalda, notó cómo un cuerpo se pegaba al suyo, pero no se movió. Una respiración cálida rozó brevemente su nuca, un instante antes que la humedad de unos labios se adhiriera a su piel. Pero se mantuvo con la mirada al frente, sin ladear ni por un segundo la cabeza en busca de quien, en ese preciso momento, había colado su mano bajo el vestido. Respiró con lentitud, intentando que no la delatara la terrible vergüenza ni el miedo que tenía a verse sorprendidos por algún otro pasajero, e intentó centrar toda su atención en las sensaciones, sorprendentemente placenteras, que le provocaba la tibieza de esa mano acariciando sus muslos. Notó la humedad de una lengua recorriendo su cuello despacio, y el avance inexorable de unos dedos acercándose a su centro de placer. Cerró los ojos, y se abandonó a esas expertas manos que, con disimulo, estaban profanando su cuerpo, y que, a pesar de ello, le hacían sentir un indescriptible placer. Empezó a notar entre sus muslos una humedad que ya tenía olvidada, un calor en sus entrañas que amenazaba con devorarla. Las manos de

ese hombre se movían por su cuerpo sin ningún impedimento, haciéndola notar la dureza de su virilidad presionado contra sus nalgas, su respiración se aceleró y separó un poco las piernas para facilitarle la incursión bajo su tanga.

Dio un respingo cuando uno de sus dedos la penetró con ímpetu, ahogó un gemido cuando al bajar la mirada, vio uno de sus pechos al descubierto, expuesto a la indiscreta mirada de cualquiera. Su respiración, entrecortada, se tornó cada vez más pesada, sus muslos, más mojados, y ahora eran un par de dedos los que se movían con destreza en su interior, haciendo palpar su sexo y arrancándole en cada nueva caricia un hondo jadeo que ya no podía esconder. Se abandonó a ese orgasmo, aferrada con ambas manos a la barra que servía de sujeción a más de un pasajero, y derramó todos sus sentimientos y sus miedos mezclados con una oleada de flujo de su interior. El tren anunció la llegada a la siguiente estación, y de repente su entrepierna quedó huérfana de esos dedos que la habían conducido a rozar el paraíso.

Las puertas se abrieron y el vagón se quedó vacío. Abrió los ojos, cubrió rápidamente su pecho con rapidez, y se acomodó la falda. Nada podía hacer con el líquido que se escurría por el interior de sus piernas. Se giró para comprobar que estaba sola en ese vagón. Descendió los tres escalones hasta el andén, la gente seguía su camino, totalmente ajena a lo que acababa de suceder en el interior de ese tren, mientras ella trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración, a pesar de que su sexo continuaba palpitando de placer. Al pasar frente a un fotomatón observó su rostro en la pequeña superficie del espejo, aparecía enrojecido y perlado de pequeñas gotas de sudor. Apoyó su espalda en una de las columnas y se dejó caer.

Allí, en medio de aquella estación, donde todo el mundo corría sin reparar en nada ni en nadie y se movía a su alrededor sin tan siquiera mirarla, ella por primera vez en mucho tiempo, se sentía tremendamente feliz.

Hope

*Me parece haberte amado de innumerables formas,  
innumerables veces, vida tras vida,  
época tras época, para siempre.*

*T. Tagore*

Le había fallado una vez. No le fallaría una segunda.

Nithael observó desde lo más alto de la colina, al borde del precipicio, el valle que se extendía bajo sus pies. La oscuridad, que se cernía densa y espesa a su alrededor, impedía ver cualquier cosa mucho más allá de sí mismo. El aire estaba tan viciado, que dificultaba incluso poder respirar con normalidad, y aquellos lamentos... Los alaridos de las almas allí congregadas condenadas a no encontrar nunca el reposo eterno, se clavaban en su cerebro de una forma lacerante. A su alrededor todo era dolor, el limbo constituía una dolorosa tortura, suponía fracaso, implicaba una condena eterna al no reposo, a tener que revivir, una y otra vez, el desenlace que había propiciado que aquellas almas se encontraran allí, en esa tierra de nadie.

En aquel lugar nadie significaba nada, tan solo era un mar de almas anónimas que vagaban por la eternidad, sin rumbo ni dirección. Nadie salvo ella. Ella se había convertido, sin pretenderlo, en todo su mundo, la razón por la que había abandonado el paraíso para descender al fango del inframundo. Le había fallado una vez y ahora tenía la oportunidad de enmendar su fatídico error, o eso creía. Él era su ángel de la guarda, el encargado de protegerla, pero no supo ver el dolor en sus ojos, la angustia de sus lágrimas, la soledad que empañaba su alma, aquella profunda tristeza que fue agrietándola por dentro hasta romperla en mil pedazos. Aquella fatídica noche, que jamás podría olvidar, no pudo evitar que ella saltara, que se quitara la vida. Y aunque lo intentó, no pudo hacerle entender que ella era mágica, era luz y bondad, que era especial. Quizás no todos supieran verlo de ese modo, pero él sí, él podía ver cómo ella brillaba por encima del resto y cómo, poco a poco, aquella luz se había ido apagando hasta extinguirse. Nithael sacudió la cabeza, como si al hacerlo pudiera conseguir que se evaporaran las tortuosas visiones de aquella noche.

Por esa razón estaba allí, porque ella merecía, sin duda, una segunda oportunidad, y él quería vivirla junto a ella. En esta ocasión estaría con ella, no en forma de sombra ni como un sueño etéreo, sino a su lado para cogerla de la mano y secar sus lágrimas cuando se derramaran, para acompañarla en su tristeza y para verla sonreír de nuevo contagiando su alegría. Quería compartir su mundo como jamás había deseado ninguna otra cosa, estaba dispuesto a renunciar a toda una eternidad a cambio de una vida finita y mortal a su lado.

Recordó entonces el momento exacto en que ella murió, cómo su alma se fue disipando sobre el envoltorio de su cuerpo, y cómo aquella fuerza invisible la había arrastrado lejos de él. Fue en aquel instante cuando comprendió que le había fallado, su primera misión fallida. Cuando las fuerzas oscuras agarraron el alma y la arrastraron hasta el limbo sintió enloquecer, nunca había errado, en todos sus milenios de servicio, siempre había acompañado a sus protegidos desde el nacimiento hasta el día en que se les había asignado su final.

Le llevó tiempo poder localizarla entre toda aquella maraña de entes enloquecidos, y cuando por fin lo hizo, ella tan solo era un tenue reflejo de lo que había sido en vida. Su luz, aquella luz que le había cautivado desde el primer instante, estaba próxima a extinguirse. Se apagaba lentamente y pronto no quedaría ya nada de su magnético brillo. Ella le miró sin reconocerle, ¿por qué debería hacerlo? Jamás se habían visto.

Nithael permaneció a su lado intentando encontrar la manera de sacarla de aquel oscuro y lúgubre rincón del más allá. Ella merecía el cielo, no podían castigar a un alma tan pura por culpa de su error. Luchó hasta el final, buscando el modo de rescatarla, de devolverla a su legítimo lugar, pero nada de lo que intentó fue suficiente para lograr su propósito y resarcir su fallo, y poco a poco, la oscuridad de aquel lugar la fue engullendo, la consumía lentamente, pero cuando estaba a punto de darlo todo por perdido ella le reconoció, o al menos eso le pareció a él. Tan solo fue una ínfima fracción de segundo, una mirada, un destello, posiblemente no había sido nada, pero también podría haberlo sido todo, quizás solo estuviera viendo lo que quería ver, como tantas veces le habían advertido, pero se aferró a esa esperanza, y luchó hasta el límite de sus fuerzas para conseguir esa tan ansiada segunda oportunidad.

—Nithael, ¿lo has pensado bien?, ¿estás seguro de lo que vas a hacer? — Hekamiah apareció tras su espalda cogiéndolo por sorpresa—. Este sitio produce escalofríos —aseveró mirando alrededor.

—No tengo otra opción.

—Renunciar a tus alas, a tu inmortalidad por... ¿una mujer?

—Un alma, un alma pura, el alma más pura que jamás haya encontrado... ¿La has visto? Lleva semanas aquí y aún brilla, ¿cuándo has visto algo así?

—Nunca —reconoció Hekamiah—. Pero... No lo entiendo.

—Estoy enamorado.

—¿Amor?... sigo sin comprenderlo.

—Lo sé, tú solo... Hazlo.

Había llegado el momento, volvió a buscarla con la mirada. No sintió miedo ni pesar, sabía que hacía lo que debía hacer. Nunca había tenido nada tan claro en toda su larga existencia.

—Nithael, ¿estás convencido? Después de esto, no hay vuelta atrás.

—No —y su mirada se perdió en aquel valle de almas, y sin esfuerzo localizó la que buscaba—, no la hay, no quiero que la haya.

—Dolerá —advirtió su amigo—. Será algo insoportable.

—Ya dolió. —Verla morir sin poder hacer nada por evitarlo fue la mayor tortura a la que se había tenido que enfrentar en su milenaria existencia. No creía que nada pudiera hacerle más daño que haberla visto saltar de aquel acantilado—. Estoy preparado —añadió.

Hekamiah se acercó a su viejo y leal compañero, quiso decirle muchas cosas, pero el silencio se condensó de tal modo a su alrededor que supo que no habría ninguna palabra que pudiera pronunciar. Nithael lo miró a los ojos una última vez, y sin más se giró dándole la espalda. Desplegó sus grandes alas retando así a la oscuridad de ese páramo siniestro y yermo, llenándolo, aunque solo fuera por un instante, de cegadora luz. Bajo ellos, en el valle, las almas perdidas seguían con su errante caminar, ni siquiera aquella a la que pretendían salvar se percató de lo que sucedía más arriba, sobre el risco.

—Voy a echarte mucho de menos, han sido muchas las batallas que hemos lidiado juntos —susurró Hekamiah a su amigo.

—Nos hemos divertido —reconoció.

—Nithael...

—Procede —indicó a su amigo con convicción.

Hekamiah tomó con fuerza una de las alas con su mano, mientras con la otra

desenfundó su letal espada, la misma que desde el inicio de los tiempos había usado para tratar de erradicar el mal en la tierra, y proteger a sus habitantes de la temida oscuridad. La blandió por encima de su cabeza dispuesto a asestar un golpe fatal.

—Amigo, ¿podrás encontrarla antes de que termine el plazo? —preguntó Hekamiah preocupado, pues desde arriba habían sido muy claros y exigentes, tan solo tenía veinticinco años para dar con ella, para poder reencontrarse—. Ella no te recordará ni recordará nada de esto. Puede que tú tampoco... Nadie ha hecho nunca nada parecido, no sé si...

—La encontraré —cortó Nithael con seguridad—. Sé que voy encontrarla. Ella es mi única esperanza.

—Me gustaría poder ayudarte.

—Entonces, córtalas y arrójame a la oscuridad.

—Suerte hermano, la necesitarás.

Un denso olor a sangre se concentró a su alrededor y el silencio fue roto por dos pesadas alas cayendo al suelo con gran estruendo. El desgarrador alarido de Nithael se alzó por encima de los lamentos de las almas torturadas que allí moraban. Cuando el cuerpo de Nithael se precipitó al vacío fue engullido por la más espesa oscuridad.

*24 años 11 meses y 7 días después.*

—¡Buenos días Hope! —saludó, como cada mañana el conserje—. Hoy puede ser un día especial, abre bien los ojos —susurró.

Desde que tenía uso de razón, ese era el mismo saludo que el conserje del edificio, donde había vivido toda la vida, le regalaba. No había fallado una sola vez, y a fuerza de repetírselo, Hope vivía cada día como si fuese único. Le gustaba la sensación de pensar que, en cualquier momento, algo mágico iba a pasar, y solo tenía que estar atenta a que ocurriera. Puede que por eso dedicara su vida a observar, a no perder detalle de nada de lo que pasaba a su alrededor, a immortalizar cada momento, por insignificante que pareciera, en una fotografía que siempre quedaría para la posteridad.

—Buenos días. —Devolvió el saludo, como cada mañana, con una sonrisa pintada en el rostro—. ¿Ha llegado algún paquete para mí?

—Me temo que no —respondió el hombre.

—Estoy esperando unos nuevos objetivos. —No pudo evitar que se le iluminara el rostro, adoraba la fotografía, era su pasión.

—Estaré muy atento entonces, pequeña Hope.

—Y yo atenta a lo que pueda pasar hoy —aseguró la joven guiñándole un ojo.

Salió a la calle, el día había amanecido soleado, era primavera, una estación llena de luz y color, una época especial e ideal para capturar con su objetivo. Una vez en el estudio, se encerró en la habitación oscura y pasó horas revelando las instantáneas tomadas en una sesión anterior. El amor que esa joven pareja transmitía traspasaba incluso el papel, esa manera de mirarse, la forma en la que él tomaba su mano, capturar el instante preciso en que él le declaraba su amor había resultado casi mágico. Hope suspiró, mientras tendía la última de las instantáneas.

Tenía cerca de veinticinco años y solo conocía el amor por lo que había leído en las novelas.

Como todos los días a la hora de la comida, Hope cogió la bolsa con su cámara y deambuló sin rumbo fijo por el centro de la ciudad. Compró un bocadillo y un refresco y se sentó en un banco, cerca de la entrada del parque, para dedicarse a observar y fotografiar todo aquello que llamaba su atención. Cada día elegía un lugar distinto de la ciudad y se dejaba maravillar por toda la belleza que se desplegaba a su alrededor, y en el fondo de su corazón, cada día, aguardaba ese momento especial que estaba segura algún día se produciría. Ansiaba que llegara el momento, pero se angustiaba con la idea de que, quizás, no pudiera reconocer lo que fuera a suceder y lo dejara pasar. Intentaba abarcar todo a su alrededor, con la esperanza de que nada le pasara inadvertido. El coche de la esquina, la mujer que cruzaba la calle, el joven que salía de la cafetería con un vaso de cartón en la mano, el niño que pasaba corriendo a su lado... immortalizaba cada momento, esperando reconocer ese que, sin duda, debía ser especial.

La jornada laboral llegó a su fin. Después de entregar el último sobre lleno de fotografías a un cliente, Hope cerró la tienda y se sentó frente al ordenador. La noche era cerrada y, a pesar de ser primavera, el frío se arremolinó a su alrededor cuando finalmente salió del estudio. Apretó el paso con ganas de llegar al

apartamento y dejarse caer en el sofá, con la sola compañía de Miau, su gato siamés. Una noche más regresaba a casa feliz, aunque en el fondo, con algo de melancolía en su interior, una especie de anhelo que no sabía explicar, pero que le había acompañado toda su vida, al menos hasta donde su memoria de infancia alcanzaba a recordar. Esa sensación de vacío, de ser feliz, pero no del todo, la impresión de que, en algún punto del camino, había dejado alguna cosa atrás, algo que, sin haberlo tenido, no podía evitar añorar. Era absurdo, pero esa sensación no le abandonaba nunca.

Cuando llegó a su apartamento la recibió una oscuridad casi espectral, solo matizada por algunos reflejos de luz que se filtraban a través de las rendijas de las persianas. El silencio que hasta ese momento había envuelto todo el espacio fue roto por el ronroneo de Miau que se acercó a saludarla, enredándose entre sus piernas instándola a que lo cogiera entre sus brazos. La suavidad de su pelo la reconfortó en el mismo instante que acarició su cabeza. Se sentó en el sofá y durante largo rato atusó el lomo de su gato siamés, que correspondía a sus arrumacos apretando su hocico contra su antebrazo, mientras se arrellenaba sobre su regazo. Se fue quedando dormida poco a poco, apenas sin darse cuenta y fue dejando que su cuerpo se deslizara despacio sobre los mullidos cojines hasta que su respiración se fue volviendo más profunda y pesada.

La mañana siguiente fue ajetreada, un constante ir y venir de gente, nuevos clientes, fotos vendidas, contratos firmados... Cerca del mediodía salió de uno de los edificios del Este de la ciudad, una zona bastante transitada por hombres de negocios trajeados y mujeres no menos elegantes y engalanadas. Hope se sentó en la terraza de una de esas cadenas de cafeterías rápidas a degustar un café solo, fuerte, necesitaba estar despierta y concentrada en todo aquello que pasaba a su alrededor, sus reflejos rápidos, preparada siempre para apretar el disparador. Las personas que ocupaban las mesas cercanas parecían absortas en su propio mundo, aisladas del exterior, con sus miradas fijas en esas pequeñas pantallas de plasma. Odiaba los ordenadores, teléfonos, tablets, eran útiles en su trabajo, pero ella prefería no perderse nunca nada de lo que sucediera en su entorno, en la vida real, en directo en el preciso instante que estaba sucediendo, disfrutar del momento, por insignificante que fuera, pues el mismo no se produciría nunca del mismo modo, paladear los matices, la luz, las sonrisas, ver a través de los ojos de las personas, tratar de vislumbrar su alma, su dolor, su amor, su angustia... y no entendía cómo esa gente podía dejar de lado todo

aquello que les rodeaba, por algo encerrado tras el cristal mendaz de esas pequeñas pantallas, que se encontraba tan lejos y era tan irreal.

Sacó la cámara y disparó una ráfaga rápida a un puñado de palomas que se habían concentrado alrededor de una magdalena pisoteada sobre el asfalto, permaneció con el ojo en el objetivo y paseó la mirada por las mesas circundantes. Fotografió el momento en que una mujer encendía un cigarrillo y apenas sin tomar un respiro, captó la instantánea de una madre que limpiaba la rodilla de un niño al que había ayudado a levantarse del suelo, tras tropezar con el cordón de su propio zapato, su mirada era limpia y húmeda debido a las lágrimas que bañaban sus mejillas, pero al instante siguiente sus ojos se vestían de gratitud respondiendo así al abrazo de su madre y sus palabras de consuelo. Nadie parecía percatarse de su presencia, tan absortos como estaban en ese mundo ilusorio creado en las redes, nadie sospechaba cómo a través de su cámara ella les espiaba. Siguió con su aleatorio recorrido más allá de las mesas, por la confluencia de las calles adyacentes, al otro lado de la acera, barriendo el pequeño parque rodeado de parterres y setos bajos donde un grupo de niños jugaba y reía sin importarles nada de lo que sucedía más allá de sus castillos de arena que se desmoronaban, hasta que, a través de su objetivo, unos ojos la miraron. Se apartó de la cámara con rapidez, sorprendida en su afán de sorprender y capturar instantes. Dejó con delicadeza la cámara sobre la mesa y tardó unos instantes en levantar de nuevo la mirada en dirección a la mesa que quedaba más cerca de la puerta principal. Desde allí, un hombre de aproximadamente su misma edad, la observaba.

Centró de nuevo su atención en el café doble con leche y nata montada, que se había pedido tras apurar su primer expreso. Dio un pequeño sorbo y no pudo evitar que su mirada se alzara de nuevo en dirección a aquella mesa, lo hizo despacio, de manera despreocupada, con esa lentitud que se imprime en las cosas que haces apenas sin pretender que pueden ser importantes, cuando sus miradas se cruzaron, ambos la desviaron hacia otro lado. Lo observó de nuevo, esta vez de reojo. Tenía más o menos su edad, como bien había advertido, llevaba el pelo bastante corto y de un color castaño claro, sus ojos eran azules y, a pesar de estar sentado, resultaba evidente que era corpulento y de porte atlético, también advirtió que debía ser bastante alto, a decir verdad, Hope pensó que era muy atractivo. Pero lo que más llamó su atención, sin duda, fue que a diferencia del resto, y al igual que ella, no estaba escondiéndose tras ninguna pantalla de ordenador o deslizado sus dedos a velocidad endiablada sobre la pantalla de su teléfono móvil que, por cierto, no se adivinaba sobre la mesa. Simplemente

disfrutaba de un café mientras descansaba al sol. Hope se reprendió a sí misma por su indiscreción e intentó, de manera bastante infructuosa, centrar la atención en alguna otra cosa y probó a concentrarse de nuevo en las personas que deambulaban por las inmediaciones, intentó fijar el objetivo, una vez más, en dirección al otro lado de la calle, barriando el parque, entre los árboles, incluso orientándolo al cielo, hacia las nubes. Pero se descubrió dirigiendo de nuevo la mirada hacia él, para advertir que el hombre estaba haciendo exactamente lo mismo.

Su pulso se aceleró cuando vio que él se había levantado y en ese momento se dirigía hacia ella con una sonrisa pintada en el rostro.

—¿Fotógrafa? —Se interesó, señalando la cámara sobre la mesa.

—No, voyeur.

—Guapa y divertida.

—¿Así es como se le entra hoy en día a una mujer?

—Aaahhh —No atinó a decir nada más hasta que ella soltó una risotada—.

Disculpa, es la falta de costumbre. Me llamo Nithan —Se presentó, alargando la mano.

¿Estaba sudando? Sin lugar a dudas su corazón se había acelerado. Hope se levantó con torpeza, el temblor de sus manos delató su nerviosismo, y aunque intentó disimularlo, no lo consiguió, o al menos no del todo.

—Hope.

—Hope —repitió él en un susurro—. Un nombre precioso. ¿Puedo? —preguntó señalando la silla vacía.

—Claro —le invitó ella, volviendo a sentarse.

—¿Nos conocemos? —inquirió él clavándole su profunda mirada.

—No lo sé, creo que no.

—Tengo la extraña sensación de que nos hemos visto antes.

—Sí que parece una sensación extraña. —Aventuró ella, colocando las manos sobre su regazo para evitar un nuevo temblor.

—Pero resulta agradable —aclaró él. Su voz era profunda, recia y bien modulada.

—¿Si? —Quiso saber ella, esbozando una tímida sonrisa.

—Desde luego, cuando la persona que te provoca esa sensación es alguien como tú.

—¡Vaya! —exclamó Hope soltando una carcajada—. Espero que no sea una estrategia que usas habitualmente —añadió, y sus hombros así como todo su cuerpo por fin se destensaron.

—Espero que no creas que yo... —Ahora era él quien parecía algo azorado.

—No —se apresuró a responder mientras una nueva carcajada moría en sus labios—, solo te estaba tomando el pelo.

Las horas fueron transcurriendo entre conversaciones que se sucedían una tras otra y risas. Un café siguió a otro, y a otro más y el sol fue a morir en el horizonte mientras paseaban por el parque.

—No me lo puedo creer —soltó Hope, deteniendo su paso de repente—. ¡Boston! ¡Claro que estuve allí! El mejor concierto de Kiss de la historia.

—¡Es increíble! —exclamó con entusiasmo—. Parece como si toda la vida hubiésemos estado destinados a encontrarnos —reflexionó él.

Las palabras de Nithan reverberaron en su interior abriendo una brecha y colándose en su subconsciente. Habían veraneado en la misma ciudad, asistido a la misma universidad, adoraban los mismos grupos de música y con el de Kiss en Boston, habían contabilizado 5 conciertos a los que ambos habían asistido juntos, pero sin haber llegado nunca a verse. Sin duda era, cuanto menos, enigmático.

—Ha sonado más cursi de lo que pretendía —se excusó Nithan.

—No, no es eso... —Sonrió ella—. La verdad es que sí parece cosa del destino.

—Pues me alegro de que al final nos hayamos encontrado, Hope.

Habían caminado durante un buen trecho y, casi sin pretenderlo, se encontraban cerca del edificio de apartamentos donde ella vivía. La noche había caído hacía ya unas cuantas horas, y el cielo, una bóveda oscura, bañada de forma tenue por la luz de luna, aparecía plagado de estrellas.

—Puede que suene atrevido, pero... me encantaría seguir con esta conversación... —Se detuvo junto a ella y afrontó directamente sus ojos. Su mirada, del tono del mar que acaba de alcanzar la calma tras una tormenta, se clavó en las pupilas de Hope, y ella se sintió segura, como si en realidad le

conociera desde hacía mucho tiempo—. ¿Mañana?, podría recogerte e ir a cenar.

—Eso sería fantástico. —Asintió, y no se sorprendió por no haber tenido que pensar ni un instante la respuesta.

Se despidieron con dos besos y el corazón acelerado. Cuando Hope entró en el vestíbulo del edificio, salió a recibirla el conserje con un paquete en la mano y una sonrisa pintada en el rostro.

—Buenas noches, señorita —la saludó—. Esto llegó a mediodía —anunció tendiéndole un bulto envuelto en papel de estraza de color marrón.

—¿Sabes una cosa? —respondió con una pregunta, sin prestar atención al paquete—. Creo que hoy ha sido un día especial.

—¿Si? —El conserje amplió su sonrisa, franca y sincera—. No sabe lo que me alegra escuchar eso, señorita Hope.

—Yo también me alegro...

—Buenas noches —dijo mientras le tendía el bulto— que descanse —añadió.

—Gracias —respondió Hope con una voz cantarina, henchida de alegría—, que tengas dulces sueños.

—Que también lo sean los suyos —susurró el conserje mientras la veía alejarse en dirección al ascensor.

El día siguiente amaneció con un sol espléndido deslumbrando el horizonte. Hope se levantó como cada mañana y tomó un desayuno rápido, dispuesta a salir a la calle y captar con su cámara cualquier detalle inesperado, pero a pesar de que hizo acopio de paciencia y su mirada escrutadora no parecía tener descanso tras el objetivo, su pensamiento se trasladaba de forma casi compulsiva a la tarde anterior, y con el simple hecho de pensar en aquellos azules ojos que parecían poder robarle el alma, su corazón se aceleraba, y su dedo índice parecía perder destreza sobre el disparador, tardando una fracción de segundo más de lo habitual en reaccionar, perdiendo así ese instante preciso y precioso que pretendía captar a través del objetivo.

Al mediodía pensó que las horas estaban transcurriendo de forma tediosa y lenta. Apenas pudo comer, sentía que un nudo atenazaba su garganta cuando recordaba la voz grave de Nithan relatando con suavidad dónde había transcurrido aquél último concierto de su grupo favorito o describía su último viaje a Europa y los países que había visitado. No podía evitar que su corazón diera un nuevo vuelco, al pensar que podrían haberse conocido en cualquier otro

lugar, incluso años atrás, al haber compartido tantas vivencias y tantos acontecimientos, a pesar de no haberlo hecho juntos. Pasadas las cinco de la tarde, decidió dar por concluida su jornada y regresar al apartamento para arreglarse y esperar a que él fuera a recogerla, tal como habían acordado. Su corazón no había refrenado su irregular galope desde que se había encerrado en el baño para ducharse, y entonces sí, el reloj parecía haberse puesto en su contra e iniciar también una veloz carrera, hasta que, tras oír el timbre de la puerta y abrirla, apareció su sonrisa y entonces su latido se detuvo por un instante y pareció faltarle el aire. A Hope le cogió totalmente por sorpresa esa reacción de su cuerpo.

—Hola, creo que tenemos una cita —saludó Nithan.

—Una cita... —repitió ella, sintiendo que la voz moría en su garganta y no podía articular palabra, su corazón había recuperado su ritmo, acelerándose por momentos. No podía entender por qué se sentía así, o por qué este hombre, al que acababa de conocer, hacía que se sintiera tan feliz, aunque nerviosa, como si volviera a ser una adolescente esperando su primera invitación a un baile.

Nithan ofreció su brazo, que ella aceptó encantada, apoyando su mano con delicadeza, y se sorprendió con el pensamiento que le asaltó de repente, al pensar que su mano parecía encajar a la perfección sobre el fornido brazo de su acompañante. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, tras llegar al vestíbulo, una rama de acebo que parecía sacada del atrezzo de un anuncio navideño, planeó suspendida sobre sus cabezas. Hope no pudo evitar soltar una carcajada mientras dirigía su mirada al conserje.

—Pero... ¿qué significa esto, Hekamiah? —El hombre, complacido, no pudo más que elevar sus hombros en un gesto casi mecánico, mientras negaba con la cabeza y trataba de ocultar unas pequeñas hojas de plástico que se habían pegado al pantalón de su uniforme.

—Bueno... —La voz de Nithan acarició sus oídos, mientras clavaba su azul mirada en las cristalinas pupilas de ella—, no sabes lo que me alegro de no tener que esperar hasta la Navidad para poder besarte.

Hope notó cómo Nithan la sujetaba por la cintura y acercaba su boca lentamente hasta tomar sus labios, su simple contacto casi la hizo desfallecer, pero sus poderosos brazos se adhirieron a su cuerpo mientras la hacía reposar

sobre su pecho robando su aliento, y supo en ese momento que sus almas se habían pertenecido siempre, no podría encontrar ningún otro lugar en el que sintiera que podría residir su hogar, y quiso que sus bocas no se separaran nunca y poder permanecer así fundidos como un solo ser.

Hekamiah les observó y no pudo evitar sonreír y, después de todos aquellos años, por fin pudo respirar aliviado. No había resultado fácil, pero finalmente su labor había concluido. Volvió a mirar a la pareja y tuvo que entrecerrar los ojos, pues la luz que desprendían sus almas resultaba cegadora.

—Juntos al fin —susurró para sí, mientras elevaba su mirada al cielo y observaba cómo la joven pareja se alejaba, cogidos de la mano.

Un café para dos

*Ver un mundo en un grano de arena  
y el cielo en una flor silvestre,  
tener el infinito en la palma de la mano  
y la eternidad en una hora.*

*W. Blake*

Terminó de vestirse ante el espejo de cuerpo entero que estaba situado al lado de la puerta. El mobiliario de la habitación era austero y funcional, había elegido la cama situada a la derecha, porque estaba más cerca de la ventana y así dispondría de más luz, su compañera de habitación todavía no había llegado y supuso que tampoco pondría pegos o al menos eso esperaba y se alegró de esa pequeña ventaja que le otorgaba el haber llegado antes y le suponía poder elegir. Faltaban cuatro días para el inicio de las clases, y el campus aparecía en plena ebullición, los estudiantes nuevos, como ella, estaban intentando adaptarse, los de segundo y tercer curso reencontrándose con sus compañeros, y los de último año, que caminaban con la cabeza erguida, se paseaban por las instalaciones con la superioridad de saberse los veteranos.

Danielle recogió su melena castaña en una coleta baja y dio un último vistazo al espejo, que le devolvió la imagen de una joven menuda, apenas alcanzaba el metro sesenta, y a esa baja estatura le acompañaba un cuerpo delgado, pero con una bonita figura y bien proporcionado. Se dio un ligero toque de máscara de pestañas y brillo de labios, antes de cerrar la puerta y abandonar su habitación. Llevaba el mapa del campus en el bolso, aunque creía que ya no lo necesitaría, pues había intentado memorizarlo y en los escasos días que habían transcurrido desde que se instaló, había tenido tiempo de visitar las aulas, y algunos departamentos e incluso se había acercado a alguna hermandad, aunque solo por curiosidad.

El campus era más grande de lo que había imaginado, y a pesar de llevar allí casi tres días, aún tenía dificultades para orientarse. O quizás pudiera deberse a los genes que había heredado de su madre, pues su padre siempre solía decir que se perdía incluso en el pasillo de su propia casa. Su padre... pensar en él le llevaba a otro pensamiento que estaba empezando a producirle cierta desazón.

Que su padre fuera profesor en esa misma universidad tampoco le facilitaba las cosas, había asistido a dos presentaciones y ambos profesores la habían reconocido debido a su apellido, preguntándole al finalizar la charla si era la hija del Sr. Ryan, «la hija de...» Empezaba a pensar que había cometido un grave error al elegir esa universidad, era una ventaja que estuviera cerca de casa, aunque quizás terminara resultando un inconveniente.

Sacó del bolso el mapa que le habían entregado en la charla de orientación inicial, no pudo ocultar su gesto de resignación, lo desplegó para consultarlo e intentó identificar el edificio frente al que se encontraba. Una vez situada, giró a la derecha, y de nuevo a la izquierda, le dio una punzada de dolor de cabeza, miró el reloj, faltaban 5 minutos para llegar 5 minutos tarde a la presentación de la asignatura de «Antropología de las Religiones», así que se lo tomó con filosofía, no quedaba otra. Cerca de donde se encontraba divisó un carrito de café, y dando una última oportunidad a su sentido de la orientación encaminó sus pasos hacia allí, dejándose guiar por el aroma a expreso.

—¡Auchh! —exclamó al tropezar con otro estudiante cuando casi había alcanzado su objetivo

—Perdona, andaba distraído —se disculpó el joven recogiendo su tablet del suelo.

—Al menos tu excusa es más moderna que la mía —repuso ella mostrando el mapa.

—¿Tu primer día?

—En realidad no, ya llevo tres. Busco el edificio C.

—¿En serio? —El chico alzó una ceja, y soltó una risotada mientras señalaba el edificio que se encontraba frente a ellos.

—Genial, ahora he quedado como una estúpida.

—Más bien como una novata.

Danielle se fijó en su interlocutor, sostenía con mimo la tablet entre las manos, y un auricular sobresalía de su oído, por lo que supuso que debía estar escuchando música. Vestía unos vaqueros rotos y una sencilla camiseta blanca, que se ajustaba y se adaptaba a la perfección a su torso, por debajo de las mangas asomaban un sinfín de tatuajes, que cubrían casi por entero ambos brazos, incluso parte de las manos. Danielle dio un respingo y un escalofrío recorrió su espalda, era justo la clase de chico que su madre detestaría, al que consideraría conflictivo, incluso peligroso y del que exigiría se mantuviera

alejada.

—Y bien, ¿qué ibas a tomar?

—Un café con leche vegetal y stevia, por favor —pidió al chico que atendía el puesto del café—. Intolerancia a la lactosa —añadió con una mueca.

—Vaya, yo iba a pedirme un *capuccino* con extra de nata, pero siendo así, no quiero producirte una reacción alérgica cuando me beses —soltó sin parpadear, como quien lanza un vaticinio.

—También soy alérgica al huevo y a los arrogantes como tú —espetó recogiendo su vaso de café y se dio la vuelta, sin esperar a su respuesta.

Cuando se hubo alejado unos pasos no pudo evitar soltar una carcajada, asombrada por la desfachatez y seguridad que había mostrado el chico de los tatuajes.

—No te gires, pero hay un cachas que te está devorando con la mirada. —Denver Evans saltó al lado de Danielle asiéndola del brazo para tirar de ella, mientras seguía mirando de reojo al chico que permanecía de pie frente al puesto de café.

—Lo sé... —respondió ahogando una nueva carcajada mientras le mostraba el vaso.

—Vaya, vaya... así que café gratis. Pues tía, está tremendo, ñam, ñam —susurró al tiempo que se giraba para mirarle, ahora sí, de manera descarada—, tiene pinta de macarra...

—Sí, es la clase de tío con quien mi madre estaría encantada de que me presentara el día de Acción de Gracias, ¿te imaginas?

—¡Oh Dios mío! Dani, que perversa eres, ¿quieres que le dé un ataque al corazón a la pobre Sra. Ryan?

—No te rías de mi madre —Se quejó Danielle, sentándose en un banco.

—Ya me la puedo imaginar... Oh Dani, ¿en qué nos hemos equivocado?, ¿es que hemos hecho algo mal? Danielle hija, ¿por qué nos castigas de este modo? ¡Un delincuente!, ¡Sean, esconde la plata!

—Venga, déjalo ya.

Danielle no pudo evitar sonreír pensando en su madre, incluso podía imaginarla haciendo esos gestos tan exagerados que hacía su amiga para imitarla. Tomó un sorbo de café y revisó su móvil, había dado por perdida la

charla, pero aún podía intentar encontrar la biblioteca, esperaba que localizar los libros que necesitaba fuese más fácil que encontrar el edificio en sí, pues eso ya lo había intentado la tarde anterior con deprimentes resultados.

Denver sacó un pintalabios del bolso y con la ayuda de un espejito se retocó el maquillaje. Se conocían desde hacía años, pero no fue hasta último curso que se hicieron buenas amigas. Denver era la clase de chica que jamás pasaba inadvertida, no solo por su cuerpo y ese pelo de color cobrizo que hacía destacar aún más sus ojos claros, sino porque era de esa clase de personas que no soportaba no ser el centro de atención, el alma de la fiesta, lo que había propiciado que se metieran en algún que otro lío, de los que, afortunadamente, habían logrado salir indemnes y sin que sus padres se enteraran.

—¿Aún no ha llegado tu compañera de habitación?

—Cuando me he marchado hace un rato no había ni rastro de ella.

—Perfecto, así si terminamos muy mal en la fiesta de esta noche, podemos dormir juntas.

—Claro... como en las noches anteriores, ¿no?

—Oh vamos, no puedes culparme de que a mí me saliera un plan mejor —protestó la pelirroja guiñándole un ojo.

—Den, llevamos aquí tres días, y creo que todavía no me he desecho de la resaca.

—A ver, a ver, a ver... ¿A qué has venido a la universidad?

—¿A centrarme, estudiar y sacarme una carrera?

—¡No! —Denver estrelló la palma de su mano contra la frente de su amiga.

—Claro que no, ¡qué tonta!, a la universidad hemos venido a emborracharnos...

—¡Y a follar! —gritó de forma teatral la pelirroja.

—Estás loca —se quejó Danielle poniéndose en pie y dando el último trago a su café—. Tengo un nuevo propósito en la vida —anunció con voz firme.

—Sorpréndeme —Denver la imitó poniéndose también de pie, pero sobre el banco que habían ocupado ambas—. ¿Cuál es ese férreo propósito que va a ocupar tus próximos... ahhh —miró el reloj— cinco minutos?

Danielle hizo ademán de protestar, pero estalló en una carcajada antes de anunciar a voz en grito que su nuevo propósito en la vida era encontrar la biblioteca sin perderse. Aunque su última desorientación no había sido del todo infructuosa, pues la había llevado hasta el puesto del café para coincidir con ese chico tan guapo. Ambas amigas rieron con ganas y se separaron en ese instante.

Tras dar todavía unas cuantas vueltas y atravesar un par de edificios, Danielle por fin encontró la biblioteca, y pudo localizar algunos de los libros que habían recomendado en las presentaciones a las que había logrado asistir. Aprovechó también para obtener un carnet especial para el préstamo de libros que no se hallaban en la biblioteca del campus, pero que podían reservarse y en un plazo de pocos días se podían recoger sin necesidad de tener que desplazarse fuera del recinto.

De nuevo en su habitación comprobó que su compañera todavía no había aparecido, no había rastro de ella. Apiló sobre el escritorio todos los libros que había obtenido en préstamo, recogió y guardó en los cajones de su mesa de estudio todo el material que había adquirido para el semestre y casi sin pretenderlo se detuvo a observar su escaso fondo de armario, en ese momento decidió que debía ir a casa y recoger algo más de ropa, o hacer que su madre se la enviara, sí, esa sería mejor opción. Cuando terminó de arreglarse y se miró en el espejo se percató que la modestia no haría gala en ella esa noche, estaba deslumbrante, se había esmerado mucho más que en las anteriores noches que había salido, y la posibilidad de que el chico de los tatuajes se encontrara en la fiesta no tenía nada que ver, se dijo a sí misma para auto convencerse, aunque sin duda, no lo consiguió, pues mientras terminaba de vestirse se sorprendió, un par de veces, fantaseando con la posibilidad de encontrárselo de nuevo, casi tuvo que sofocar la risa recordando su desfachatez y aquel aire de suficiencia.



La fiesta estaba animada, en realidad era la mejor de las que había asistido en el campus, sin duda, la más popular y multitudinaria. El alcohol y varios tipos de sustancias ilegales corrían entre los presentes como la pólvora. Speed encendió un porro y dio una larga calada antes de pasárselo a Chris y recuperar su botellín de cerveza. Ya era bastante más tarde de media noche, los más puntuales llevaban horas bebiendo, y eso se notaba en el ambiente. Terminó su segunda cerveza y rechazó una tercera con un gesto enérgico de su mano derecha, antes de que esa misma se desviara al bolsillo de su pantalón para sacar su smartphone y comprobar la hora.

—No me jodas, solo te has tomado dos birras y ¿ya te vas?

—¿Qué te dije? —le recordó Speed.

—Pero no pensé que lo dijeras en serio —se quejó Chris dando otra calada y

cediéndole el «cigarro»—. ¿Estás seguro?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Habló «Don importante» —Chris moduló la voz en un tono burlón.

—Todavía no, pero lo seré si termino todo el trabajo acumulado.

—No me puedo creer que se hayan interesado por tu proyecto —Chris gesticuló rápidamente con ambas manos, percatándose de la metedura de pata—. ¡Joder!, no me refería a que no sea un buen trabajo, eh...

—Entonces haré como si no hubiera oído el último comentario, porque si no me vería obligado a partirte la cara —repuso Speed guiñando un ojo a su mejor amigo.

Chris alzó las manos en señal de armisticio, y después estalló en una sonora carcajada, ya llevaba unas copas de más, aunque alguna menos de las que llevaría en unas horas. Pasó ambas manos por su melena hasta hacerlas descansar en la nuca, a diferencia de Speed, su aspecto era siempre pulcro y cuidado. Ojeó a las nuevas estudiantes que se movían por el salón de la hermandad, mientras pensaba que cada año las novatas estaban más buenas, y mucho más dispuestas a pasar un buen rato y esas fiestas de bienvenida se preparaban exclusivamente para poder catar la nueva mercancía, y ese pensamiento provocó que su boca se curvara en una sonrisa.

—Creo que voy a invitar a una copa —dijo cogiendo una botella al azar— a la pelirroja del vestido lila.

Y dicho eso se abrió paso entre la multitud que abarrotaba el salón. Speed le siguió con la mirada hasta perderla en el generoso escote de la elegida, no estaba nada mal la chica, aunque parecía demasiado vulgar para su gusto, él era de los que preferían imaginar lo que había debajo, si se lo daban todo hecho se perdía parte del encanto. Le asqueaban las fiestas de principio de curso, donde los alumnos de los cursos superiores lo único que pretendían era emborrachar a las novatas para intentar llegar lo más lejos posible con ellas. Planteado así, incluso podría parecer divertido, pero en realidad, ya hacía tiempo que él había perdido el interés por todo eso, y si había ido a tomarse una cerveza solo había sido para despejarse, confraternizar un rato con sus compañeros, y regresar a su apartamento, que había alquilado fuera del campus, donde continuaría ultimando su proyecto, ahora que había encontrado patrocinadores. Para alguien como él suponía una auténtica proeza terminar la universidad habiendo fichado por una

empresa importante. Nunca solía dar una primera impresión demasiado buena, la gente tendía a juzgarle por su aspecto, y era evidente que lo más llamativo eran los tatuajes que cubrían su cuerpo, y una vez formada esa mala impresión, era muy difícil que esa opinión cambiara. Le había pasado con su consejero estudiantil nada más llegar a la universidad, hacía ya unos años, quien le había tomado por un delincuente juvenil, y algo parecido había sucedido con la mayoría de los profesores, aunque gracias a su tenacidad y dedicación había logrado hacerles cambiar de opinión a casi todos ellos, hasta el punto de haber logrado metérselos en el bolsillo, incluso le habían propuesto para un puesto de profesor adjunto.

Finalmente, decidió tomarse otra cerveza, encendió un cigarrillo y se puso a charlar, casi por inercia, con un par de compañeros de clase. Paseó la mirada por el atestado salón hasta que el destello de una melena castaña impactó en su retina y, a pesar de que le daba la espalda, reconoció de inmediato a la chica del carrito del café. Llevaba unos vaqueros ajustados que marcaban a la perfección su anatomía, se quedó aturdido, concentrado en su trasero, hasta que ella se dio la vuelta. Sus facciones eran suaves, casi parecía una muñeca, incluso le hacía dudar que tuviera la edad de ir a la universidad, y sin apenas darse cuenta empezó a sonreír como un estúpido mientras observaba cómo se movía al compás de la música.

—¿A quién le has echado el ojo? —preguntó alguien a su espalda.

—A nadie, yo me largo ya.

—Estás de coña ¿no Speed?, con la cantidad de tías borrachas que hay...

—Ya sabes que paso de ese rollo —repuso molesto.

Miró de nuevo hacía la multitud que se movía de forma frenética en el centro del salón. Peter Harris se había acercado a la chica del café y le ofreció una copa, animándola a que la apurara de un solo trago. La joven apenas había terminado su contenido cuando Harris ya le había rellenado el vaso de nuevo con la primera botella que había cogido de encima de la mesa. Speed se sintió extrañamente incómodo, y se obligó a dejar de mirar. Terminó su cerveza de un solo trago, aplastó la colilla sobre la mesa, y se levantó del sillón para hacerse un hueco entre la gente y dirigirse a la salida, sabía que su amigo Chris entendería que se hubiera marchado sin despedirse, estaba muy ocupado colando su mano bajo la falda de la pelirroja. Al llegar a la puerta, antes de salir a la calle, y a pesar de no querer hacerlo, por un segundo desvió la mirada hacia donde se encontraba la

chica del café. Peter, que la había recostado sobre el sofá, ya había colado la lengua dentro de su boca, y acariciaba su cuello con una de sus manos mientras con la otra trataba de alcanzar uno de los vasos que se encontraban sobre la mesa, Speed reconoció entonces el ponche casero super especiado de su amigo Larry.

—¡Joder! —gruñó al tiempo que saltaba por encima de una pareja que se manoseaba sobre el sofá—. ¡NO! —gritó y dio un manotazo al vaso, lanzándolo al suelo.

—¿Qué haces, gilipollas? —le increpó Peter.

—¡Cierra la boca, Harris! —espetó sin prestarle ninguna atención, mientras sujetaba por los hombros a la chica.

La novata no reaccionó, lo que le dio a entender que, probablemente, ya habría sobrepasado el límite de alcohol que era capaz de tolerar. La sujetó por el codo para ayudarla a que se incorporara cuando, de repente, alguien le empujó por detrás, y a punto estuvo de hacerle caer.

—A esta me la he trabajado yo —increpó Harris—. ¿Crees que puedes venir ahora y llevarte el premio calentito?

Alguien había bajado el volumen de la música, alentado por la posible pelea, y una parte de los asistentes miraba la escena con una mezcla de curiosidad y esperanza. Curiosidad por saber qué ocurría a continuación y la esperanza de que cualquier cosa que fuera, terminara en una pelea. Speed ni se inmutó y cogiendo en brazos a la chica dejó a su interlocutor con la palabra en la boca y el puñetazo encerrado en la palma de su mano. Cuando estaba a punto de abandonar la casa, miró a Chris, y con un simple gesto de su cabeza le hizo entender lo que esperaba de ellos. Cuando Speed salió a la calle le recibió el aire frío de la noche, que azotó su rostro, justo en el momento que a su espalda empezaron a resonar los golpes. Peter Harris llevaba tiempo jugando en el límite, y se había ganado a pulso que alguien le pusiera en su sitio.

Avanzó por el césped del jardín sosteniendo a esa chica de castaña y larga melena en sus brazos hasta alcanzar la acera, cuando bajó su mirada para observarla comprobó, con cierto temor, que tenía los ojos cerrados y parecía murmurar algo que no alcanzaba a entender.

—¡Mierda!, venga... —dijo dejándola con cuidado en el suelo, tratando de que se mantuviera en pie—. Abre los ojos, venga nena, abre los ojos, espabila...

Speed trató de que la chica despertara, sostuvo su barbilla haciendo que ladeara la cabeza despacio, dio ligeros golpecitos en sus mejillas, incluso sacudió sus hombros con algo más de energía y trató de que intentara caminar con su ayuda, sujetándola con uno de sus fornidos brazos por la cintura, pero parecía que sus piernas se negaran a obedecer cualquier orden, ni siquiera con ayuda, y le flaqueaban, de tal modo, que parecía que de un momento a otro pudiera precipitarse contra el suelo, así que al menor amago que hacía tratando de soltarla, para comprobar si podía sostenerse por ella misma, la muchacha se tambaleaba y debía sujetarla de nuevo para impedir que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Volvió a golpear sus mejillas con suavidad, para intentar, una vez más, que reaccionara, pero parecía que nada pudiera sacarla de su sopor. Rodeó su cintura con un brazo, para sujetarla con más firmeza situándose justo detrás y mantenerla cerca de su cuerpo, entonces le introdujo con cuidado los dedos en la boca para hacerla vomitar.

—Venga ¡joder!, despierta... ¡Me cago en la puta!

Speed, que continuaba sosteniéndola para que no perdiera el equilibrio, se quitó la camiseta tirando con una sola mano y la utilizó para limpiarle la cara y retirar el sudor de su frente, ella hizo un gesto de disgusto y ahogó el impulso de una nueva arcada, pero no dijo nada. Desde el interior de la casa se oyeron los primeros gritos y ruido de cristales rotos, parecía que se había formado una buena trifulca, los golpes e insultos iban en aumento y desde las ventanas de la segunda planta lanzaron un par de botellas que alcanzaron la acera de la calle. Cargó a la chica en brazos para alejarla de allí, antes de que la seguridad del campus se presentara en la hermandad, alertada por el jaleo o por el chivatazo de algún alumno.

—«Una cerveza rápida y me largo», claro... seguro... —Iba murmurando entre dientes, sin disimular su enfado, mientras colocaba a la chica de las mil alergias en el asiento del copiloto y le ponía el cinturón de seguridad.

Las dudas comenzaron cuando traspasó el umbral de la puerta con aquella novata en brazos, se preguntaba quién le habría mandado meterse en semejante

follón. Tan solo quería tomar una cerveza y seguir trabajando, se recordó, sin duda la noche no había transcurrido como esperaba. Dejó a la chica dentro de la bañera, pasó las manos por su pelo no sin cierto nerviosismo, que no pudo soslayar, debatiéndose sobre lo que estaba a punto de hacer. No era la primera vez que desnudaba a una chica, pero no pudo evitar que el temblor de sus manos delatara que esa situación le resultaba incómoda.

—Eh despierta... —le susurró sin demasiado éxito—. ¡Joder! —exclamó, mientras tiraba con torpeza de su ropa manchada, hasta que, no sin algo de esfuerzo, consiguió dejarla en ropa interior—. Nena... si no sabes beber no bebas —gruñó cuando ella abrió los ojos, aunque fue una falsa ilusión pues de nuevo volvió a cerrarlos y ni el agua fría logró que se despertara.

La sacó de la bañera cogiéndola en brazos, cubrió su cuerpo con una toalla para que se secara, la acomodó sobre la cama y se sentó en la butaca situada al lado de la puerta del baño. Su respiración era ahora más acompasada, dormía profundamente y parecía tranquila, por lo que se permitió relajarse un poco, y le dio tregua a su mal humor hasta que, mecido por los ronroneos que llegaban desde la cama, el cansancio le venció quedándose dormido en ese incómodo sofá.



Probablemente debía hacer horas que había amanecido, al menos eso era lo que solía suceder después de una noche de excesos, que nunca lograba levantarse antes de mediodía. Le dolía la cabeza. Todo le daba vueltas. Se sentía mareada, y tenía náuseas. En esas circunstancias, normalmente cuando despertaba solía oler a vómito, a alcohol y a humo de tabaco, a veces también a sexo, sin embargo, ahora le llegaba un olor fresco, a limpio, como a jabón neutro de bebé. Intentó abrir los ojos, pero al hacerlo tuvo la sensación de que la cabeza le iba a estallar. La noche anterior había desfasado demasiado, lo último que recordaba era a un gilipollas que pretendía llevarla al baño para que se la chupara. Tenía que dejar de beber, eso se decía cada vez que se despertaba con una horrible resaca tras una noche de marcha, pero a la siguiente salida nocturna parecía olvidar todo lo prometido.

Se desperezó estirando los brazos, que notó algo entumecidos. Abrió los ojos poco a poco, como si temiera que la luz que intuía se colaba a través de la

ventana, pudiera herirlos. No reconoció las sábanas, tampoco la mesilla de noche, ni el reloj digital que parpadeaba anunciando que ya era más de media tarde. Se maldijo en silencio, temía el momento de darse la vuelta y descubrir qué clase de orco yacía a su lado. «Está bien, como las tiritas», pensó. Se dio la vuelta de repente, pero no había nadie, se incorporó y al hacerlo se dio cuenta que vestía una simple camiseta de deporte, así que metió las manos debajo de las sábanas para comprobar que sí llevaba puestas las braguitas, suspiró. Miró a la derecha, vio la puerta del baño entreabierta, en el suelo estaban sus zapatos, y su ropa colgaba de la mampara, como si alguien se hubiera tomado la molestia de lavarla. Al mirar hacia el otro lado descubrió sentado en un sillón al chico de los tatuajes, el macarra del carrito del café.

—No —exclamó llevando sus manos a la boca.

—Buenos días —saludó Speed abriendo los ojos con pesadez, a continuación pasó ambas manos por su rostro y estiró los brazos dando un bostezo—. ¡Joder!, que mal se duerme aquí ¿Cómo te encuentras?

—Tú y yo...

Speed se incorporó en la butaca, despacio, casi con parsimonia, no dejaba de mirarla, tiró su cuerpo hacía adelante, reduciendo unos centímetros la distancia que les separaba, clavó los codos en sus rodillas y dejó reposar su cabeza entre las manos. Danielle se sintió turbada por esos ojos claros, cuya mirada profunda se obstinaba en continuar clavada en ella, sin acertar a reaccionar, y en ese momento se sentía intimidada por un tipo que poseía un cuerpo esculpido en el gimnasio y decorado en un salón de tatuar.

—¿Tan malo sería? —preguntó al fin con cierto deje de pesar en su voz.

Danielle no supo qué responder. Sí, claro que sería malo, sería nefasto, la confirmación de que tenía que dejar de beber. Este no era en absoluto la clase de tío con el que debería irse a la cama, a decir verdad, no debería hacerlo con ninguno, pero mucho menos con alguien que parecía un delincuente recién salido del Bronx. Lucía barba de varios días y el cuerpo lleno de tatuajes, que a saber qué significaban, pensó, quizás podían representar a sus víctimas, o sus atracos, o sus... Le molestaba esa actitud suya de suficiencia, como si estuviera de vuelta de todo... Le estallaba la cabeza. ¿Tan malo sería haberse metido en la cama con él? Olía a jabón, estaba en una cama con ropa limpia e incluso se había

tomado la molestia de lavar su ropa. Permanecía sentado en la butaca donde parecía que había pasado la noche y no dejaba de mirarla con esos ojos tan claros como incapaces de ocultar la sinceridad que rezumaban. Estaba visiblemente molesto, con toda seguridad debido a que ella le había juzgado, sin tan siquiera darle opción a poder explicarse. Aunque después de poner todas esas consideraciones en la balanza daba la impresión de ser un tío legal, concluyó al fin. Danielle se levantó de la cama, y al hacerlo comprobó que aún se sentía mareada.

—Lo siento —dijo plantándose frente a él y alargando la mano en su dirección—. Soy Danielle Ryan.

—Speed —respondió, encajándola con delicadeza—. Y no, no me he metido en la cama contigo.

—Está bien —susurró ella, desconcertada porque el contacto de su mano le resultara tan agradable.

—Deberías vigilar lo que haces —Speed se levantó poco a poco, sin soltar su mano, anulando así la distancia que les separaba—, si no llego a estar allí, habrías terminado muy mal.

—Entonces supongo que gracias.

—No sé si se habrá secado tu ropa —repuso al tiempo que soltaba su mano, y Danielle no pudo evitar sentirse algo decepcionada, le gustaba su calidez—, ni los asientos de mi coche.

Ella hizo una mueca de pesar y se ruborizó. En ese momento se alegró de no recordar nada de la noche anterior, porque, de lo contrario, probablemente no podría volver a mirar a ese chico a la cara sin sentirse avergonzada. Speed, ataviado tan solo con unos boxers y sin que mostrara ninguna intención de que eso cambiara, se dirigió a la barra que separaba el comedor de la cocina, y fue entonces cuando Danielle se percató de que no se encontraba en una habitación del campus, sino en un loft de dimensiones bastante grandes. Al lado de la cama estaba la puerta del baño, un gran armario y la butaca donde había dormido Speed, un poco más a la derecha, en la pared contraria, un sofá situado frente a una enorme pantalla de televisión y en el otro extremo del amplio espacio la barra que daba separación a la cocina, moderna y funcional, y sorprendentemente limpia y recogida, sobre todo tratándose del piso de un tío.

—No tengo leche vegetal —anunció mientras encendía la cafetera.

—Uno solo estará bien.

—¿Te apetece comer algo? Puedo prepararte unas tostadas o... ¿Alguna otra alergia que deba conocer?, a ver, déjame que recuerde... tenemos la leche, el huevo, y ¿qué más era...? ¡Ah! sí, los arrogantes como yo...

—Sí, bueno, eso... lo siento.

—Así me gusta. —Y torció su sonrisa en una mueca no exenta de un ligero sarcasmo.

—Espera ¿has liado todo esto tan solo para que me disculpara? —preguntó alzando una ceja.

—No nena, todo esto lo has liado tú solita por perder el control.

—No me llames nena —se quejó.

Speed resopló impaciente, o quizás algo molesto, y señaló la cafetera interrogando a Danielle con la mirada. No alcanzaba a entender el motivo de su nerviosismo, no era la primera chica a quien preparaba café después de pasar la noche en su piso, y con menos motivo si tenía en cuenta que con ella no había pasado absolutamente nada. Danielle le miró algo desconcertada, pero él solo podía pensar en lo mucho que le apetecía besarla, y eso le sorprendió, pues no solían gustarle las niñas pijas.

—¿Quieres o no quieres café?... «nena» —remarcó la última palabra, con clara intención de hacerla enfadar—. Eh, eh, eh no te vayas —añadió cuando Danielle dio media vuelta buscando la salida—. Venga Dani...

—Dani solo me llaman mis amigos.

—¡Joder! —Cogió la taza, rodeó la barra y se la puso en las manos—. Tómalo, vístete y te acercaré al campus —no pudo evitar que el tono de su voz sonara irritado, sin tratar de esconder que se había cabreado, aunque no tenía muy claro si con ella o consigo mismo.

—Puedo volver en taxi —sentenció ella.

—Puedes hacer lo que te dé la gana —repuso Speed—. Pero te voy a llevar yo.

—Eres un capullo.

—Un capullo al que le debes una, no lo olvides.



El semestre ya había dado comienzo, y estaba siendo más duro de lo que

Danielle había imaginado. Hacía un par de días que había llegado su compañera de habitación y a pesar de que parecía buena chica, no se habían entendido demasiado bien, ya habían tenido un pequeño roce, sin importancia, pero no resultaba muy esperanzador teniendo en cuenta el poco tiempo que habían pasado juntas.

Salía de la secretaría cuando le vio a lo lejos, no habían vuelto a coincidir desde que la dejara en el campus el día después de la fiesta. Denver le explicó la movida que se había formado aquella noche, no solo había tenido que acudir la seguridad del campus, sino la policía, que acabó deteniendo a un par de estudiantes por daños materiales y posesión de marihuana. Y todo, porque un macarra arrogante lleno de tatuajes había ordenado darle una lección a un gilipollas que intentaba propasarse con una de las novatas. Aunque Denver aseguró que ella no había visto nada, porque estaba muy ocupada dejándose magrear por uno de último curso, tampoco Danielle quiso explicarle que la novata de quien estaba hablando era ella, y Speed el macarra que la «había rescatado».

Se quedó plantada al lado de la puerta presa de un ligero cosquilleo, que empezó en su estómago y se propagó por todo su cuerpo. ¿Debía saludarle? Cuando aquel día la dejó frente a su edificio ni se despidió de ella, simplemente arrancó el coche y se largó. Danielle tragó saliva y cuando decidió dar un par de pasos en su dirección, Speed que parecía discutir algo con un compañero, dio media vuelta y se alejó.

—Tengo hambre —Speed pasó su mano por el estómago, que rugió recordándole que hacía muchas horas que se encontraba en ayunas.

—La chica de la fiesta te está mirando —advirtió Chris, mientras se giraba con pretendido disimulo—. Es guapa.

—Lo es.

—¿Pasó algo?

—Que me vomitó en el coche.

—Y...

—Y ya te he dicho que tengo hambre, si no como algo voy a caer redondo aquí mismo y no tienes fuerza para arrastrarme.

—Lo pilla, no quieres hablar de la novata.

—No, no quiero.

—¡No-me-jo-das! —exclamó Chris deteniéndose en seco.

—¿Qué? —La cara de cabreo de Speed hizo que su amigo reconsiderara el

decirle lo que para él resultaba evidente, así que simplemente negó con la cabeza —. No, venga tío... ¿qué? —insistió Speed.

—Nada.

—Chris...

—Te gusta esa chica...

Speed no dijo nada, no sabía qué responder a eso, así que retomó el camino hacia la cafetería en silencio, mientras la afirmación de su amigo bailaba en su cabeza, igual que hacía ya un par de días lo hacían los ojos de Danielle y su sonrisa.

Ya casi estaba terminando su hamburguesa cuando la vio sentada en el otro extremo de la cafetería. Mordisqueaba una manzana, mientras miraba distraída su móvil, lo que le hizo pensar que no tenía su número, el campus era grande, ya había sido casualidad que hubieran coincidido después de la fiesta, podían pasar semanas hasta tropezar de nuevo con ella. Se levantó, dispuesto a acercarse a su mesa, ella le miró, recogió sus cosas y salió por la puerta del fondo, dejando tras de sí un rastro de indiferencia. Speed cerró los puños tan fuerte que le crujieron los nudillos.

—Hasta las trancas —Escuchó como Chris se reía a su espalda—. Te has pillado de la novata hasta las trancas.



Habían transcurrido casi tres semanas desde dio comienzo el semestre, Speed estaba sentado en el respaldo de un banco, parecía enfrascado en la lectura de un libro. No tenía pinta de leer libros, pensó Danielle, y se reprendió a sí misma por estar haciendo lo mismo que hacía su madre constantemente, juzgar y sentenciar a las personas sin conocerlas. Durante esas semanas había pensado mucho en aquella noche, y después de reflexionar había llegado a la conclusión de que se había comportado como una idiota con ese chico, era normal que estuviese molesto. Dio un par de pasos hacía él, dispuesta a saludarle esta vez, cuando él alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron, una extraña sensación hizo que le temblaran las piernas. Danielle dio media vuelta regresando sobre sus pasos, alejándose de aquel chico que la miraba de una forma tan intensa que temía que pudiera desnudar incluso sus más profundos sentimientos, como si pudiera leer a través de ella como lo haría en un libro abierto. Se había quedado sin aire y el

corazón le latía muy deprisa. Cuando estaba a punto de cruzar al otro lado de la calle se detuvo, se obligó a respirar hondo, y giró su cabeza hacia el banco donde Speed seguía con la vista fija en ella, no se había movido ni un centímetro, y a pesar de la distancia que les separaba, podía ver cómo sus ojos seguían fijos en los suyos. Volvió a respirar y empezó a caminar en su dirección, aunque a los tres pasos perdió la convicción y su seguridad y a punto estuvo de retroceder de nuevo.

No sabía por qué, pero algo había empujado a Speed a alzar la mirada justo hacía un momento, y se alegró al reconocer la larga melena castaña que se movía libre con la ligera brisa que soplaba, a decir verdad, se encontraba en ese preciso banco cerca de su edificio, con la esperanza de verla pasar. Sintió una punzada en el estómago cuando constató que ella había decidido acercarse hasta él, y ese ligero pinchazo se tornó puñalada cuando ella dio media vuelta para alejarse de nuevo. Cerró los puños, encajó la mandíbula y a punto estuvo de levantarse para ir tras ella cuando la vio detenerse antes de cruzar la calle, parecía dudar, pero de pronto se dio la vuelta una vez más, y se dirigió hacia a él con pasos decididos, que se fueron ralentizando a medida que disminuía la distancia entre ellos, y parecía vacilar de nuevo.

Cuando Speed temió que Dani huyera de su lado una vez más, saltó del banco y en menos de cuatro zancadas se plantó frente a ella, la cogió del brazo con delicadeza para evitar que tuviera la tentación de escabullirse de nuevo y la acercó a su cuerpo, hasta notar la calidez que desprendía. Cuando sus labios se unieron y selló su boca con un largo beso supo que estaba enamorado.

Danielle cerró los ojos, la boca de Speed era dulce, su lengua sabía ligeramente a café y su incipiente barba le hacía cosquillas. Se sorprendió al descubrir que esa sensación no solo la notaba en el rostro, sino que el resto de su cuerpo se estremeció cuando un hormiguelo empezó a recorrerla por entero. Speed se separó un poco de ella, sonreía, acariciaba su nuca mientras enredaba los dedos en su cabello y la miraba fijamente a los ojos, Danielle nunca antes había visto una mirada más sincera.

—Tranquila, me he pasado al café solo.

—Y ¿estás dispuesto a renunciar al *capuccino* para siempre?

—Me encantará compartir un café para dos.

Speed bajo la cabeza buscando de nuevo los labios de esa chica de melena castaña y dulce olor a flores que se había colado en sus pensamientos las últimas

semanas impidiendo incluso que pudiera concentrarse en su proyecto, ya que solo podía pensar en ella. Rodeó su cintura y la acercó tanto a su cuerpo que pudo sentir cómo temblaba levemente y su corazón se aceleró de tal modo que supo, en ese mismo instante, que jamás la dejaría escapar, aunque eso significara vivir sin *capuccino* el resto de su vida.

# Una navidad en Lasthope Town

*Tan imposible es avivar la lumbre con nieve,  
como apagar el fuego del amor con palabras.*

*W. Shakespeare*

Un vehículo circulaba por una solitaria carretera de montaña a gran velocidad, las curvas se sucedían una tras otra y la estrecha vía serpenteaba entre los altos y frondosos árboles que impedían ver más allá de unos cuantos metros, a ello tampoco contribuía la oscuridad de la noche, que se cernía sobre el invernal paisaje. La noche era fría, y la gélida ventisca agitaba sin tregua las ramas más altas, produciendo un sonido vibrante. El coche derrapó en la última curva y una de las ruedas traseras pisó la gravilla del arcén.

—¡Ten cuidado! —advirtió Thomas, mientras se sujetaba con fuerza al asidero de la puerta.

—Oh, vamos, pero ¿no ves que se está haciendo muy tarde? —respondió ella.

—Sí, claro, aunque sería mejor llegar un poco más tarde, pero vivos... —se quejó sin disimular un deje de sorna en su voz.

—No te pongas sarcástico Tom, nos hubiéramos evitado todo esto si ya se lo hubieras dicho.

—Vamos Olivia, no he podido, no quiero romperle el corazón.

—Ya hace más de dos años que nos divorciamos y prometiste que se lo dirías a tu abuela tras las navidades pasadas.

—He sido incapaz de hacerlo, cada vez que lo intentaba ella me recordaba lo afortunado que era por tenerte, lo mucho que te quiere...

—Eso es chantaje emocional, sabes que yo también la quiero mucho, pero debe saberlo, estoy segura que se lo tomaría mejor de lo que te crees... —Olivia alargó la mano hasta el salpicadero para coger su cajetilla de cigarrillos, y dejó el volante libre unos segundos para encender uno.

—¡Cuidado! —exclamó Tom sosteniendo el volante.

—¡Oh por favor!, siempre fuiste un histérico.

—Y tú demasiado temeraria —aseguró, soltándolo cuando comprobó que ella

lo sostenía de nuevo.

—Bueno, no desvíes el tema, mañana mismo cuando llegues a casa le explicarás a Beatrice que ya no estamos juntos.

—Vamos Olivia, ¿no podríamos seguir así?

—¡No! —negó mientras dejaba escapar de entre sus labios el humo del cigarrillo.

—Pero solo es una vez al año, antes de Navidad, pasamos un par de días...

—No, y no me convencerás nunca más.

—¡Joder Olivia!, no seas así, cómo quieres que le explique... —exclamó al tiempo que hacía un gesto con la mano para que ella continuara mirando hacia la carretera—. Se llevará un disgusto enorme y lo peor será tener la sensación de que la he decepcionado.

—¿Prefieres que le explique que estoy comprometida y voy a casarme con otro hombre dentro de una semana?

—¡No, claro que no! —negó mientras apretaba sus sienes con ambas manos—. ¡Ten cuidado!, ¡frena, frena...!

—¿Es que también vas a darme clases de cómo conducir...?

Pero Olivia no pudo terminar la frase, una enorme piedra caída en medio de esa estrecha carretera de montaña hizo que tuviera que dar un volantazo, el coche se deslizó unos metros sobre el arcén y una de las ruedas traseras golpeó una arista rugosa y reventó. Olivia sostuvo con fuerza el volante y pudo enderezar la dirección, para evitar salir despedidos de la calzada, y tras pisar el freno con fuerza repetidamente logró que el coche se detuviera a escasos metros de un muro de piedra.

—¿Estás bien? —preguntó Tom mientras soltaba el cinturón de seguridad y se volvía hacia ella.

—¡Mierda!

—Vale, veo que estás bien...

—Sí, sí perdona —se disculpó, tratando de apretar el seguro de su cinturón para retirarlo—, es solo que no quiero que empieces a decir...

—Ni se me ocurriría.

—¡Vale! —exclamó al tiempo que abría la puerta y salía a la oscura y fría noche.

—¡Vale! —repitió él poniéndose a su lado, accionando la palanca de apertura del maletero para sacar la rueda de recambio—. Pero ya te advertí que frenaras

un poco.

—¡Tom!, sabes que no soporto eso tan manido del «ya te lo dije» —Olivia resopló mientras encendía la linterna—. Nunca soporté que pensaras que lo sabías todo, yo...

—¿Dónde está?

—Dónde está ¿qué?

—¿Qué va a ser? —Tom pareció impacientarse—. La rueda de repuesto.

—Pues ¿dónde quieres que esté? —contestó ella con cierto tono sarcástico—. Tiene que estar ahí, en su sit... —pero su voz se fue apagando poco a poco hasta convertirse en un murmullo—. Ohhhhh nooooo.

—¿¿Ohh nooo?? —Tom, que se había quitado la americana instantes antes de disponerse a cambiar la rueda, puso los brazos en jarras—. ¿Olivia?

—Yo...yo...Oh Dios...Tom no te enfades...

—¿Que no me enfade?, a ver... prueba.

—Lo siento, pinché volviendo del trabajo hace unas semanas y era tan tarde, estaba tan cansada... tenía una presentación importante a las pocas horas y yo... dejé la rueda en el garaje... ¿Tom? —Su voz se tiñó de cierta angustia—. Olvidé reponer la rueda —confesó al fin dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

El aire soplaba con tanta fuerza que, por momentos, parecía que las ramas de los árboles fueran a precipitarse sobre sus cabezas, la ventisca arrastraba las hojas e incluso levantaba algunas nubes de arenisca. La temperatura había descendido al menos diez grados desde que salieron de casa de Beatrice Middleton, la abuela de Tom, que vivía en un rancho a unas cincuenta millas de donde se encontraban en ese momento. El cielo había oscurecido casi por completo y unas enormes nubes negras se cernían sobre sus cabezas.

—¡Cojonudo!

—Tom, prometiste que no te enfadarías.

—No, no, no, no... —negó repetidamente haciendo aspavientos con ambos brazos—. No hagas lo mismo de siempre, no des la vuelta a las cosas. ¡Maldita sea!

—Y tú... tú —dijo mientras le señalaba con un dedo—, no me eches la culpa de todo.

—Que ¿no te eche la culpa? —soltó en un gruñido—. Olivia estamos en mitad de la nada, porque no has querido pasar la noche en el rancho, en una carretera que te has empeñado en coger porque ahorraríamos unas cuantas

millas... ¡Unas cuantas millas! —exclamó con desesperación—. No nos hemos cruzado con ningún otro vehículo en horas, estamos tirados en el arcén sin rueda de recambio y... y...

—Y, y... ¿qué? —soltó en un bufido.

—Hace un frío de mil demonios y tú... —su voz se suavizó mientras se acercaba a ella con la americana, que había recogido del maletero, en el brazo— estás temblando —añadió mientras echaba la chaqueta por los hombros de ella.

—Tom, lo siento —se disculpó en un susurro y carraspeó tratando de evitar que su voz se rompiera—, siempre fui un desastre con todas estas cosas.

—Vamos mujer, eso le puede pasar a cualquiera —repuso, tratando de animarla.

—No, a todos no —forzó una sonrisa—, eso es algo que jamás le pasaría al previsor Thomas Lester.

—Haces que parezca aburrido —se quejó mientras la sostenía del codo y regresaban al interior del coche.

—No quise decir eso.

—Lo sé —aseguró al tiempo que rebuscaba en la bandeja del salpicadero su teléfono móvil—. ¡Mierda!

—¿Qué?

—Pues que el previsor Thomas Lester, no parece serlo tanto... —Le mostró la pantalla—. Sin batería.

—Dame mi bolso —le apremió, y cuando se lo tendió ella empezó a rebuscar en su interior hasta dar con el suyo, marcó varias veces el número de emergencias, pero no daba señal de llamada, Olivia deslizó el dedo por la pantalla, y movió el teléfono en distintas direcciones—. Nada —dijo al fin, dándose por vencida—, no hay cobertura.

—¿En serio? —preguntó Tom, arrebatándoselo de la mano, para comprobar al cabo de unos instantes que, efectivamente, el marcador de la cobertura no mostraba ni una mísera raya— ¡Joder!

—Tom, ¿qué vamos a hacer?

—Hace un par de millas vi un cartel —entrecerró los ojos—, no recuerdo el nombre del pueblo o quizás era un restaurante o una gasolinera... No creo que esté muy lejos.

—¿Estás seguro? —preguntó ella no muy convencida.

—No, no lo estoy, pero no podemos quedarnos a pasar aquí la noche, en unas horas la temperatura bajará aún más y todo estará helado.

—Espero que tengas razón —suspiró mientras frotaba con suavidad el

gemelo de su pierna derecha con una de sus manos—, después de todo el día, estos tacones me están matando —confesó.

—¡Vaya!, no abandonas tus tacones ni para visitar un rancho —sentenció, ahogando una carcajada.

—Dice el que acude a los establos de su abuela vestido con traje de Armani —espetó haciendo una mueca.

—*Touché* —concedió, imitando el gesto de quitarse un imaginario sombrero.

Thomas puso el coche en marcha y empujando con fuerza mientras sostenía el volante logró que se desplazara unos cuantos metros para apartarlo de la carretera y dejarlo en un entrante de tierra. Tras tirar del freno de mano, echó un vistazo alrededor y se cercioró que estaba lo bastante alejado de la carretera y del arcén, ya que no había demasiada visibilidad y podría resultar un obstáculo peligroso. Y a pesar de la situación en que se encontraban no pudo evitar sonreír al darse cuenta de que era un gesto bastante inútil, pues la roca que les había interceptado el paso sí era un verdadero peligro, además parecía que por aquella carretera no hubiera circulado ningún vehículo de motor en años. Sacó las dos bolsas de viaje del maletero, tendió a Olivia su bolso de mano y el paquete de cigarrillos y se aseguró de que las puertas y las ventanillas estuvieran bien cerradas.

Abrió la cremallera de su equipaje y tras rebuscar en su interior, sacó un par de gruesos jerséis de lana, tendiéndole uno a ella. Olivia, estuvo tentada de rechazarlo aduciendo que estaba bien y que no lo necesitaba, pero en realidad se estaba quedando helada, así que se apresuró a ponérselo. Cuando le quiso devolver la americana, Thomas negó con un gesto de su cabeza e insistió para que se la quedara, pues tenía la impresión que su abrigo no sería suficiente grueso para soportar el frío si tardaban demasiado en encontrar algún refugio.

—¿Vamos?, yo cogeré tu bolsa —dijo colgándose ambos equipajes de su hombro.

—Sí, vamos. —Asintió, llevándose a los labios un nuevo cigarrillo.

Caminaron durante más de media hora por el arcén de aquella solitaria carretera y empezaron a sentir que el frío les calaba hasta los huesos. Olivia resbaló un par de veces sobre sus altos tacones y no llegó a caer porque Thomas, de rápidos reflejos, había estado ágil y había logrado sostenerla antes de que sus

posaderas dieran contra el duro suelo.

—Tom, ¿estás seguro que viste el indicador? —rezongó ella con voz quejumbrosa, el frío estaba provocando que apenas sintiera los dedos de sus manos.

—Sí, eso creo... o al menos lo estaba —respondió, pero no mostró demasiada firmeza en sus palabras—. ¿Estás bien?, ¿quieres que descansemos un momento?

—No, si me detengo ahora me temo que mis piernas se negarán a seguir avanzando.

Continuaron caminando por la serpenteante carretera. El bosque, a ambos lados, se había ido tornando más espeso y no dejaba ver más allá de esa primera línea de apretados árboles, el aire entre sus ramas producía un sonido sordo parecido al ulular de las lechuzas y una neblina empezó a levantarse casi a ras del suelo. Al girar en una de las curvas más cerradas, que solo dejaban ver un par de metros más allá, el paisaje cambió de repente, y un grueso manto blanco de nieve decoraba los laterales del camino, que se había abierto ligeramente haciéndose algo más amplio. El espeso bosque era aquí una sucesión de altos y erguidos abetos que parecían haber sido plantados con un tiralíneas, perfectamente alineados, como soldados engalanados antes de pasar revista. Pequeños copos de nieve empezaron a cuajar sobre sus cabezas y aunque no podrían asegurarlo parecía escucharse una melodía, muy lejana, que recordaba a alguna de esas tradicionales canciones navideñas que suelen cantar los niños. El aire había dejado de oler a humedad y estaba impregnado por un delicioso aroma de leña quemada, tras las copas de los pinos más altos, no muy lejos de aquella última curva, ascendían hacia el oscuro cielo varias columnas de humo de algunas chimeneas.

—¡Mira! —exclamó Thomas señalando hacia la izquierda, al otro lado de la carretera, donde se abría un valle entre las montañas, totalmente teñido de blanco y salpicado del verde de los árboles y el rojizo de los tejados, algunas luces intermitentes iluminaban las fachadas de varias casas.

—¿Qué? —preguntó ella sin ver nada, y aunque lo intentaba, la nieve que había empezado a caer de forma más copiosa no le dejaba distinguir con claridad.

—Allí —insistió Tom, sosteniéndola por la cintura mientras cruzaban la

carretera—, al otro lado de ese puente de piedra.

Cuando Olivia giró la cabeza hacia el punto que le señalaba, descubrió uno de esos paisajes parecidos a los que se describen en los cuentos de hadas, el angosto valle parecía mecerse por el viento, acunado entre montañas, y medio centenar de casitas aparecían coronadas por tejados de un rojo atenuado debido a la nieve que casi cubría sus vetustas tejas, destellos de luces rojas, verdes y blancas, provenientes del enorme abeto decorado con guirnaldas, se reflejaban en los cristales y sobre el puente de piedra que se erguía sobre un helado riachuelo, unas letras luminosas daban la bienvenida a Lasthope Town.

—¡Oh, es precioso! —exclamó Olivia, tapando su boca con una de las manos —, parece una de esas postales de Navidad que tanto te gustan.

—Vamos, buscaremos una cafetería donde comer algo y llamar a una grúa.

—Sí, necesito entrar en calor.

—¡Pues venga, en marcha!, no quiero que me acuses de pillar un resfriado —añadió, pero ella pareció no oírle, o quizás no quiso hacerle caso, pues ya se había adelantado unos pasos.

Atravesaron el puente y se internaron en la que parecía la calle principal del pueblo, continuaron caminando y tras unos minutos llegaron a una gran plaza rodeada de un seto exquisitamente cortado en zigzag. Algunos niños se entretenían haciendo un muñeco de nieve y otros se dedicaban a lanzarse bolas o tirarse en trineo por una pequeña pendiente. En una de las esquinas de la plaza habían montado una caseta de madera de donde salía un delicioso olor a castañas asadas y un par de sonrientes mujeres preparaban en una enorme olla algún tipo de bebida que parecía ponche. Cruzaron la plaza y se dirigieron a una cafetería decorada con ramas de acebo y enormes lazos verdes y granates que enmarcaban los ventanales de madera y cristal, desde el interior se oían risas y parecía que un coro de angelicales voces estuviera ensayando alguna melodía navideña.

El tintineo de unas alegres campanillas sonó al abrir la puerta y la calidez del ambiente les envolvió de inmediato, el olor a leña ardiendo en la chimenea y a café recién hecho les reconfortó, incluso antes de sentarse en los bancos frente a una de las mesas, donde destacaba un centro de acebo y velas encendidas que desprendían un agradable aroma a vainilla y canela.

—Buenas noches —saludó una solícita y sonriente camarera que se acercó a

su mesa apenas habían tomado asiento— ¡Bienvenidos al Sugar Dreams! ¿Un poco de café mientras consultan la carta? —ofreció mostrando una jarra de cristal medio llena del intenso líquido negro.

—Sí, muchas gracias —asintió de inmediato Olivia, deseosa de entrar en calor—, con un poco de leche y azúcar, por favor —la camarera les acercó una jarrita de porcelana decorada con pequeños renos, idénticos a los dibujos que decoraban también las tazas y un azucarero, cuya tapa de porcelana también era una cabeza del mismo animal con un divertido gorro rojo con borla blanca—. Y uno solo para él, sin azúcar, por favor —añadió Olivia, mientras llevaba la taza a sus labios y bebía a pequeños sorbos.

—Señorita —Thomas llamó la atención de la camarera, que se había girado hacia la mesa de al lado, para rellenar las tazas de café de una pareja de jóvenes que se miraba a los ojos y se dedicaba confidencias en voz baja, casi en susurros, como si se tratara de su primera cita.

—Sí señor, ¿quiere que les tome nota?

—Ah, no, todavía no hemos elegido —repuso mientras le pasaba la carta a su acompañante—. Hemos tenido un percance a unas cuantas millas, tuvimos que dejar el coche en la carretera, se reventó una rueda —aclaró—. ¿Sabe si por aquí hay algún taller de guardia? Un servicio de grúa, quizás...

—Oh, ustedes no son de por aquí, ¿verdad? —preguntó Karen, que así se llamaba la joven según pudieron ver en la pequeña placa metálica prendida a su delantal de color granate.

—No, somos de Nueva York —confirmó Olivia.

—Verán, aquí en Lasthope Town no hay ningún taller mecánico, el más cercano está en el pueblo de al lado.

—¡Perfecto! —interrumpió Thomas—. Podemos acercarnos andando o...

—No, no —atajó Karen mientras ponía un poco más de café en la taza de Olivia—, el pueblo más cercano está a 35 millas y antes de que lo pregunte —añadió ante el gesto de impaciencia de Thomas— el taller mecánico y todas las tiendas estarán cerradas hasta el lunes, después de Navidad.

—¿¡El mecánico está cerrado!?! —exclamó Olivia, sin poder evitar elevar el tono de voz —, pero ¡hoy es viernes!

—Claro, todo está cerrado —explicó Karen, mirando a ambos alternativamente—. Es Navidad —añadió con gran vehemencia, como si no necesitara exponer ninguna otra razón cuando ofrecía la más poderosa del mundo.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer? —preguntó Olivia inquieta, haciendo a un

lado la carta.

—Está bien, no pasa nada —razonó Thomas manteniendo la calma—, llamaré a Betty y que nos envíe al capataz o a alguno de sus muchachos con una furgoneta, déjame el móvil —añadió alargando la mano hacia Olivia.

—Sí, supongo que será lo mejor —convino ella.

—Oh —se lamentó Karen— me temo que no podrá usarlo, no hay cobertura en todo el pueblo.

—Por el amor de Dios —exclamó Olivia con un deje de desesperación en su voz—, pues llamaremos desde un teléfono fijo, ¿podemos usar el suyo? —preguntó señalando hacia una repisa tras la barra.

—No saben cuánto lo lamento, pero llevamos 3 o 4 días sin línea...

—Claro, y no me lo diga, no podrán repararlo hasta el lunes, ¿no?

—Me temo que no —confirmó la camarera exhibiendo un gesto de pena en su rostro—. La compañía de teléfono aseguró que no contaban con suficientes efectivos, ya sabe...

—Por supuesto... —repuso Olivia—, es Navidad.

—¡Claro! —asintió la joven volviendo a exhibir su bonita sonrisa—, son fechas para estar con la familia. Ustedes han tenido suerte —añadió mirando la bonita sortija que Olivia llevaba en su dedo anular— al menos están juntos.

—Oh no, no... —empezó a negar mientras hacía girar la sortija entre sus dedos, al darse cuenta del error que estaba cometiendo la camarera al pensar que ellos dos eran una pareja, pero no le dio tiempo a poder atajar la confusión.

—¡Kareeeeeeeeeeeen! —un hombre de mediana edad y de aspecto bonachón reclamó la presencia de la camarera desde la cocina.

—Perdonen, en seguida vuelvo a tomarles nota —se disculpó—. Pueden pasar la noche en el Hostal de la Sra. Collins, hace tan solo un rato estuvo por aquí y comentó que todavía le quedaban habitaciones —y corrió hacia la cocina desde donde la misma voz masculina la reclamaba de nuevo.

—¡Vaya! —la voz de Thomas resultó extrañamente jocosa— ha pensado que estamos casados. ¿Por qué sigues llevando el anillo? —quiso saber.

—No quise tener que mentir de nuevo a la abuela, y fingir que lo había perdido como el año pasado —se defendió ella.

Dieron buena cuenta de una cena sencilla, pero deliciosa mientras escuchaban cómo el pequeño coro de voces infantiles seguía con sus ensayos y sus risas, que se confundían a menudo con las del director, otro muchacho que no parecía ser mucho mayor que ellos. Después de pagar la cuenta, en el momento que se

levantaban para salir de la cafetería, un par de niñas bajaron del escenario y se acercaron hasta ellos haciendo sonar unas campanillas y tendiendo una caja de metal en cuyo interior tintineaban algunas monedas. Thomas separó un par de billetes de su cartera y los dejó caer en el interior de la improvisada hucha.

—Muchas gracias señor —se adelantó una preciosa criatura de unos siete años, que exhibía una beatífica sonrisa y cuyos cabellos dorados, peinados en dos gruesas trenzas, alcanzaban su cintura—, es para comprar un regalo a los gemelos de la Sra. Taylor.

—Ah, qué precioso detalle —repuso Olivia acariciando su mejilla—. ¿Es su cumpleaños?

—No —aclaró otra de las niñas de cabellos rizados y tan rojizos como el fuego que ardía en la chimenea— acaban de nacer y todavía no nos dejan jugar con ellos —añadió apenada—, por eso no queremos que se aburran y les vamos a comprar algunos juguetes.

—Seguro que estarán encantados. —Intervino Thomas, sin poder evitar que se le escapara la risa.

Salieron de nuevo al exterior, ambos elevaron el cuello de sus abrigos e introdujeron las manos en los bolsillos tratando de preservar la agradable temperatura del interior del local. Continuaron por la calle principal, pisando con cuidado las empedradas aceras, siguiendo las indicaciones que les había dado la camarera, quien les había invitado a que asistieran a la comida de Navidad que celebrarían todos los vecinos al día siguiente en el local parroquial, y aunque trataron de declinar el ofrecimiento, la insistencia de Karen para que no pasaran solos un día tan señalado acabó por convencerles. Al final de la calle, tras recorrer varias manzanas y otras dos plazas ajardinadas, encontraron la casa más grande y bonita de todo Lasthope Town, tal como se la habían descrito los clientes de la cafetería, que se ofrecieron a enseñarles el pueblo a la mañana siguiente e incluso insistieron para que se animaran a tomar parte en todas las actividades que habían estado preparando desde hacía tiempo para celebrar el día de Navidad.

Un pequeño muro de piedra rodeaba el jardín delantero donde, a pesar de la capa de nieve, podía distinguirse una elegante y cuidada decoración de navidad, con unos pequeños duendes flanqueando el serpenteante camino de losetas que llevaba a la entrada y en uno de los laterales, junto a un robusto banco de madera, se adivinaban las estatuas de unos majestuosos renos. En la fachada, dos

farolas de hierro forjado que emitían una luz amarillenta, dotaban al paisaje de una calidez que invitaba a atravesar el jardín y cruzar las engalanadas puertas. Desde fuera se podía ver un mostrador de donde colgaban guirnaldas de color granate y otras de un intenso verde esmeralda, la luz de cientos de velas confería al ambiente un carácter casi mágico. Desde la puerta de la casa de huéspedes y bajo el elegante cartel que se anunciaba como “Traveler’s Sweet Home” se alcanzaba a ver un trineo antiguo.

Al adentrarse en la recepción de lo que parecía un pequeño hotel familiar, se oyó el tintineo de una campanilla que pareció transportarles a otra época. Al igual que el exterior, todo estaba exquisitamente decorado con motivos navideños: estrellas, copos de nieve, guirnaldas, velas adornadas con lazos dorados, ramas de muérdago y al fondo, en un amplio salón, se erigía un abeto engalanado con espumillón blanco y preciosas figuras de finísimo cristal tallado y bolas de vidrio ahumado en colores pálidos. Avanzaron hasta el mostrador de madera de recepción y Thomas dio varios golpecitos con la palma de la mano sobre un timbre de brillante latón. Tras la puerta, decorada con esponjoso algodón simulando un paisaje nevado, les llegó la agradable y dulce voz de una mujer de avanzada edad, cuando se abrió, apareció una mujer menuda, elegantemente vestida con un traje de chaqueta de tweed gris, algo pasado de moda, sus cabellos de color ceniza estaban pulcramente sujetos en un elaborado moño bajo, su mirada teñida de un profundo color azul era luminosa y mucho más juvenil de lo que su voz había anunciado y nada más verlos les obsequió con una franca sonrisa.

—Pero muchachos —dijo mientras eliminaba una imaginaria arruga de su manga— ¿cómo se os ocurre salir en una noche como esta?

—Sufrimos un accidente a unas millas de aquí. Nada grave —se apresuró a añadir Olivia ante el gesto preocupado de la anciana.

—Karen, la chica de la cafetería nos dijo que tiene habitaciones.

—Así es —confirmó la mujer.

—Estupendo, pues necesitamos dos individuales —Informó Thomas, mientras dejaba las bolsas de viaje en el suelo.

—Oh, cuanto lo siento —Se lamentó la mujer mientras miraba las anotaciones en una gran libreta que reposaba sobre el mostrador—. Me temo que solo nos queda una habitación doble, la de la buhardilla. Tiene una amplísima cama de matrimonio, baño completo y una pequeña terraza cubierta, con vistas al lago helado.

—Ah pero... —Thomas se mostró vacilante.

—No importa, nos la quedamos —atajó Olivia.

—Pues la habitación está preparada, de hecho, incluso la chimenea está encendida.

—Muchas gracias...ahhhh —Olivia se vio interrumpida por la agradable anciana.

—Soy la Señora Collins —dijo tendiéndoles un llavero de madera con una llave de hierro que parecía algo pesada—. La buhardilla tiene acceso directo desde la parte de atrás —les explicó—, por si salen a dar un paseo bajo la luz de la luna y llegan tarde —añadió bajando la voz, como si les explicara una confidencia—. El desayuno se sirve a las 7.

—¿Necesita nuestros datos? —le ofreció Thomas—. ¿Una tarjeta de crédito?

—¡Por supuesto que no! —exclamó la Sra. Collins—, tan solo vuestros nombres...

—Yo soy Thomas Lester —dudó un instante— y ella... Olivia —dijo mientras se estrechaban la mano.

—Estaréis cansados, subid las escaleras, al final del segundo tramo, no tiene pérdida.

—Buenas noches Sra. Collins —dijeron ambos mientras empezaron a subir los escalones.

—Buenas noches muchachos —respondió la anciana—. Espero que sean las mejores Navidades de vuestra vida —les deseó en un tono algo más bajo, que ellos no alcanzaron a escuchar.

Subieron hasta la segunda planta y al final del corredor continuaron ascendiendo los dos tramos de escalera que les separaban de la buhardilla, Thomas abrió la pesada puerta y cedió el paso a Olivia que buscó a tientas sobre la pared el interruptor de la luz. Depositó las bolsas de viaje sobre un baúl antiguo y dejó la llave en la cerradura. La estancia era muy amplia, ocupaba casi la totalidad de la planta, menos el espacio que habían acondicionado como terraza interior acristalada desde donde, tal como les había explicado la Sra. Collins, se podía contemplar una hermosa estampa invernal del lago, que aparecía completamente helado bañado por la tenue luz de la luna. La imagen casi parecía irreal, como en una de esas acuarelas antiguas. La enorme cama de matrimonio presidía la habitación en medio de dos altas mesillas de noche. Por uno de los laterales se accedía al baño y justo en el rincón contrario el fuego crepitaba en la chimenea, donde habían dispuesto un amplio sofá y dos cómodos

sillones de lectura, entre ambos se situaba una mesa baja y robusta sobre la que reposaba una bandeja con dos servicios de té y un hervidor de agua.

—¿Cómo...? —Empezó a decir Olivia mientras observaba la cama, y paseaba la mirada por el resto de la habitación.

—Yo dormiré en el sofá —interrumpió él, mientras se deshacía de su abrigo y lo colgaba en el perchero de la entrada.

—Siempre fuiste un caballero... —Sonrió ella imitándole y cediéndole el suyo.

—Pero tú nunca quisiste ser una princesa en apuros.

—Está claro que no —convino ella soltando una carcajada.

—La última vez que me dejaste rescatarte —entrecerró los ojos como si ese simple gesto hiciera más fácil devolverle la visión nítida de un recuerdo—, debíamos estar en la universidad, ¿cómo se llamaba aquel tipo tan pesado...?

—¡Ahhhh no me lo recuerdes! —pidió Olivia, mientras sacaba un pijama de su bolsa—, pero entonces tú y yo no teníamos nada, ni siquiera salíamos juntos...

—Bueno, habla por ti —dijo Thomas torciendo el gesto en una mueca— yo llevaba más de dos semestres loco por tus huesos y ya sabía que serías mi esposa.

—Tom... —El gesto de ella se tornó triste.

—No pasa nada, solo que...

—¿Qué? —preguntó ella deteniéndose en la puerta del lavabo antes de entrar a cambiarse.

—No todo fue tan malo... fuimos felices.

—Sí lo fuimos, pero bueno... todo acaba —respondió ella en un susurro y desapareció tras la puerta.

Thomas sonrió con tristeza mientras se desnudaba y se ponía su pijama, su mirada se perdió en la lejanía, tras los amplios ventanales, negando con la cabeza mientras desde el lavabo le llegaba el rumor del agua. En esos dos años había echado de menos justo esos momentos al lado de su esposa, los momentos cotidianos, esos que parecen insignificantes mientras están pasando, cómo se cepillaba su sedosa melena mientras él se lavaba los dientes, la forma delicada de ponerse las medias, cómo se dejaba caer sobre su regazo y escondía sus pies bajo la manta aquellas frías tardes de invierno cuando estaban recién casados y apenas habían podido comprar muebles para su pequeño apartamento, el suave

beso de despedida cuando se separaban por la mañana para ir al trabajo en direcciones distintas. Recordaba cómo le gustaba observarla mientras se pintaba las uñas con aquel color granate intenso, o cómo soplaba sobre el barniz para que se secase antes, a pesar de que él le dijera que lo único que hacía era humedecerlas más, extrañaba esa forma sutil de juntar sus labios y dejar escapar el aire suavemente mientras movía las manos con los dedos estirados, incluso añoraba ver las flores frescas que ella dejaba todos los sábados en el jarrón de la cocina y que ahora ya nadie se ocupaba de cambiar.

La extrañaba tanto, tanto... pero eso era algo que se había prometido guardar para sí. Ella merecía ser feliz, aunque fuera lejos de él y tuviera que pasar el resto de sus días echándola de menos.

—Buenas noches —dijo Olivia al salir del baño y meterse en la cama.

—Buenas noches —respondió Thomas apagando la luz de la habitación.

Cuando el sol empezó a despuntar en el horizonte, sus débiles rayos alcanzaron los cristales de la habitación más alta de la pensión de la Sra. Collins, donde Thomas y Olivia empezaban a desperezarse. Usaron el baño por turnos y antes de las siete bajaron a desayunar. El día era muy frío, y aunque el cielo estaba despejado, los rayos de sol eran demasiado débiles como para hacer ascender un poco la temperatura. Desde el comedor, mientras degustaban un copioso desayuno, podían ver los carámbanos de hielo que colgaban de los tejados de las casas del otro lado de la calle. Thomas echó un vistazo al periódico local de hacía varios días, entretanto Olivia encendió su móvil para comprobar, por enésima vez, que no había cobertura.

—¡Mierda! —exclamó guardándolo de nuevo en el bolsillo de su jersey de gruesa lana.

—Vamos, será mejor que tratemos de pasar el día lo mejor que podamos.

—¡Sí es fantástico!, déjame que piense, podemos elegir entre... ¡Ah no!, se me olvidaba que por aquí no hay absolutamente nada que hacer. —Se levantó de repente y cogió su abrigo para salir a la calle. Thomas la siguió fuera, y mientras le tendía un gorro y unos guantes, se ajustó la cremallera de su chaquetón.

—Venga —animó con su jovial tono de voz—, demos un paseo.

—Claro, ¡qué remedio! —Pareció resignarse ella—. Al menos quizás parezca que el tiempo transcurre algo más rápido.

—Olivia...

—No, déjalo —cortó ella tajante— ni se te ocurra decirme que lo sientes.

—No pensaba hacerlo. —Negó entrecerrando los ojos, sin tratar de disimular cierto tinte socarrón en su voz.

—Bufff—resopló—. Eres imposible.

—Espero que quieras decir imposiblemente irresistible.

—Mejor vamos a dejarlo —respondió ella sin poder evitar esbozar media sonrisa al mirarlo de soslayo.

Iniciaron un agradable paseo por las empedradas calles del pintoresco pueblo, no tenían prisa pues eran conscientes de que no tenían ninguna otra cosa que hacer, y aquello era tan diferente a la frenética vida que llevaban en la ciudad, que se permitieron el lujo de disfrutar de la caminata y llenar sus pulmones de un aire tan puro como frío. Se detuvieron a ver los escaparates de las tiendas, situadas en los bajos de las casas, y casi todas ellas dedicadas a la artesanía. Cada escaparate, cada puerta y ventana de cada casa anunciaba mediante sus adornos y guirnaldas que estaban en Navidad. Los vecinos con los que se cruzaban les saludaban con amabilidad, sin que tuvieran la sensación de que se detuvieran a cuchichear a sus espaldas. Continuaron caminando hasta llegar al lago, donde un grupo de niños estaba patinando. En uno de los bancos situado cerca de la orilla reposaban más de dos docenas de patines, uno de los niños les aseguró que siempre se dejaban allí, para que todos pudieran usarlos.

—¿Quieres que patinemos un rato? —propuso Thomas.

—¿Qué?, ¿patinar? —preguntó ella soltando una carcajada—. ¿Estás loco?, hace años que no patino.

—Venga, será divertido —insistió sin atender a su negativa, mientras buscaba unos patines de su número y se los ofrecía—. ¡Oh! Libby, no seas aguafiestas...

—Ahhh, bueno, yo... —cogió los patines que le ofrecía y se sentó en el banco de madera para calzárselos—, es solo... hacía años que no me llamabas así... —dijo con una extraña sensación.

—Sí, perdona, no pensé —respondió mientras tiraba de los cordones para sujetarse el patín derecho y se ponía en pie dando ligeros golpecitos con los talones—. ¡Perfecto! Vamos —añadió tendiéndole la mano.

—Tom, de veras que hace años que no... Oh —resbaló, pero el cuerpo de Thomas frenó su avance, y sus brazos, una más que posible caída—. No debí hacerte caso —aseguró entre risas sujetándose con fuerza a su mano.

Se deslizaron por la pista durante más de media hora cogidos de la mano, evitando más de un resbalón, ella avanzaba al principio con cautela, hasta que superó el temor, y la firmeza de Thomas sujetando su mano le dio la suficiente confianza. Una hora después utilizaban toda la extensión del lago deslizándose a mayor velocidad, hacia delante y hacia atrás, arriesgándose a dar pequeños saltos o hacer pequeñas piruetas. Jugaron con los niños, a los que sorteaban en sus carreras mucho más erráticas, y junto con ellos se acercaban hasta la orilla para aprovisionarse de bolas de nieve que lanzaron en más de una batalla o para dejarse caer de espaldas sobre el mullido manto blanco y dibujar ángeles de nieve, agitando sus piernas y sus brazos. La risa de ambos se confundía entre otras más infantiles, gritos, carcajadas, apuestas... disfrutaron de su mutua compañía y de conversaciones intrascendentes como hacía mucho tiempo que no tenían.

—Estoy agotada —anunció Olivia con la respiración entrecortada.

—Está bien, regresemos al banco para dejar los patines —Y Thomas inició una veloz carrera hasta la orilla seguido de Olivia, que no lograba darle alcance.

Se quitaron los patines y volvieron a calzarse sus botas, aceptaron una taza de chocolate caliente que una de las mujeres del pueblo les ofreció, había llevado en su furgoneta una gran olla rebotante de cacao caliente para los niños y para todo aquel que no pudiera resistirse a la tentación de degustar la deliciosa bebida. Helen Mirror, que así se llamaba la amable esposa del dueño de la cafetería, les invitó también a pasar más tarde por la parroquia, donde se serviría la comida para todos los vecinos.

Una niña de dorados cabellos pidió a Olivia que le ayudara a recomponer su peinado tendiéndole un lazo y mostrando una de sus trenzas, que se había deshecho, les explicó que Dany, un muchacho pelirrojo y con la cara llena de pecas, de unos ocho años, que les miraba enfurruñado a cierta distancia, había estirado de su cabello y no sabía peinarse sola. Olivia utilizó sus propios dedos a modo de peine, y con suma delicadeza empezó a ordenar los mechones de pelo y trenzarlo de nuevo. Thomas la observaba ensimismado, sin poder retirar la mirada de esa sencilla escena, hacía años que no veía en los ojos de su esposa, no se acostumbraba a pensar en ella como su ex, ese brillo que mostraban ahora, jamás la había visto más hermosa, con las mejillas sonrosadas por el ejercicio y el aire helado, a pesar de no llevar ni un gramo de maquillaje, ni ninguno de sus caros vestidos de alguna de esas exclusivas tiendas de Manhattan, desprovista de

sus altísimos tacones, con ese sencillo jersey grueso de lana cubierto por el anorak un par de tallas más grande, que le había dejado la Sra. Collins para que no se resfriara.

Se despidieron de los niños entre risas, los muchachos tenían la suficiente energía como para continuar patinando y librando guerras de nieve durante horas. Se dirigieron calle arriba, hacia el centro del pueblo, Olivia que iba distraída admirando las figuras de fino cristal que adornaban una fuente de cuyos caños pendían estelas de agua congelada, resbaló en una placa de hielo y se precipitó contra el suelo.

—Auchhhhhhhhhhhhhhh —se quejó mientras presionaba su tobillo izquierdo con las manos, tratando de ponerse en pie.

—Libby, ¡no te muevas! —advirtió—. Deja que eche un vistazo —repuso arrodillándose a su lado para palpar su pie. Después de bajar la cremallera de su bota y presionar con los dedos las articulaciones y la zona exterior del tobillo que empezaba a hincharse, negó con la cabeza—. No está roto, solo es una torcedura, pero será mejor que no lo muevas durante un buen rato.

—Y ¿propones que me quede aquí tirada? —preguntó con fingido malestar, sin que su voz mostrara pesar alguno— o ¿puedo levantarme y descansar en uno de esos bancos?

—Ah no, por supuesto que no te quedarás aquí tirada, pero no puedes descansar, que llegamos tarde a la representación del coro —Entrecerró los ojos tratando de recordar—. En el granero del Sr. Peters, a las 12, eso dijeron... Así que... no me queda otro remedio que...

—Tom... Thomas Lester, ¿en qué estás pensando? Ah no, —negó tratando de echarse hacia atrás sobre la nieve, adivinando sus intenciones.

—No queda otro remedio —dijo levantándose despacio para ponerse en cuclillas a su lado—. Cargaré contigo hasta el granero —sentenció. Y con un ágil movimiento la cogió en brazos.

—Oh vamos Tom, déjame en el suelo. —Pedía golpeando levemente su pecho—. Vamos Tom, que no somos unos adolescentes... ¡Oh por favor, todos nos están mirando! —Y escondió su cara sobre el mullido anorak de él, que continuaba caminando sin hacer el menor caso.

—¿Te acuerdas? —La pregunta surgió de su garganta como si arañara.

—¿Cómo lo iba a olvidar? —respondió sin despegar la frente de su pecho—. Estábamos en el último curso de universidad, salimos al lago a patinar y también me torcí el tobillo... Cargaste conmigo por todo el campus hasta mi habitación

en el pabellón de las chicas.

—Fueron las mejores navidades de mi vida...

—Thomas, yo... —Empezó a decir elevando su frente para mirarle a los ojos, donde descubrió un atisbo de tristeza.

—Lo sé, lo sé —dijo exhibiendo su perfecta sonrisa, solo él sabía lo que le costaba, a veces, que permaneciera por mucho tiempo en su cara—, todo aquello pasó, ha quedado atrás, tenemos otra vida, tú vas a casarte...

—¡Oh no! —exclamó Olivia cuando atravesaron una plaza mucho más pequeña que la plaza principal del pueblo, que habían transformado en una bella estampa navideña, con uno de los abetos engalanados con luces blancas y un trineo tirado por renos y conducido por un alegre Santa Claus de cartón piedra. Muchos paquetes envueltos con alegres colores y adornados con enormes lazos estaban depositados bajo el árbol.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom, mientras frenaba el paso— ¿Te duele mucho?, ¿quieres que busquemos al médico?

—Ah no, no... no es nada —negó Olivia mientras trataba de no escuchar la canción navideña que sonaba por los altavoces del pueblo, una pegadiza melodía que George Michael puso de moda años atrás siendo el cantante de Wham. La misma que sonaba aquellas navidades en que Tom cargó con ella hasta su habitación y tras dejarla sobre la cama puso la rodilla en el suelo y le pidió que se casara con él. Fue en el último año como universitarios, y sí, fueron las navidades más felices que recordaba. ¿Por qué tenía que sonar la misma canción?

Cuando llegaron a la explanada frente al granero, los bancos ya estaban preparados para la actuación del coro infantil, todas las cabezas se giraron hacia ellos mientras asentían y sonreían en señal de aprobación, lejos de tener la sensación de estar incómoda Olivia se sintió muy arropada. Un hombre de mediana edad que fumaba en pipa se hizo a un lado cediendo parte del banco donde estaba sentado y Tom depositó a Olivia con cuidado haciendo que mantuviera la pierna estirada. La función dio inicio entre aplausos, los niños hicieron las delicias de todos los vecinos y mucho más de sus madres que los miraban embelesadas y llenas de orgullo. Tom no podía evitar mirar a Olivia de soslayo, en sus primeros años de noviazgo e incluso de matrimonio hablaron de tener hijos, después sus profesiones les absorbieron a ambos de tal modo que fueron posponiendo la decisión de ser padres, pero todavía eran jóvenes, aún les quedaban algunos años para alcanzar la cuarentena, sin embargo, todos los

planes se esfumaron cuando el desgaste hizo mella en su relación y ella decidió que lo mejor sería que sus vidas tomaran rumbos diferentes. Habían pasado dos años desde que aquella tarde de otoño ella le dijera que debían hablar. Aún lo recordaba como el peor momento de su vida, sabía que las cosas no iban del todo bien, que habían empezado a tener discusiones por pequeñas cosas, y que esas disputas y desencuentros se habían vuelto más habituales, que la relación se había tornado más fría y ya no solían reír por cualquier tontería como habían hecho siempre, pero no se esperaba aquel jarro de agua fría. Por supuesto, no puso problemas ni impedimentos, quería que ella fuera feliz, era lo único que había querido siempre, desde que la viera por primera vez en aquella conferencia en la facultad, justo al principio del semestre de su primer año. Fue una suerte que su abuela adorara a Olivia y que el sentimiento fuera recíproco, pues eso le sirvió de excusa para poder pasar con ella las primeras navidades después de firmar los papeles del divorcio, y este año, había sido su abuela la que se adelantó a su petición y les pidió que fueran a pasar con ella unos días por si eran sus últimas navidades. Su abuela tenía un don para conseguir siempre lo que quería, no había tenido valor para decirle que Olivia ya no era su esposa, ni para reconocer en voz alta que había perdido a quien más había amado en toda su vida.

La función terminó y todo el mundo se levantó de sus asientos camino de la parroquia. Un matrimonio muy anciano, que estaba sentado justo en el banco delante de ellos, se puso en pie despacio, su piel estaba arrugada y curtida por el tiempo, pero sujetaban sus manos como si fueran una pareja de adolescentes y sus miradas desprendían una ternura y un amor infinitos. Cuando Olivia bajó con cuidado la pierna hasta el suelo, vio que los ancianos ya se habían alejado unos metros y sobre el banco habían dejado olvidado un libro.

—¡Eh esperen! —Llamó su atención y los dos ancianos se dieron la vuelta al unísono, Olivia entrecerró los ojos pensando que de algún modo aquella pareja le resultaba muy familiar—. Se olvidan su libro —añadió cogiéndolo del banco para entregárselo.

—Ah querida, puedes quedártelo —Sonrió, su voz era amable y jovial, con ligero acento que le recordaba al neoyorkino— y ojalá su lectura os haga tan felices como nos ha hecho a nosotros durante los más de sesenta años que llevamos juntos. —Agitaron sus temblorosas manos y se alejaron despacio, con un caminar pausado, cogidos como cualquier pareja de enamorados.

—Oh, Tom... —exclamó cuando dio la vuelta al desgastado libro y leyó la

portada—. Dylan Thomas —añadió en un susurro.

—¡Qué casualidad! —repuso él chasqueando su lengua divertido—, precisamente fue el primer libro que me regalaste. —Ella asintió y cuando abrió las páginas al azar pudo leer «Y la muerte no tendrá dominio...», justo el poema preferido de ambos, un escalofrío recorrió su espalda.

Olivia tuvo que insistir varias veces que se encontraba bien y que el tobillo apenas le dolía y solo entonces Thomas aceptó que pudiera poner el pie en el suelo de nuevo y así ir caminando poco a poco hasta la parroquia. Llegaron justo a tiempo para sentarse a la mesa y compartir con sus vecinos más cercanos una comida casera buenísima. Les explicaron que era tradición que todas las mujeres del pueblo colaboraran en la comida navideña y aportaran su trabajo preparando los platos más típicos y tradicionales. Olivia no pudo evitar que le asaltara el recuerdo de sus primeras navidades una vez casados, intentó hacer un asado que quedó seco, y el soufflé, que había cocinado de postre, resultó ser incomedible de lo dulce que había quedado, aun y así Tom no dijo nada. El año siguiente fue ella misma quien propuso pasar las navidades de nuevo en el rancho, y fue una decisión de la que no se había arrepentido nunca, pues siempre que recordaba aquellos días no podía evitar que una sonrisa asomara a sus labios. Las horas transcurrieron despacio, pero de una forma agradable, en ningún momento se sintieron extraños o fuera de lugar, a pesar de que, a priori, no parecieran tener nada en común con su ritmo de vida acelerado y sin tiempo para detenerse un momento para tratar de conocer a los vecinos del edificio, o intimar con los compañeros de trabajo. Permanecieron largo rato sentados a la mesa, tras el café sirvieron licores y pastas caseras, y todos participaron de la alegría y del bullicio de los más pequeños cantando villancicos, contando historias y antiguas leyendas.

Al caer la tarde empezó a refrescar y Tom, de un modo natural y casi inconsciente, pasó su brazo por los hombros de Olivia friccionándolos con suavidad para hacerla entrar en calor. Los jóvenes solteros del pueblo encendieron una hoguera y asaron nubes de algodón y castañas. Karen, la camarera que habían conocido la noche anterior, les ofreció ponche, que habían preparado las mujeres durante la mañana. Los vecinos de Lasthope Town les hicieron sentir como si estuvieran en su propia casa, eran gentes amables y sencillas que desde el primer momento les trataron como si fueran de la familia. Al oscurecer y caer la noche, avivaron el fuego de la hoguera y los muchachos se

encargaron de encender cientos de farolillos de luz y velas de colores. Sirvieron una cena fría a base de fiambre, pan casero y queso, para todos aquellos que quisieran tomar algo mientras una orquesta, formada por los propios vecinos, se encargaba de amenizar la noche de Navidad.

La luna brillaba en un cielo plagado de millones de estrellas, y el tiempo parecía que se había confabulado para que todo fuera perfecto, pues había dejado de nevar.

—¡Oh venga, corred! ¡El baile de las hadas!, ¡el baile de las hadas! — Palmotearon algunas muchachas.

—Precioso nombre para una danza —convino Olivia.

—Bailemos —propuso Tom, tirando suavemente de ella y sujetando su cintura. Y sin apenas darse cuenta continuaron girando entre las demás parejas durante un buen rato.

—Al final se sueltan globos cargados de purpurina y confeti plateado y cuando empieza a caer desde el cielo parece que cientos de hadas estén batiendo sus alas a la vez —explicó Karen, al pasar por su lado—. La leyenda dice que las parejas que toman parte del baile no se separan nunca.

—Oh vaya —cortó Olivia de repente—, se ha hecho tarde y estoy un poco cansada.

Unos gritos de mujer, que provenían de la orilla del lago, les sobresaltaron, pero antes de poder decir nada ni acertar a ver qué sucedía Tom echó a correr en su dirección y saltó a las gélidas aguas del lago, a los pocos segundos volvió a aparecer con un niño pequeño entre los brazos.

—Gracias señor —repetía una y otra vez la asustada madre mientras tapaba a su hijo con una manta que una mujer joven se apresuró a ofrecerle—, Samuel empezó a saltar sobre el hielo de la orilla y no me hizo caso cuando le dije que saliera —se lamentaba entre sollozos— y de pronto ha cedido... Gracias.

—No tiene importancia —repetía Tom aceptando otra manta y tratando de consolar a la asustada mujer.

—¡Tooooooom! ¿Estás bien? —Olivia se había quedado petrificada cuando le vio salir corriendo y lanzarse al agua—. Vamos, estás helado, te pondrás enfermo.

Cuando llegaron a la pensión y subieron a su habitación, Tom seguía tiritando, Olivia le ayudó a quitarse la ropa mojada que estaba acartonada debido a la temperatura y le preparó un baño caliente para que entrara en calor. Cuando salió del lavabo sus ojos brillaban y no paraba de estornudar, Olivia puso la mano en su frente y comprobó que estaba ardiendo, pero continuaba tiritando.

—No te preocupes, estoy bien —aseguró con dificultad, pues le castañeaban los dientes, mientras se dirigía al sofá para tumbarse.

—No seas bobo, dormiremos juntos, así podré controlar tu fiebre y entrarás antes en calor.

—¿Estás segura? —preguntó con cautela. No podía evitar que todo su cuerpo temblara como una hoja.

—Tom, estuvimos casados diez años —Retiró la funda nórdica y le instó a que se tumbara—. Incluso ya compartimos cama años antes —añadió metiéndose también bajo el edredón y apagando la luz.

Olivia pasó casi toda la noche en vela, no necesitaba ponerle el termómetro para saber que le había aumentado mucho la temperatura. Su frente ardía, pero al cabo de un rato su sudor se tornaba frío y temblaba con tanta fuerza que le provocaba convulsiones, por lo que Olivia se abrazó a él pegando su esbelto cuerpo al de Tom, tratando de proporcionarle calor.

Durante las siguientes veinticuatro horas Tom permaneció en la cama, entre convulsiones, estornudos y fiebre alta, tan alta que le hacía delirar y en su duerme vela hablaba en sueños, palabras que Olivia no alcanzaba a comprender, o al menos no todas. Verle en ese estado provocaba en ella una horrible desazón, no poder hacer nada por él más que estar a su lado y sujetar su mano que, por momentos, ardía más que las ascuas del fuego.

—Libby, te amo —repetía en susurros, mientras balbuceaba frases inconexas—. Te amaré siempre —decía en un hilo de voz casi imperceptible.

Olivia cuidó de él durante las siguientes horas, apenas se movió de su lado y comía alguna cosa de la bandeja que le llevaba la Sra. Collins. Le preparó las medicinas que recetó el doctor que le visitó durante la mañana, retiraba su sudor con una toalla mojada, y le quitó el pijama también empapado. Mientras pasaban las horas parecía que Tom se encontraba mejor, la tarde del domingo la fiebre remitió y dejó de delirar, pero continuaba temblando, así que volvieron a dormir

acurrucados. Durante la noche, el brazo de Tom rodeó su cintura y la estrechó con fuerza mientras escondía la cara en su pelo, ella fingió dormir, no rechazó su abrazo, y dejó que el sueño la venciera, acunada en el hueco que formaba su fornido cuerpo.

El lunes amaneció un día espléndido, Tom se despertó el primero, sus brazos rodeaban el cuerpo de Olivia, que dormía con placidez sobre su pecho, no quiso moverse, estuvo inmóvil más de una hora, deleitándose en la imagen de su esposa dormida, respirando de forma acompasada y la sintió suya, aunque fuera algo efímero e irreal, aun sabiendo que, en cuanto ella despertara, se desharía el hechizo de creerse de nuevo juntos y enamorados, «solo un momento más» pensaba Tom, que temía incluso respirar para poder prolongar ese instante. Cuando Olivia abrió los ojos descubrió los de Tom, fijos en ella, sonrió al comprobar con la palma de su mano que ya no tenía fiebre y en un gesto espontáneo besó sus labios.

Recogieron sus enseres en silencio. Tom quería decirle tantas cosas... pero se mantuvo en silencio, ella se casaría en año nuevo y él no tenía derecho a pedirle nada. Ella respetaba su silencio, tenía dudas, su boda estaba a la vuelta de la esquina, Logan era un buen hombre, pero... ese fin de semana con Tom lo había cambiado todo, le había hecho recordar lo felices que habían sido, sin embargo, tenía miedo de volver a intentarlo y que saliera mal, ahora eran amigos, siempre lo habían sido. Cuando estaban a punto de abandonar la habitación, Olivia vio sobre una de las butacas, frente a la gran chimenea, el viejo libro de poemas de Dylan Thomas, dudó unos instantes, pero al recordar el brillo en la mirada de aquella pareja de ancianos, sintió una punzada en el corazón y regresó a cogerlo.

La Sra. Collins les dijo que la grúa les esperaba junto a su coche en la carretera. Se despidieron de la mujer, y de algunos vecinos con los que se cruzaron. Cuando llegaron al pequeño puente de piedra que separaba ese mágico lugar del mundo real, Olivia no pudo evitar detenerse y mirar atrás. Los tejados rojos salpicados de nieve, las chimeneas escupiendo humo, y el olor dulzón que tenía el ambiente conformaban una estampa mágica que quería grabar en sus retinas. Sin duda, era un lugar único del que costaba partir.

—¿Estás bien? —Quiso saber Tom regresando a su lado y deteniéndose también en medio del puente.

—Sí, claro, vámonos.

—Debes tener ganas de llegar a Manhattan. —Y no pudo evitar que su tono de voz arrastrara cierta tristeza mal disimulada.

—Sí... —susurró no muy convencida.

Caminaron hasta el lugar donde habían dejado su coche días antes, tras unos cuantos minutos vieron aparecer la grúa que se detuvo, con un fuerte frenazo, en medio de la calzada. El hombre abrió la puerta para que pudieran subir mientras él cargaba su coche en la plataforma trasera.

—¡Vaya! Fue una pena que se quedaran tirados en el camino —dijo el conductor—. Ha hecho un tiempo endiablado, ¿dónde pasaron la noche?

—En la pensión del pueblo.

—¿Qué pueblo? —preguntó el hombre extrañado.

—Lasthope Town, justo ahí a la vuelta de esa curva pronunciada. —Señaló Tom.

—Ah, pero eso no es posible —Comenzó a decir el hombre rascándose la cabeza con una de las manos—. El único pueblo de los alrededores es Clovergreen y está a más de 40 minutos. Han tenido mucha suerte de que yo pasara de guardia por la carretera, no suele estar demasiado transitada.

—¿Qué? No puede ser —repuso Olivia—. ¡Pare!, deténgase, por favor.

El hombre de la grúa frenó en seco justo tras la curva que daba a un pequeño valle entre las montañas, un gran manto de nieve apenas dejaba ver un viejo y derrumbado puente de piedra. El paisaje, completamente blanco, tan solo se veía salpicado de vez en cuando por la verde copa de algún árbol. Olivia y Tom bajaron de la grúa y se quedaron atónitos mirando a ninguna parte.

—Pero... no puede ser, esto es... es...

—Quizás es más adelante —aventuró Tom—, quizás el tipo de la grúa se ha equivocado, puede que...

—Tom, es el mismo valle, mira el puente de piedra, solo que han desaparecido las calles, y las casas, ni siquiera hay cartel de bienvenida. No hay ninguna explicación para esto... —susurró asustada.

—Oh, bueno quizás sí la hay... —aventuró Tom.

—¿Cuál? ¿El pueblo ha sido abducido por un agujero negro en unos diez minutos? —No pudo evitar usar un tono sarcástico.

—¿Es que has perdido la fe en la Navidad?

—Oh vamos Tom... ¿no creerás?

—¿Por qué no? —preguntó con vehemencia.

—Vamos, porque... porque... Argggg —soltó un gruñido—. Porque estas cosas en la realidad no pasan. No existen los duendes, ni las hadas, ni mucho menos pueblos que aparecen y desaparecen del mapa solo para... para...

—Para darnos otra oportunidad —sentenció con tal convicción que Olivia no supo qué decir.

—Pero Tom —protestó, aunque la verdad es que no tenía ningún otro argumento

—¡Bendita magia navideña! —repuso Tom, atrapando sus manos—. Esto es una señal.

—Tom, ¡esto es de locos, es... es absurdo!

—Libby, no quiero que te separes de mí nunca más —dijo en un arrebató—. No sé qué ha pasado, ni quiero saberlo, solo sé que te amo —Y como si un rayo cruzara su mente de repente no pudo reprimir el impulso—. ¡Cásate conmigo!, te prometo que esta vez será diferente.

—¿Qué? —exclamó Olivia abriendo sus ojos desmesuradamente.

—¡Casémonos! ¿Quiénes somos para llevar la contraria a la Navidad?

—Last Hope Town... —musitó ella despacio, dejando que las palabras le arañaran el alma.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Última Esperanza... —repitió Olivia ampliando su sonrisa—. ¡Sí! sí, sí sí, quiero casarme contigo.

Ambos se miraron y se rindieron a la evidencia, quizás no podrían explicar nunca dónde habían pasado ese fin de semana, ni qué habían hecho esa Navidad que pasaría a convertirse, sin duda, en la mejor Navidad de su vida, pero no quisieron pensar nada más, ni hacerse más preguntas, decidieron dejarse llevar por el momento, por ese paisaje nevado que se extendía ante ellos hasta el valle, por ese instante mágico e irrepetible que permanecería por siempre en sus retinas.

Tom la estrechó entre sus brazos dispuesto a no dejarla escapar jamás, y sus labios se fundieron en un beso, largo, profundo, eterno.

Bajo su protección

*Por muy larga que sea la tormenta,  
el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes.*  
Khalil Gibran

Se veía obligada a hacer equilibrios sobre sus tacones debido al constante traqueteo del tren. Se miró en el espejo del minúsculo baño pasando los dedos por esa melena oscura que no reconocía, apenas podía identificar sus ojos claros bajo esas gafas de pasta que le habían obligado a ponerse y que escondían parte de su rostro. Se observó con detenimiento y tuvo que admitir que se veía totalmente distinta.

—Soy Elena Thompson —musitó—. Nací en Roseboom, Nueva York. Hija de Jane y Mark Thompson. A los doce años mi familia y yo nos mudamos a Canadá, donde viví hasta que me independicé para ir a la universidad de Nueva York. Después de terminar la...

Unos fuertes golpes en la puerta la sobresaltaron, haciendo que perdiera el hilo de sus recurrentes pensamientos. Tiró de la cadena, abrió el grifo y mojó su rostro con agua fría, antes de salir del pequeño habitáculo, al hacerlo se topó con unos ojos opacos que la escrutaban. Eran tan negros, que parecía que toda la oscuridad del mundo se había concentrado en ellos. Elena pasó al lado de ese hombre, por el estrecho pasillo, sin decir nada, y se dirigió de nuevo hacia su asiento, dejándose caer al lado de la ventanilla. Una vez acomodada de nuevo en la butaca que llevaba ocupando las últimas dos horas, fijó su mirada en el paisaje que se sucedía a gran velocidad. Apenas se dio cuenta del momento en que él se sentó de nuevo frente a ella. Elena deslizó de manera distraída, casi de forma automática, los dedos por su melena, se veía extraña en el reflejo que le ofrecía el cristal, no acababa de acostumbrarse.

Siempre había querido viajar, era uno de sus sueños, uno de esos que no se habían cumplido, como tantos otros. A sus veinticinco años nunca había salido de su pueblo natal, y ahora, sin embargo, ahí estaba, en ese tren camino de Nueva Orleans, a punto de iniciar una nueva vida. Ese viaje suponía el inicio del

final, a pesar de que se empeñaran en llamarlo «un nuevo comienzo», eso no era cierto, o al menos ella no podía sentirlo así. Casi sin pretenderlo paseó la mirada por el rostro del hombre sentado frente a ella, su pelo era corto y oscuro, sus ojos negros cual noche sin estrellas, y una cicatriz, poco profunda pero demasiado visible, recorría su mejilla derecha. Era muy alto, casi debía rozar el metro noventa y su cuerpo se veía, bajo la camisa, bien definido, posiblemente después de horas de gimnasio. Estaba concentrado en la lectura de un libro, a Elena le pudo la curiosidad y bajó un poco la cabeza para ver de cuál se trataba y lo reconoció al instante, no en vano había trabajado en la biblioteca de su pueblo... «¡No!» se reprendió de inmediato.

—Soy Elena Thompson —empezó a recitar en un susurro inaudible—, hija de Jane y Mark Thompson...

—Billete por favor. —La aguda voz del revisor la sacó de su peculiar mantra.

Elena rebuscó en los bolsillos exteriores de su bolso hasta encontrar el resguardo de ese billete impreso hacía semanas, pues ese había sido un viaje bien organizado, sin dejar nada al azar.

Lo alargó en su dirección y el revisor se lo devolvió después de examinarlo a conciencia, procedimiento que repitió con el billete de todos los pasajeros del vagón. Elena se entretuvo entonces observando a ese hombre que, a fuerza de la costumbre, parecía inmune a los movimientos irregulares del tren. Cuando desapareció por la portezuela al final del vagón, aún dejó su mirada perdida en ese mismo punto durante unos instantes, antes de volver a fijarla en el paisaje.

El trayecto que unía Nueva York con Nueva Orleans era largo, la noche transcurrió con lentitud, un nuevo día había despuntado, y aún quedaban algunas horas para llegar a su destino. Se movió inquieta en su asiento y trató de estirar las piernas, estaba cansada, había dormido mal, de hecho, no recordaba la última vez que había logrado dormir una noche entera, sin que las pesadillas acudieran a perturbar su descanso para atormentarla. Resultaba triste constatar que cuando al fin había tenido la oportunidad de viajar por primera vez, no había podido decidir ni el dónde, ni el cómo, ni el cuándo y mucho menos el porqué. Cerró los ojos dispuesta a dejar que las horas se sucedieran monótonas, una tras otra, hasta llegar finalmente al destino. No pudo evitar que las lágrimas anegaran sus ojos, pero no permitió que resbalaran por sus mejillas, logró reprimirlas, consiguió que se disiparan tras sus párpados, y a pesar de escuchar con claridad el carraspeo del hombre sentado frente a ella, no abrió los ojos, pues no quería

enfrentarse a esa transparente oscuridad.

Nueva Orleans, La Nouvelle-Orléans, la ciudad de la luna creciente, apareció a su mirada muy diferente a como la había imaginado siempre, muy distinta a la idea que se había forjado de ella, después de leer tantas historias sobre esa ciudad, y por extensión de todo el estado de Louisiana, ese profundo sur que había recreado en su imaginación tantas veces, mientras veía viejas películas o devoraba novelas que evocaban el aire nostálgico de otras épocas. En su cabeza se había formado la absurda idea de una fiesta permanente, un mardi grass perpetuo, con música y gente bailando en las calles, dando rienda suelta a sus impulsos y a los excesos. Pero no era así. Cuando Elena descendió del tren, la recibió una fina y persistente lluvia. En menos de cinco minutos ya había salido de la estación arrastrando su equipaje, mientras ese manto de agua seguía calándole la ropa. Apenas llevaba gran cosa en esa gran maleta que se había convertido en su fiel compañera de viaje desde que abandonara su casa, y mucho menos nada que tuviera algún valor sentimental para ella; solo algo de ropa recién comprada, algunas prendas incluso tenían todavía la etiqueta, un neceser y tres libros. Resultaba doloroso pararse a pensar que toda una vida pudiera encerrarse en tan poco espacio, reducirse de tal modo que incluso esas cosas pudieran resultar superfluas. Paró un taxi y al hacerlo tuvo la extraña sensación de que no había sido al azar, le entregó al joven conductor un trozo de papel con la dirección exacta y se recostó en el asiento admirando los edificios de esa urbe que rezumaba el recuerdo del aroma colonial de otros tiempos y que la recibía triste y gris, casi tan triste y gris como era ahora su vida.

Se adentraron en una jungla de asfalto, abarrotada de coches que iban y venían por una avenida de varios carriles. Nueva Orleans no era diferente a otras ciudades del mundo, en todas direcciones aparecía gente que atestaba las calles recorriendo arriba y abajo las aceras, altos edificios que salpicaban el paisaje, aunque poco a poco, estos fueron dando paso a otros de menor altura.

—Es el Louis Armstrong Park —dijo el taxista de pronto al pasar frente a la puerta principal de lo que parecía un parque enorme—, muy concurrido de día, algo peligroso de noche. ¿Ha venido de vacaciones?

—Más o menos. —La verdad era que Elena no sabía muy bien si este sería su destino definitivo, o solo se trataba de una estancia de paso.

En la zona por la que ahora transitaban, los edificios se habían convertido en pintorescas casas de inconfundible estilo colonial, con sus características dos

plantas, algunas de ellas, las más humildes, tenían planta única, pero todas presentaban alegres colores en la fachada, enrevesadas barandillas de hierro forjado en los largos balcones, que aparecían plagados de cientos de macetas con frondosas plantas y ventanas decoradas con preciosas flores. Eso ya se parecía algo más a la imagen que se había formado en su mente cuando le anunciaron que se trasladaría a Nueva Orleans. Como buena lectora, lo primero en lo que pensó fue en los vampiros.

—¡Vaya! —exclamó admirando el colorido lugar.

—Es el barrio Francés —anunció el conductor dando un repentino frenazo y girándose sobre el reposacabezas para mirarla—, bonito ¿verdad? —añadió sin tratar de disimular un deje de orgullo en su voz—. Este es mi número señorita, me llamo Antoine, y si le apetece hacer algo de turismo, estaré encantado de ser su guía, hospitalidad sureña —aclaró y sonrió mostrando una perfecta y blanca dentadura.

—Gracias —susurró ella no muy convencida. No era turismo lo que le apetecía hacer, a decir verdad, ni siquiera sabía lo que quería hacer en esos momentos.

El locuaz taxista reanudó la marcha, condujo sin dificultad por las concurridas calles del Barrio Francés, mirando de vez en cuando a su pasajera a través del espejo retrovisor, varias veces estuvo tentado de reanudar una trivial conversación, pero el aspecto un tanto aturdido y abstraído de la mujer hizo que desistiera y continuara su labor en silencio.

—Dumaine Street, aquí es señorita —dijo deteniendo el vehículo.

Elena miró por la ventanilla, una estrecha casa de madera blanca con contraventanas verdes apareció frente a ella. Solo tenía una planta y hacía esquina con lo que parecía un callejón que daba a una pequeña plazuela sin salida, donde se adivinaba otro edificio de similares características, salvo por los colores. Por un momento se sintió algo decepcionada, no estaba muy segura de cómo se había imaginado su nuevo hogar, ni siquiera le había dado tiempo a pensar en su viaje como el inicio de una nueva vida, pero su viva imaginación al pensar en New Orleans invariablemente le había transportado a esas casas de estilo colonial que se elevaban sobre dos alturas en las plantaciones, a las orillas del Mississippi o en los frondosos parajes de los bayous; pensaba en largos

balcones con sus barandillas de hierro forjado, pintadas de un blanco puro y luminoso que tan solo el paso irreverente del tiempo era capaz de mancillar. Con un rápido movimiento de cabeza disipó esas ensoñaciones e inspiró varias veces para llenar de aire sus pulmones, como si necesitara tomar ese pequeño respiro para decidirse a dar un paso fuera del vehículo, hacia su recién estrenada nueva vida.

Descendió con lentitud, por suerte había dejado de llover. El joven sacó el equipaje del maletero y lo dejó en la calzada, frente a los escalones que separaban la acera de la puerta principal. Del edificio contiguo, una bonita casa de dos plantas de color teja, una mujer mayor les observaba. Elena sacó del interior de un sobre marrón una llave, dudó unos instantes antes de ascender los escalones e introducirla en la cerradura para hacerla girar a continuación y comprobar que, efectivamente, la puerta se abría.

—¿La ayudo con eso? —preguntó Antoine solícito, señalando la maleta.

—No te preocupes —respondió descendiendo de nuevo los seis peldaños y alargándole al chico un billete de propina—. Has sido muy amable.

—Antoine, ahí tiene mi número —insistió, señalando la tarjeta que Elena aún sostenía en la mano—, cualquier cosa...

Lo vio desaparecer calle abajo, mientras la mujer del balcón no perdía detalle de nada. Arrastró como pudo la maleta escaleras arriba y por fin atravesó la puerta de lo que iba a ser su nuevo hogar. «Hogar» pensó, extraña palabra.

Había dejado trascurrir la tarde sentada en un sofá, sin apenas moverse, no había deshecho la maleta, ni inspeccionado el resto del apartamento, simplemente se había sentado allí y había dejado pasar las horas. Y sin poder evitarlo, su pensamiento retrocedía una y otra vez a un mismo día, podía recrear incluso la ropa que llevaba puesta, lo que había desayunado aquella mañana, el olor de las tostadas que se habían quemado un poco porque tardó en sacarlas de la tostadora, el aroma del café recién hecho, recordaba cómo el hijo del vecino la había despertado con una música estridente, y cómo había resbalado al salir de la ducha, incluso que tuvo que correr más de lo habitual para no llegar tarde al trabajo, hasta que sus recuerdos se detenían de manera brusca en un instante concreto ya avanzada la tarde, y maldijo aquel preciso momento que la había conducido a la situación en la que ahora se encontraba. Aquella tarde, de hacía ya algo más de un año, en que rechazó por enésima vez la invitación de Tom para salir a tomar algo. Al pensar en aquello se arrepentía de haber dicho que no. Si hubiera aceptado, no se habría encontrado saliendo sola de la biblioteca

pública de su pueblo, un pueblo pequeño donde nunca ocurría nada, sino que habría estado en la cantina bebiendo una cerveza y riendo con las absurdas ocurrencias de Tom, pues era un tío agradable y divertido, y aunque no fuera su tipo, no podía negar que sabía hacerla reír. Si hubiera dicho que sí a aquella invitación, no hubiera presenciado un asesinato a sangre fría, ni se habría convertido en el testigo principal de la acusación contra un miembro de una «antigua familia de la mafia». Elena jamás había pensado que esas cosas sucedieran en pleno siglo XXI, suponía, que todo eso eran historias del pasado, con Vito Corleone, Al Capone, o el serial de la HBO de los Soprano, y sin embargo, sin poder hacer nada por evitarlo, de la noche a la mañana se vio convertida en «una pieza clave» de una investigación en la que, al parecer, el FBI llevaba meses embarcado, y con aquel asesinato, todo se había precipitado. Pero ella no podía saberlo, vivía una vida tranquila, completamente ajena a todas esas cosas, a las que rara vez prestaba atención, solo cuando sintonizaba en la televisión algún canal de noticias. Se levantó despacio, casi a desgana, se acercó a la ventana que daba al callejón sin salida y se dio cuenta que había anochecido. Aquella fatídica noche volvió a su mente, en realidad, nunca la había abandonado, cuando cerraba los ojos, podía ver la mirada de aquel hombre mientras moría, y el olor de su sangre la invadía de nuevo, como si volviera a estar allí reviviendo la escena una y otra vez. Y desde aquel día ella era...

—Una pieza clave —susurró, rompiendo el silencio que la envolvía y aprisionaba.

Arrastró sus pies como alma en pena hasta la cocina y dio la luz. Era una casa antigua, y la cocina encajaba a la perfección con lo poco que había visto, nada de ostentación ni grandes lujos. Sobre la encimera había un cuenco con fruta, que parecía recién comprada, se veía fresca y jugosa, de vivos colores. Abrió la nevera y observó que la habían llenado con productos básicos y de primera necesidad. La cerró de nuevo, cogió una manzana y la mordisqueó, no recordaba la última vez que había comido, pero no sentía nada de apetito.

Oyó como alguien golpeaba a la puerta, el corazón empezó a latir con fuerza como si quisiera abandonar su pecho, una sensación que empezaba a ser habitual en ella y que, sin duda, odiaba. Caminó hacia la entrada, amparada solo por la escasa luz de la cocina y el tenue reflejo amarillento que entraba por las ventanas. Tomó aire antes de abrir y tuvo que contenerlo dentro de sus pulmones cuando, por un instante, sus azules ojos quedaron prisioneros de otros tan negros

como el carbón y tan profundos como un abismo inescrutable. Soltó el aliento lentamente, mientras su corazón se negaba a recuperar su ritmo normal. Su mirada se deslizó a esa cicatriz que se perfilaba en la mejilla derecha y a la que no había terminado de acostumbrarse. Elena se hizo a un lado para dejarle entrar y cerró la puerta cuando estuvo dentro. Entonces empezó esa batalla mental que se sucedía a veces, o casi siempre que él estaba cerca.

—¿Has comprobado las habitaciones? —Su voz era profunda y desgarraba el aire a cada palabra, como si arañara con cada aliento que soltaba, esa voz la había impresionado desde el primer momento—. ¿Y bien? —apremió y ella solo pudo negar con la cabeza.

Observó cómo giraba sobre sus talones y de forma profesional y meticulosa revisaba el resto de la vivienda, mientras ella permanecía quieta en el mismo lugar, justo al lado de la puerta, con la manzana en la mano, y continuaba con la mirada perdida en ningún punto en particular. Recordó el momento en que escuchó esa desgarrada voz por primera vez, en aquella pequeña habitación acristalada desde donde, si en las películas no mentían, la observaban. Entró con un café en la mano y llenó la estancia con su sola presencia, pero no fue hasta que habló que captó su atención, sus palabras no flotaron en el aire, sino que fueron directas y certeras, su tono de voz no daba opción a medias tintas, sino que se clavaba en los oídos con presteza. Una voz ruda que armonizaba a la perfección con unos ojos negros sin fondo, la mandíbula cuadrada y una cicatriz que terminaba de romper la armonía de su rostro.

—Elena... ¡Elena! —llamó su atención, frente a ella, haciéndola volver a la realidad de esa nueva casa, en esa nueva ciudad—. Todo bien, ¿verdad?

—Sí —susurró, siguiéndole con la mirada, pues parecía imposible que pudiera estar más de diez segundos quieto—. Y ahora ¿qué? —quiso saber ella.

—Tendrás que adaptarte y...

—Te irás. —En su mente quería formular la pregunta, pero las palabras habían salido de su garganta con un tono neutro, sin ningún tipo de matiz, aunque albergaba la esperanza de que sus ojos y la manera de mirarle hicieran que lo entendiera como una interrogación y su respuesta fuese un rotundo no. Él se detuvo frente a ella, pero no dijo nada, solo la miraba, turbándola con esos oscuros ojos más, incluso, que con su profunda voz—. Samuel... —insistió.

—Tengo que hablar con el agente encargado de «tu caso», quiero asegurarme de que todo está bien y que sabrán actuar con precisión en el supuesto de qué...

—Pero no pasará nada, ¿verdad?, me dijisteis que estaría segura, que ellos jamás...

—Eh... eh eh eh... —Samuel tomó sus manos entre las tuyas para intentar tranquilizarla—. Elena, vamos... sabes que vas a estar segura.

—No si te vas.

—Me halagas, pero hay otros agentes igual o mejor preparados que yo, que conocen el terreno y...

—No me importa nada de eso.

—Pues debería... pero tranquila, no quiero que te preocupes —sentenció soltándola de las manos—, está todo bajo control.

«Una típica frase» pensó Elena, un tanto decepcionada. Se dirigió a la cocina y tiró los restos de la fruta a la basura. Observó de soslayo la maleta, que todavía se encontraba en medio del salón, y un nudo amenazó con ahogarla, cuando pensó en el simple hecho de deshacerla. Todo había quedado atrás, Leah Mathews ya no existía, aunque ahora que lo pensaba con detenimiento no suponía una gran pérdida para la humanidad. ¿Qué había hecho en su vida? Nada. Al menos nada por lo que alguien la pudiera añorar. Suspiró, intentando cortar así las lágrimas que pugnaban por precipitarse desde sus ojos. Quizás esa fuese su oportunidad para cambiar su destino, aunque había tenido que dejarlo todo atrás a la fuerza, no es que hubiera sido una decisión voluntaria, empezaba a tomar verdadera conciencia de que hacer lo correcto tenía un alto precio. Y Elena lo sabía bien, pues acababa de pagarlo.



Cuando casi un año atrás, entró en aquella sala de interrogatorios del FBI, el agente Samuel Daniels no hubiese imaginado que su vida daría un tumbó de 180 grados. Allí sentada, con los ojos enrojecidos por el llanto, no solo se encontraba la «pieza clave» para resolver el caso más complejo en el que había trabajado hasta el momento, sino la mujer más hermosa que había visto nunca. Y a sus treinta y pocos años había visto muchas, pues a pesar de su aspecto y de su pose algo distante, su fama de mujeriego le precedía. Presumía que sabía decirle a cada mujer lo que quería oír, en el momento que necesitaba escucharlo, y eso le había abierto muchas puertas, y algunas piernas.

Aquel día tuvo que hablar durante horas con la asustada joven, y así se sucedieron diversas semanas en que las descripciones de ella y los datos que

pudo aportar de todo lo que había visto y oído, fueron desmontando la coartada de dos de los más grandes criminales de la costa oeste. El juicio fue largo y complicado, pero el testimonio de Leah Mathews fue contundente y decisivo, era todo lo que el fiscal necesitaba para asegurarse que el jurado los condenara a cadena perpetua. Y así fue, un éxito rotundo en su carrera, felicitaciones y halagos, hasta el chivatazo de un posible ascenso, un puesto de más responsabilidad y con mejor sueldo, pero allí quedó la joven Leah, asustada y amenazada por una de las familias más poderosas de la mafia, que había sufrido un duro golpe, pero que, ni por asomo, estaba desmantelada.

El agente Daniels supo que no podía dejar así las cosas. Quizás fue por su acusado sentido del deber, o porque su madre desde pequeño le había enseñado que las cosas que se empezaban siempre se tenían que llevar hasta el final y concluir las, o de no ser así, mejor no haberlas iniciado, o quizá había sido porque aquellos azules ojos y su melena rojiza ya se habían colado a traición y con fuerza en su subconsciente. Lo supo la primera noche que soñó con ella, y después de aquel sueño, vinieron otros, hasta el punto de no saber soñar con nada más que no fuese ella. Pero Leah ya no existía, y a pesar de que ahora su mirada quedaba enmarcada por unas grandes y gruesas gafas, y su largo y ondulado pelo rojizo se había tornado lacio y oscuro como el azabache, seguía soñando con ella. Y no le hacía falta que anocheciera para dejarse arrastrar a ese mundo que había creado solo para ellos, no le hacía falta estar dormido para fantasear con abrazar su cuerpo, besar su cuello o devorar sus carnosos labios. Había sido bendecido con el don de poder soñar despierto, y era algo que no le importaba, siempre y cuando lo hiciera con ella. Por tanto, no dudó un instante en sugerir a sus superiores que le encargaran a él la misión de introducir a Leah en el programa de protección de testigos. Y así fue como nació Elena Thompson, que era tan perfecta como Leah, y le hacía soñar de igual modo. Si las circunstancias fuesen otras... Si ella no fuera su misión, la persona a quien debía proteger...

La observó deambular hasta la cocina y siguió su estela, deteniéndose justo en la puerta para poder mirarla, como llevaba haciendo desde hacía casi un año. Siempre le había encantado su trabajo, y a lo largo de los últimos meses se había convertido en su devoción, y casi en una obsesión enfermiza, pues nada le ofrecía mayor placer que poder deleitarse en contemplarla, disfrutar de cada gesto, de cada momento compartido aunque fuera a distancia. Se conformaba con muy poco, un roce, una mirada, su sonrisa... Se obligó a desterrar esos pensamientos de su mente y centrarse en lo que de verdad importaba, que era

ayudarla a que se integrara con rapidez en el programa y que pudiera adaptarse sin dificultad a esa nueva vida.

—Puedes aprovechar estos primeros días para hacer turismo —le sugirió desde el quicio de la puerta— aquí hay muchas cosas por ver... La catedral de Sant Louis, el mercado francés...

—Siempre he querido navegar en el Natchez.

—¡Ves! —exclamó, intentando emplear un tono de voz lo más jocoso y desenfadado que pudo modular—, seguro que esto no estará tan mal —la animó.

—¿Y después...?, ¿el trabajo?, ¿dinero?

—Sabes que todo está controlado, en un par de días llegará... —No le pasó inadvertido el destello de tristeza que cruzó la mirada de Elena, que hizo que su estudiado discurso muriera antes del final. Y por un segundo albergó la insana esperanza de que esa tristeza se debiera a que él tendría que marcharse y dejarla allí. Esas eran sus órdenes, que él siempre obedecía, debía trasladar el caso a un agente de la zona una vez comprobado que «la sujeto» no corría ningún peligro y que su «implantación», ese era el término que utilizaban para introducir al testigo protegido en su nueva vida, había sido correcta.

—Está bien —convino Elena, y al salir de la cocina, sus brazos se rozaron apenas una fracción de segundo, levemente. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Samuel, que giró sobre sí mismo para verla desaparecer arrastrando la maleta hacia una de las habitaciones del fondo. Dudó unos instantes, pero finalmente la siguió por el pasillo, pues sus órdenes eran no perderla de vista, y él, siempre cumplía las órdenes...—. Al menos dime que te quedarás esta noche —espetó nada más cruzar la puerta—, no quiero dormir aquí sola —le suplicó, o al menos así quiso entenderlo él.

—Esto... —titubeó, cuando en realidad solo quería decirle que sí, que dormiría en la casa si eso la hacía sentir más segura, que si ella le dejara compartiría todas sus noches, que no deseaba otra cosa desde hacía semanas, quizá incluso meses, pero no podía hacerlo—. Claro, sí, supongo, está bien...

—Está bien —repitió ella con un hilo de voz, mientras dejaba la maleta sobre una mesa de madera y la abría.

—Y ¿qué me dices de lo de hacer turismo? —preguntó Samuel, sentándose en el borde de la cama, mientras veía como poco a poco ella iba colocando toda la ropa en el armario—. ¿Habías estado alguna vez en Nueva Orleans? —ella negó con la cabeza y el sutil, pero reconocible aroma a cítricos de su pelo le embriagó, haciéndole perder por completo el hilo de la conversación.

—¿Turismo? ¡Sí! Será genial —exclamó ella con ese tono de ironía que tanto le gustaba al agente, menos cuando él era la víctima—. Caminar sola por estas preciosas calles contigo siguiéndome tres pasos por detrás —Samuel se dispuso a protestar, pero ella le hizo callar con un elocuente gesto de su mano—. Oh y ¿qué me dices lo de comer total y absolutamente sola, mientras tú me observas dos mesas más allá? No voy a cuestionar tus métodos de trabajo, pero... —De repente el silencio les envolvió, tan solo fue un segundo, hasta que ella prosiguió—. ¡Sí!, claro que los cuestiono, debes vigilarme y protegerme y eso puedes hacerlo estando cerca de mí, a mi lado como... como... bueno al menos no como una sombra que no sé nunca dónde está, o si está.

—Siempre estoy.

—Lo sé —se apresuró a decir—, pero yo necesito poder verte, hablarte... no solo intuirte. Estoy segura que serías igual de resolutivo de ese modo, o incluso más.

Cómo decirle que no, que estaba equivocada. Cómo decirle que estar a su lado le volvía estúpido, olvidadizo, poco meticuloso... Estar a su lado le convertía en un completo idiota que solo podía pensar en tomarla de la mano, acercarla a su cuerpo y devorarla a besos. Esa mujer no comprendía que había perdido la cabeza por ella, que estaba loco de amor, y en su profesión nada había más peligroso que un hombre enamorado.

—Bueno, puede que tengas razón —concedió al fin y esbozó una sonrisa, anticipándose al gesto de alegría de ella, le encantaba tener razón, en esos meses había aprendido a conocerla bastante bien, por eso se apresuró a añadir— solo puede.

—Con un puede me basta —sonrió satisfecha, cerrando la maleta ya vacía y sentándose a su lado en la cama.



Elena pasó la noche en vela, dando vueltas sobre la cama, y no era debido al bochornoso calor que hacía en esa ciudad, o al menos no solo esa era la causa. Casi al amanecer se sentó sobre el colchón y dejó reposar su espalda sobre el cabecero. El corazón le latía con fuerza y vívidos retazos de sus ensoñaciones se le aparecían de nuevo en su cabeza para turbarla. Contuvo el aliento al escuchar unos pasos que se detenían tras su puerta, y por un momento deseó con toda su

alma que se abriera, pero un sentimiento de desazón se coló en su corazón cuando, tras ese instante de zozobra, permaneció cerrada y Samuel se alejó de nuevo hacia el salón. Se levantó y escogió al azar un par de prendas para vestirse, entre todas las que mostraba su armario, y que alguien había elegido por ella, sin preocuparse siquiera por preguntarle sus gustos y que, a simple vista, le parecían tan ajenas. Ella estaba acostumbrada a sus vaqueros y deportivas, cómodos jerséis de lana y camisetas de sus grupos musicales favoritos... Los agentes del FBI encargados de proporcionarle una nueva vida, habían decidido también crearle un nuevo yo, y esa nueva ella, esa tal Elena tenía un estilo mucho más femenino, más coqueto, algo diametralmente opuesto a Leah.

Ajustó sobre su cuerpo el fino vestido de miles de diminutas flores y se calzó unas sandalias que dejaban sus dedos al aire. Peinó su nueva melena lisa y negra, recogéndola con un par de horquillas, e hizo uso, por primera vez en su vida, de un rizador de pestañas, que más semejaba una máquina de tortura que un artículo de belleza. Cuando salió del baño, toda la casa olía a café recién hecho.

—Buenos días —saludó a un sorprendido Samuel.

Elena no pudo evitar que sus ojos recorrieran su torso desnudo y comprobó que, tal y como imaginaba, su protector tenía unos fuertes pectorales y unos abdominales bien definidos. A pesar de no pretenderlo, su corazón se aceleró, su respiración se volvió algo más agitada y se obligó a arrancar la mirada de ese cuerpo que la turbaba de un modo casi asfixiante.

—¡Vaya! —exclamó con esa voz ronca y profunda que tanto le gustaba— pensaba que dormirías hasta más tarde —se justificó—. Lo siento —se disculpó, y salió en dirección al respaldo de la silla de donde colgaba una camiseta deportiva—. He hecho café... —dijo mientras se enfundaba la camiseta.

Poco después, tras desayunar, salieron de la casa. Samuel, al final, se había dejado convencer y aceptó cambiar su «modus operandi», iría con ella, a su lado, y no tras ella. Empezaron paseando por la mítica Bourbon Street, una concurrida calle del barrio francés donde se encontraba ahora su nuevo hogar. Elena no podía evitar mirarle de vez en cuando de soslayo, él le sacaba más de una cabeza de altura, y posiblemente algún que otro lustro, pero era arrebatadoramente imponente, de esos hombres que no les hace falta mostrar sus cartas para saber que ya han ganado, de los que llenan la sala con su sola presencia. ¿Atractivo?

Elena pensó en la definición de un hombre apuesto y atractivo, y Samuel bien podía encajar en ella, aunque, no era lo que más le atraía de él, sino el magnetismo que desprendía, su masculinidad, ese punto de rudeza y, sin duda, lo más importante, sobre todo en esos momentos, era lo segura que se sentía a su lado.

Samuel ojeaba un mapa que había comprado hacía escasos minutos en una de esas tiendas de «souvenirs». El FBI había colocado el piso de Elena en pleno centro histórico, en la parte más turística de Nueva Orleans, posiblemente con la idea de que, al ser un lugar tan concurrido, ella estaría más segura.

—La Catedral de Saint Louis está muy cerca, a menos de cinco minutos — propuso él, volviendo a doblar el trozo de papel exactamente por los mismos pliegues.

«Ahora sí puedo sentir la magia del Vieux Carré» pensó Elena, cuando un rayo de sol impactó en su rostro haciendo que tuviera que entornar los ojos. Las animadas calles, el bullicio de los transeúntes y turistas, esas balconadas con sus blancas barandillas de hierro forjado, los maceteros que pendían de las balaustradas, esas banderas y los collares de colores o la música que salía de alguno de los locales... Nueva Orleans, a diferencia del día anterior, le pareció una ciudad llena de vida y magia, o quizás lo que en realidad le parecía mágico era caminar al lado de ese hombre que le cortaba la respiración cada vez que su voz arañaba su alma.

Llegaron a las inmediaciones de la catedral, pequeña y austera, o eso le pareció a ella. Hombres y mujeres de pintoresco aspecto sentados frente a unas mesas bajas llamaban a los turistas, algunos parecían pintores, otros, vestidos con ropa algo más peculiar, se jactaban de ser poseedores de diversos dones.

—Aquí dice —empezó a leer Samuel— que son hechiceros, ya sabes, vudú y esas cosas.

—¿Tú crees en eso?

Samuel soltó una potente carcajada y Elena se estremeció, incluso el sonido de su risa sonaba atronador y desgarrado.

—Me temo que no —dijo al fin—. ¿Quieres probar?

—¿Qué?, no —negó con contundencia.

Elena miró a una mujer sentada cerca de ellos, de su cuello pendía un collar con lo que parecían ser dientes de cocodrilo, caimán, o algún otro animal parecido, la mujer la miraba sin decir nada de un modo que la incomodaba. Dio la vuelta para alejarse en dirección al parque que se encontraba justo en frente, cuando la voz de la mujer la hizo detenerse.

—Escondes un secreto —Elena se giró, la mujer se había acercado hasta ellos—. No... —negó con la cabeza repetidas veces—. Tus ojos han visto demasiado y ahora corres peligro. —La mujer alargó la mano, pero antes de poder tocarla, Samuel se interpuso entre ambas—. Muchacha, no puedes fiarte de nadie —advirtió la mujer—. La oscuridad te persigue y te encontrará allí donde vayas, nadie puede esconderse eternamente... ¡Nunca vas a estar a salvo! —gritó la mujer, sobreponiéndose al ruido de la propia ciudad.

—Vamos —espetó él, cogiéndola de la mano y tirando de ella—. ¡Joder!, estás temblando —Samuel hizo que se detuviera cuando se habían alejado lo suficiente—. ¿Estás bien?

—¿Nunca voy a estar a salvo?

—Tan solo es una charlatana que busca atraer a los turistas, solo eso —expuso con vehemencia—. Nadie va a hacerte daño, ¿me oyes?, no mientras yo...

—Pero tú te irás —atajó y de pronto el contacto de la mano de él sobre su brazo la abrasó.

—Elena...

—¿Habías hecho esto antes? ¿Ya habías estado en una situación similar?

—No —confesó—, es la primera vez, no es mi... especialidad.

Ambos tomaron asiento en uno de los bancos de Jackson Square, Elena desvió la mirada un instante a la culata de la pistola que su acompañante escondía con discreción bajo la cazadora, en una funda sujeta a su cuerpo en la axila izquierda, nunca le había visto empuñarla. A decir verdad, nunca le había visto en acción. Samuel se había convertido en ese agente que cada día la visitaba en su casa, habían repasado cientos de fotografías, nombres, datos... habían compartido muchos cafés y numerosas noches en vela, hasta que, apenas sin darse cuenta, llegó un momento en que Elena cada mañana esperaba con impaciencia su llegada. Cuando le informaron que entraría a formar parte del programa de protección de testigos sintió miedo, pero ese temor se esfumó

cuando le aseguraron que el agente Daniels sería el encargado de su reintroducción una vez finalizado el juicio y cumplidos todos los trámites para llevar a cabo el programa. Lo que no sabía era que, tras el primer periodo de adaptación, pasaría a estar bajo la supervisión de otros inspectores, agentes de la zona.

—Llevaba cinco años tras la familia Giuliano —comenzó a explicar Samuel, mientras miraba la fuente que estaba situada frente a ellos, y como si evocara recuerdos del pasado, hablaba más para sí mismo, que para ella—. Tu testimonio fue crucial para la investigación y mi relación contigo debió finalizar en aquel momento —soltó de pronto, buscando enfrentarse a sus ojos, Elena no pudo más que contener el aliento, esa oscuridad la desarmaba—. Hay otros agentes mucho más experimentados que yo en el programa —susurró con un hilo de voz—, con formación en psicología y con un perfil más adecuado que el mío. Pero quise encargarme personalmente de tu caso... llegar hasta el final, me sentía en deuda contigo.

—¿De... «mi caso»? —Elena no pudo evitar pronunciar las últimas palabras muy despacio, dejando escapar de su garganta un sonido sordo, parecido a un lamento disfrazado de ironía—, tan solo soy un caso...

—No, claro que no —Samuel carraspeó con cierta incomodidad, tratando de justificarse—. Has sido muy valiente Elena, digna de admiración.

—No me siento valiente, me siento una estúpida. Quise hacer lo correcto y mira cómo he terminado, teniendo que dejar toda mi vida, para inventarme una nueva... y además estoy sola.

—Lo siento, de verdad, pero no pienses que ha sido en vano, aquellos dos tipos eran criminales muy peligrosos. El mundo es un lugar mejor con ellos entre rejas y eso solo ha sido posible gracias a ti.

Samuel alargó sus manos para alcanzar las de ella, las sostuvo con firmeza y ese mero contacto, de inmediato, la hizo sentirse más segura, y aunque su aspecto, a simple vista, pudiera parecer rudo, a la vez resultaba cálido y placentero. Elena bajó la mirada deteniéndose a observar sus manos todavía enlazadas no pudiendo evitar sentir una gran desazón en su interior, el simple hecho de pensar que debían separarse le hacía sentir una profunda pena, una sensación de pérdida, incluso más grande que la que había experimentado cuando tuvo que separarse de su pueblo natal y sus amigos de toda la vida.

No podía hacer nada para evitar que él se marchara. Sacudió toda esa

melancolía con un ligero temblor de hombros y se dispuso, por una vez en la vida, a disfrutar del momento sin pensar en el mañana. Su vida estaba amenazada por unos criminales que no dudarían en apretar el gatillo para quitarla de en medio, cada día podía ser el último, y en ese instante tomó la determinación de que viviría siguiendo esa máxima, la de exprimir cada instante, la de irse a dormir todas las noches sintiéndose satisfecha de lo que había logrado durante el día. Se levantó empujada por una fuerza invisible y tiró de él para que hiciese lo mismo.

—Invítame a comer. —Y no esperó respuesta, haciendo gala de esa renovada resolución echó a andar hacia una de las salidas laterales del parque. Samuel no pudo más que seguirla.



Resultaba evidente que se había producido un cambio en ella. Las palabras de aquella aprendiz de charlatana la habían hecho reaccionar, o quizás hubiera sido alguna otra cosa, aunque no podía determinar el qué. Samuel la observaba, como siempre, en el más riguroso de los silencios. Durante esos meses había aprendido a dibujar su perfil de memoria, podía reproducir a la perfección el contorno de su frente, la curva de su nariz, su largo y esbelto cuello, ese mechón de pelo que se desprendía siempre de su peinado, incluso la delicada línea de sus labios, esos que desde hacía tiempo se moría de ganas por devorar.

Había caminado tras ella hasta el embarcadero, donde estaba amarrado el Natchez, una antigua y típica embarcación de vapor con rueda de palas que surcaba el Mississippi siguiendo la costa. Y ahora, tras embarcar junto con un numeroso grupo de turistas, se estaba dejando embriagar por el ambiente, por la música de jazz que los músicos desgranaban desde el escenario, por las parejas a su alrededor que compartían risas y confidencias, por la mezcla de olores de comida criolla y cajún que llegaba desde el comedor, esa mezcla de picante y especias. El desgarrador sonido del saxo que, en ese momento, se había sobrepuesto al del órgano y la trompeta... Observaba a Elena y en su cabeza martilleaba sin descanso una pregunta «¿por qué no?», aunque la respuesta se materializaba enseguida en modo de sentencia irrevocable: «porque no puede ser, es imposible». Una ráfaga de aire removió su pelo e hizo volar la falda de su vestido, Samuel no pudo evitar ni quiso apartar la mirada de esa ínfima porción de piel que había quedado al descubierto y sintió cómo su corazón se aceleraba

hasta amenazar con salirse de su pecho. Era una mujer preciosa, pero era una fruta prohibida y probarla significaba la expulsión del paraíso.

—¿Comemos algo? —propuso ella.

—Claro.

—Así que esto es hacer turismo. —Rió tomando un sorbo de la copa de vino que le habían servido.

—Supongo.

—¿Supones? —Adelantó su cuerpo para acercarse un poco más a él—. ¿Nunca has viajado?

—Mucho, a diferentes lugares del mundo, pero jamás ha sido por placer.

—Debes haber tenido una vida muy emocionante.

—No tanto. —Rió él dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

—¿Has matado a alguien? —inquirió de pronto, empujada por una curiosidad morbosa.

—¿De verdad quieres saberlo? —ella asintió con un movimiento de cabeza, y Samuel se dejó arrastrar por el profundo océano azul de esos ojos que amenazaban con ahogarle—. Sí —dudó un instante antes de asentir, pero no tenía ninguna necesidad de mentir, era un agente del FBI, un buen agente, y ese era su trabajo, siempre había actuado con corrección y respetando la ley. Observó un ligero cambio en el brillo de esos azules ojos que le miraban sin apenas pestañear—, pero...

—No tienes que justificarte —repuso, y él sonrió aliviado—. ¡Vaya... es delicioso! —susurró Elena, tras probar un bocado de una especialidad criolla. Comer a bordo del Natchez era como un sueño, cada vez que miraba hacia cualquier rincón esperaba ver a Huckleberry Finn saltando a su alrededor. El momento era mágico.

El día transcurrió entre largos paseos y risas. Visitaron el mercado francés, al final de la calle Decatur, situado a escasos metros del Mississippi, se adentraron entre los numerosos puestos y casetas donde se impregnaron de los aromas de distintas especias y condimentos, mezclados con la música que algunos artistas tocaban en directo, compraron dos recipientes de fruta fresca, que devoraron con avidez, mientras apreciaban la belleza de las máscaras y los collares del Mardi Gras. Dedicaron un buen rato a contemplar cómo un pintor terminaba de dar las últimas pinceladas en un lienzo que reproducía un oscuro club de Jazz, y deambularon sin prisa por la zona donde otros artistas mostraban sus habilidades

a los turistas. Rieron con el desparpajo de un grupo de jovencitas que trataban de regatear con un vendedor de camisetas, quien negaba una y otra vez con un enérgico movimiento de cabeza.

Decidieron continuar su recorrido hasta el cementerio de Saint Louis Número Uno, justo a las afueras del Barrio Francés. Elena, de inmediato, se sintió sobrecogida por la belleza y el halo de misterio que desprendía el lugar, le sorprendió comprobar que las tumbas no estaban situadas sobre la tierra, sino elevadas en criptas, se detuvo a escuchar las explicaciones que estaba ofreciendo una guía a un grupo de estudiantes que no paraban de tomar notas, así pudo descubrir que la costumbre de enterrar a los fallecidos de ese modo se debía a evitar que con las inundaciones los ataúdes de madera acabaran flotando por las calles. Siguiendo uno de los folletos informativos, localizaron la tumba de la reina vudú Marie Laveau, pues el guarda de la puerta les había asegurado que su espíritu hacía realidad algunos deseos.

—¿Qué has pedido? —preguntó Samuel, quien había esperado en silencio mientras Elena cerraba los ojos y parecía murmurar una retahíla de palabras que fue incapaz de descifrar.

—No pienso decírtelo —repuso ella, haciendo un mohín—. Si lo hiciera, no se cumpliría mi deseo.

—Vamos, no me digas que crees en esas cosas...

—Shhhhhhhhhhh —atajó Elena con determinación—. ¡Que puede oírte! —añadió casi en un susurro, mientras paseaba la mirada alrededor.

Samuel no pudo evitar soltar una carcajada, mientras negaba divertido con un movimiento de cabeza.

Al cabo de una hora estaban de regreso en el Barrio Francés, se sentaron en el Royal Café a degustar un delicioso café au lait con buñuelos. Samuel dio un sorbo a su café, y mientras dejaba la taza sobre la mesa no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a Elena. Cada minuto que transcurría a su lado se afianzaba más la idea de que esa mujer le había robado el corazón. Ella empezó a narrar con gran naturalidad retazos de esa vida que alguien había inventado para ella, haciendo suyas todas esas historias que jamás ocurrieron, salvo en la mente de alguno de los agentes del FBI que había sido el encargado de redactar su nueva biografía: viajes por Europa, excursiones, amigos, su primer día de trabajo... Y aunque lo intentaba, le resultaba imposible no mirarla embelesado, consciente de que era

un pasado que nunca había existido, en un presente incierto y un futuro que los alejaría sin remisión.

Caminaron despacio por la orilla del Mississippi, por primera vez en mucho tiempo él se dejó llevar y se permitió relajarse un poco, mientras ella le hablaba de los miles de libros que había leído. Eso era algo que, ni el FBI ni Elena, nunca le podrían arrebatarse a Leah, esa pasión casi enfermiza por los libros. Samuel tenía la impresión de que ella sabía dónde se dirigía y así lo confirmó el hecho de que cuando alcanzaron First Street, Elena se detuvo frente a una de las verjas de hierro forjado. Samuel consultó el mapa, se encontraban en el Garden District, miró hacia la fachada de la casa donde se habían detenido, era toda blanca, sin alcanzar a percibir en ella nada especial.

—Casi puedo verla ahí sentada —susurró ella a su lado.

—¿A quién? —inquirió Samuel.

—Deirdre —suspiró—. Esta era la casa de Anne Rice, una gran escritora, y una de sus mejores historias sucede en esta casa, en este porche.

—¿Hemos caminado hasta aquí para ver el porche donde sucede una historia de ficción?

—De eso se trata, ¿no? —se giró hacia él—. En eso consiste viajar y hacer turismo —dejó escapar una risotada—, ir a ver cosas absurdas, para después poder decir durante una cena con amigos aquello de «¡Yo he estado ahí!»

Ambos estallaron en una sonora carcajada que rompió el silencio de la solitaria calle.

—¿Merece la pena? —quiso saber Samuel.

—¿Venir hasta aquí?, probablemente no. Dudo que pueda asistir a alguna cena donde poder presumir de haber visto la casa de las Brujas Mayfair.

—Me refería al libro.

—¡Bah! No tienes pinta de ser de los que leen —soltó reanudando de nuevo la marcha.

—Y ¿de qué tengo pinta?

Elena se detuvo de pronto y se giró para enfrentarse a sus ojos. Samuel contuvo el aliento cuando ella se acercó un par de pasos, el aroma que desprendía su melena casi le hizo enloquecer, parpadeó un instante y al volver a abrir los ojos ella ya se había alejado un par de metros y de nuevo había

emprendido la marcha en dirección al Barrio Francés. Tardó unos instantes en reaccionar, pero la alcanzó en dos rápidas zancadas. Su silencio le crispó, aunque la expresión de su rostro no lo evidenció en ningún momento, no sabía si su falta de respuesta era una buena o una mala señal. ¿De qué tenía pinta?, nunca se lo había planteado. Siempre se había creído un tipo atractivo e incluso, en cierto modo, interesante, pero Elena era diferente a todas las mujeres que había conquistado, sobre todo por el hecho de que no quería ni había tenido intención de conquistarla, simplemente se había enamorado de la única mujer que no debía amar. Paradojas del destino. Se tenía por un tío fuerte, rudo, incluso frío, no por esa clase de hombre que sufre por amor. ¿Qué podía ver ella en él?, quiso volver a preguntárselo, pero de pronto, en ese momento, temió la respuesta, así que no la formuló y caminó a su lado respetando el silencio.

Desdobló el mapa una vez más y leyó en los márgenes del mismo las recomendaciones de los viajeros.

—Aquí dice que el House of Blues es el mejor sitio para cenar y tomar algo —comentó ya inmerso de lleno en el papel del buen turista y olvidando, por un momento, lo que realmente hacía allí, en ese instante se permitió fantasear con la idea de ser una pareja normal, disfrutando de un viaje normal.

—¿Cenar?, ¿en serio? ¡Pero dónde lo metes! —exclamó entre risas—. Yo no puedo comer nada más, aunque una copa sí me tomaría.

—Decidido entonces.

Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo cuando Elena de repente, y sin previo aviso, de una forma tan natural como inesperada, enlazó su mano con la suya. No se atrevió a decir nada, ni tan siquiera a mirarla, pues en ese momento su mayor temor no era que algún secuaz de la familia Giuliano la encontrara, o que alguien de la central llamara para decirle que el tiempo de inmersión de la «sujeto» había terminado, tuvo miedo de que le sudaran las manos.

Una vez dentro del local, comprobaron que la música sonaba con ímpetu y fuerza arrolladora, las notas del saxo arañaban el alma y el ambiente era asfixiante. Desde que era niña, Elena tenía la costumbre de mover el pie al ritmo de la melodía, y esa música que sonaba le calaba de forma tan honda que le era imposible dejar de moverlo. Mientras observaba con detenimiento a los músicos y al público congregado a su alrededor, tomaba su copa a pequeños sorbos, saboreando el contenido, como si sintiera placer en alargar las cosas. Él no podía beber, estaba de servicio, y se sentía todavía abrumado debido al giro que

parecían dar los acontecimientos, y a esa nueva manera de estar con ella, pero no había olvidado ni por un momento, que su papel en esa historia era el de protegerla. Cuando salía de noche y bebía, nunca dejaba que la primera copa durara más allá de los cinco primeros minutos. La segunda acostumbraba a alargarla un poco más, y no siempre llegaba a la tercera o cuarta, normalmente no le hacían falta más de dos para encontrar compañía que calentara su cama. Sus salidas ya nunca serían iguales, pensó, y una extraña sensación de vacío le invadió. Quizás hubiese llegado el momento de decir que sí al ascenso que llevaban ofreciéndole desde hacía un par de meses, y que no había querido aceptar para no tener que dejar el caso de Elena, aunque era algo que no había querido reconocerse a sí mismo, ni siquiera había sido capaz de manifestarlo en voz baja, cuando por las mañanas, al levantarse, se miraba al espejo y rogaba para que ella no pudiera descubrir en su mirada el menor cambio, que no pudiera darse cuenta que para él había pasado a ser mucho más que el objetivo que debía proteger. En silencio pedía ser lo bastante fuerte para que su voz no temblara al pronunciar su nombre, o no rozar su piel un instante más de lo necesario y evitar así que un escalofrío recorriera su espalda. No podía permitirse el lujo de que sus sentimientos se involucraran en modo alguno en su misión, pero sabía que, por mucho que quisiera hacerse trampas a sí mismo, era demasiado tarde, pues Elena se había colado en su vida y parecía haberse adherido a su propia piel.

—Esto es mágico —gritó ella con los ojos vidriosos—. Dios, ¿sabes todo lo que me he perdido en este tiempo?

—Ahora puedes volver a empezar —respondió, aunque un pinchazo golpeó su pecho, consciente de que en ese nuevo comienzo él no tenía cabida.

—Supongo... de momento lo que quiero es aprovechar estos días, antes de que te vayas.

—Me parece una idea genial —se obligó a decir.

—¿Bailamos? —propuso Elena, alargando la mano en su dirección.

—¿Qué? ¡No!, lo siento, yo no bailo.

—Qué típico, creo que no hay ningún galán de película que responda «sí, me encanta bailar».

—¿Soy un galán de película? —preguntó exhibiendo media sonrisa.

—Bueno, esta noche podemos fingir que eres el galán de MI historia —repuso entornando los ojos.

Poco tiempo después salieron del House of Blues, las noches sureñas eran calurosas y húmedas. Empezaron a caminar sin rumbo fijo, simplemente disfrutando del placer de su mutua compañía. Cuando llegaron a la altura del Louis Armstrong Park, algo captó la atención de Samuel, aunque no dijo nada. Siempre había tenido un sexto sentido para esas cosas, era capaz de percibir a la mala gente y parecía tener un radar para captar los problemas. Miró con sigilo por encima de su hombro para cerciorarse que el hombre de la cazadora negra llevaba un rato siguiéndoles. Samuel pasó con determinación el brazo sobre los hombros de Elena, y para su sorpresa, ella dejó caer la cabeza sobre su pecho e incluso le pareció escuchar que soltaba un suspiro, pero no atendió demasiado, pues frente a ellos apareció otro hombre en actitud sospechosa.

—Nos están siguiendo —le susurró al oído.

—¿Qué...?

—Ssshhh no te gires —le ordenó—. Oye Elena, pase lo que pase no te separes de mí, ¿vale?

—Me han encontrado —afirmó imprimiendo tanta angustia en su voz, que a Samuel se le encogió el corazón.

Cuando bajó la mirada para comprobar que ella se encontraba bien, y estaría atenta a sus indicaciones, observó que su preciosa sonrisa había desaparecido de su rostro y de sus ojos habían empezado a brotar lágrimas bañadas en esa reconocible sensación de pánico. Vio cómo Elena se estremecía y su paso se tornaba más inseguro, estaba convencido que incluso le temblaban las rodillas, pudo notar bajo el peso de su brazo que sus hombros se agitaban, como terminó por hacerlo todo su cuerpo, y más que nunca tuvo la necesidad de protegerla, procurar que nada malo le sucediera jugándose la vida si fuera necesario, y le sobrevino un sentimiento de temor, de zozobra, ante la posibilidad de que algo pudiera salir mal. Pero esa breve sensación desapareció justo en el mismo momento que el tipo más alto, armado con una navaja, se lanzó contra ellos, porque entonces no tuvo que hacer más que lo que sabía hacer, aquello para lo que estaba entrenado: tomar una decisión rápida y ejecutarla de forma certera.

El grito de Elena rasgó la quietud de la silenciosa noche.

Cuando el primer individuo lanzó su ataque, Samuel hizo a un lado a Elena, y desenfundó su arma solo para disuadirle, pues sabía que no la iba a necesitar. Dos simples golpes le bastaron para reducirle. El segundo tipo no demoró su ataque y, del mismo modo, le dejó fuera de juego con un par de golpes secos.

Elena se había quedado a su lado, inmóvil, aunque temblaba como una hoja en medio de un huracán, y por un momento le pareció que ella perdía el mundo de vista.



Lo último que vio fue cómo Samuel desenfundaba el arma. Después de eso todo se había tornado oscuridad. Revivió el mismo terror que había sentido meses atrás, cuando aquellos dos sicarios, sin mostrar ningún tipo de piedad, degollaron a aquel pobre infeliz. Cada vez que cerraba los ojos podía ver sus caras, notar el olor a sangre. Cada noche esa misma sensación de pánico la atenazaba y no la dejaba dormir. Hacía casi un año que no podía conciliar el sueño. Algunas veces, consumida por la desesperación, había deseado poner fin a todo eso. Quizás la oscuridad en la que se encontraba ahora sumida fuera el esperado final. No creía en el cielo ni en el infierno, solo en la oscuridad eterna.

Pero ese óbito no era frío como siempre había imaginado, sino cálido, como un abrazo, como estar arropada por unos fuertes brazos y acariciada por un dulce aliento.

—Elena... ssshhh venga, vuelve conmigo...

Esa voz desgarrada, mucho más rota de lo normal, le hizo abrir los ojos, para encontrarse con esos dos ónix brillantes que la miraban con preocupación. Y de pronto lo recordó, pero no al hombre de la navaja, ni a Samuel con el arma en su mano y el rostro desencajado por la rabia, ni los golpes y la sangre que había salpicado su vestido, sino que pudo recordar de forma nítida la mirada angustiada de Samuel buceando en sus ojos, el instante antes de que interpusiera su cuerpo para protegerla, un gesto instintivo nacido de la más profunda desesperación.

—¿Estás bien? —inquirió ayudándola a incorporarse.

—¿Los has matado? —Miró a su alrededor, los dos hombres yacían en el suelo cubiertos de sangre—. Samuel, por favor... —insistió sin poder disimular su nerviosismo.

—No.

El agente pasó un brazo por su breve cintura y otro bajo la curva que

formaban sus rodillas, la alzó en volandas pegándola contra su cuerpo y emprendió el paso para alejarse de allí. Elena no dijo nada más y se dejó llevar, acurrucada sobre ese fuerte pecho, escuchando cómo le latía con fuerza el corazón, y su agitada respiración iba, poco a poco, volviendo a la normalidad.

No la dejó en el suelo hasta que entraron en la casa. Cerró la puerta y dejó su arma sobre la repisa que separaba el pequeño salón de la desgastada cocina. Y fue entonces cuando se giró para mirarla.

—A la mierda el paraíso —gruñó y eliminó en dos zancadas la distancia que les separaba.

El corazón de Elena latió con fuerza y contuvo el aliento hasta que sus labios se rozaron, eran cálidos y dulces. Ese ligero roce de sus bocas dio paso a un beso más profundo, a una danza orgiástica de sus lenguas, mientras sus manos empezaron a explorarse con avidez bajo la ropa. Ella saltó a su cintura acomodándose sobre su pelvis, Samuel la sujetó con firmeza con un solo brazo, mientras con el otro arremangaba su vestido y la empotraba contra la pared. La urgencia que sentían el uno por el otro les hizo no demorar el momento de unirse en un solo ser. Él la embistió con ansia, pero con delicadeza, mientras sus bocas se buscaban sin poder separarse más que para coger aliento y seguir besándose.

Hicieron el amor en el salón, y la madrugada les sorprendió midiendo todavía la cama, entre sábanas revueltas, dulces caricias y apasionados besos. Cuando Elena se durmió, acurrucada entre sus brazos, no soñó. Ninguna pesadilla acudió a perturbar su descanso, simplemente disfrutó de un profundo sueño y la sensación de confort que le confería el abrazo de Samuel.

Él la observó dormir, mientras acariciaba la curva de su cadera con la yema de los dedos. Y al igual que sus ojos habían memorizado todos los pequeños detalles de su rostro, sus dedos ahora se afanaban por atesorar el suave tacto de su cuerpo, imprimiendo en cada caricia el profundo amor que sentía por ella, y se maldijo por lo que acababa de pasar entre ellos, al mismo tiempo que se alegraba de que hubiera sucedido.

Cuando Elena despertó, lo descubrió observándola con una sonrisa pintada en el rostro.

—¿No has dormido?

—No quería malgastar el tiempo —respondió, mientras ella se acomodaba en el hueco de su pecho y sonreía—. Elena...

—Shhhhh...

—No debí dejar que esto pasara.

—Pero no te arrepientes —afirmó ella de forma tajante, por toda respuesta él alargó su mano para sujetar su barbilla y obligarla a que alzara su rostro, y poder así enfrentarse a sus ojos y hacerla entender que jamás podría arrepentirse de quererla—. Entonces, todo está bien —añadió sin más, volviendo a buscar sus besos.



Las órdenes de dar por zanjado el caso llegaron dos días después, dos días en los que no habían dejado de amarse en cada rincón de la casa. Pero tan solo habían podido disfrutar de dos días, demasiado cortos, demasiado huérfanos de caricias, de confianzas, de anhelos no sofocados, hasta que la fatídica llamada se produjo. Elena le observaba desde el quicio de la puerta, mientras él discutía con alguno de sus superiores, el fuerte golpe de su puño contra la mesa la sobresaltó y se quedó observando cómo él se perdía hacia el fondo del pasillo. Abrazó su propio cuerpo, cubierto tan solo con una de sus camisas, y aspiró ese aroma que había aprendido, en tan solo 48 horas, a hacer suyo. Supo que no podría vivir sin él, pero también que no tenía ningún derecho a pedirle que lo dejara todo por ella. Fue a la cocina, sacó un tarro de mantequilla de cacahuete de uno de los armarios y metió un dedo para después llevarlo a su boca, y en los escasos segundos que tardó la crema en derretirse, se permitió el lujo de no pensar en nada.

—Lo siento... —Su gutural voz, áspera y profunda, rompió el silencio.

—No tienes que disculparte —acertó a responder tragando, a duras penas, la angustia que amenazaba con atragantarla—. Ambos sabíamos que este día iba a llegar.

—Elena... yo...

Ella negó con un suave movimiento de cabeza y se esforzó para que las lágrimas no la traicionaran, no quería ponerle las cosas más difíciles. Había sido un sueño, algo bonito para recordar, con alegría contenida y mucho dolor, durante el resto de su vida. Elena desvió la mirada hacia la bolsa de viaje que reposaba en el suelo tras él.

—Te vas ya —murmuró en un susurro apenas audible, y él asintió, sin ser capaz de añadir nada más— y yo empiezo una nueva vida. Dime solo una cosa, ¿este dolor que siento es de Leah y debo olvidarlo o puedo vivir con él siendo Elena?

Samuel pasó las manos por su cabeza y ahogó en su pecho el rugido que pugnaba por salir. Tomó la bolsa, la cargó sobre su hombro y se dirigió a la puerta, pero cometió el error de mirar atrás.

—Te quiero —susurró él dejando que las palabras flotaran entre ellos hasta desvanecerse.

—Lo sé —musitó Elena.

El sonido de la puerta al cerrarse fue el pistoletazo de salida para que empezaran a fluir todas las lágrimas que estaba dispuesta a derramar. Lloró en cada uno de los rincones donde dos días antes habían hecho el amor. Dejó que todos los lugares que rebosaban la alegría de haberlos visto felices, ahora se enturbiaran con todo el dolor que oprimía su pecho. La noche cayó lentamente mientras ella seguía sumida en la más profunda de las tristezas, y fue testigo de cómo el sol despuntaba en el horizonte, anunciando un nuevo día, mientras se dejaba consumir por esa desazón, dispuesta a no hacer nada por evitarlo. Por fin sentía en sus propias carnes lo que significaba que se rompiera el corazón.

Permitió que ese aciago sentimiento de vacío se apoderara de ella, y dejó que todo su mundo se replegara y girara en torno a esa soledad devastadora. No sabía cuántos días habían pasado, cuántas veces había visto anochecer, deseando que el sol no volviera a salir, pues su vida carecía de sentido.

No podía moverse.

No podía dejar de llorar.

No podía seguir adelante con su nueva vida.

No podía creer que el amor fuese tan doloroso.

No podía...

—¿Sabes? —En el preciso momento que las palabras llegaron hasta ella, su corazón se paralizó—. No me dijiste que me querías.

Se giró lentamente sobre la cama para descubrir a Samuel detenido junto a la

puerta, amparado en la penumbra de la habitación, con la misma bolsa de viaje entre las manos con la que se había marchado, no estaba segura cuántos días antes, y media sonrisa en el rostro. Elena contuvo el aliento, enjugó las lágrimas que bañaban su rostro con el dorso de la mano, y se incorporó hasta quedarse sentada sobre el colchón, no podía creer que él estuviera allí de nuevo.

—¿Era necesario decirlo? Creía que un gran agente del FBI sabría leer entre líneas.

—Ex agente del FBI —aclaró.

—Te quiero —dijo ella alzándose de la cama para refugiarse en sus brazos.

—Lo sé —respondió Samuel, acariciando la piel de sus labios, antes de atraparlos para poder besarla con devoción.